LIBRO dot.com



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

El taxi abandonó la larga hilera de vehículos amarillos estacionados en el sector de arribos del aeropuerto Logan, rumbo a los suburbios de Boston. En el asiento de atrás, los dos pasajeros parecían indiferentes a la nieve que caía discretamente, a los bocinazos de micros y automóviles y a las miradas subrepticias que, de vez en cuando, el conductor les lanzaba por el espejo retrovisor.

Lauren Taylor de Samuels se aproximó aún más a su esposo, refugiándose en su calidez y en la fragancia, ya familiar, de su loción para después de afeitarse.

Cal Samuels sonreía, los dedos de su mano derecha entrelazados en la espesa cabellera morena que caía sobre los hombros de su esposa.

¡Su esposa! Las dos palabras más reverentes que jamás había pronunciado en su vida. Una sensación de paz indescriptible se hinchó en su pecho mientras buscaba con los suyos los labios húmedos y suaves de Lauren. Ella gimió dulcemente, incitándolo a profundizar el beso, a separarle los labios con su lengua inquisitiva.

La boca de Cal emprendió una breve gira; primero hacia una oreja, luego hacia un párpado cerrado, y por último hacia la cabellera que lo embriagaba con su exquisito perfume floral.

— Nunca podré saciarme de ti — susurró, sólo para los oídos de ella.

Una risa suave y frágil iluminó el oscuro interior del taxi.

— Porque eres insaciable — respondió Lauren, con una voz ronca y sensual que alimentó aún más la creciente pasión de Cal.

La joven estaba tan ocupada como Cal. Mientras él trataba de descubrirla con la boca, ella deslizaba la mano izquierda por debajo de su pulóver con agonizante lentitud, para acariciar el pecho vigoroso y su abdomen chato.

Sus dedos exploradores arrancaron un tortuoso gemido por parte de Cal, que la estrechó fuertemente contra sí. La mantuvo prisionera de ese abrazo hasta que el taxista enfiló por la calle de su casa, un hogar que evocaba cálidos recuerdos de una niñez a menudo impredecible y a veces turbulenta.

Se detuvieron frente a un edificio de tres pisos, los dos últimos muy iluminados en su interior. Lauren aguardó en el auto hasta que el conductor sacó el equipaje del baúl y Cal le pagó. Luego la dominó la ansiedad, con toda su crudeza y desenfreno. No pudo disimularla frente a él, que le tendía la mano para bajar.

Con el brazo que le quedaba libre le rodeó la cintura.

— No hay razones para que te alteres. Mi abuelo te querrá tanto como yo.

Lauren logro esbozar una sonrisa tensa y siguió a Cal por la escalinata de la entrada. Él insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entraron así a un vestíbulo, casi en penumbras. Solo se veía la luz tenue y dorada de una lámpara que se filtraba por una pantalla de vidrio opaco, iluminando una mesa plegadiza antigua, dos sillas y la escalera.

Cal dejó ambas maletas al piso y le tomó las dos manos.

— Te presentará a mi abuelo y después te haré conocer nuestro departamento. — "Nuestro departamento." Fue como si la realidad la hubiera aboteado de golpe. Un suspiro de asombro escapó de sus labios.

— ¿Te sientes bien, Lauren? — preguntó él con una mirada interrogante.

Lauren asintió, aunque estaba distraída. No podía creer todo lo sucedido y lo que estaba aconteciendo en esos momentos. Sólo ahora, a su regreso a Boston, descubría los alcances de su osadía.

Se había casado con un extraño. ¡Con un hombre a quien había conocido apenas una semana atrás!

— Déjame tomar tu abrigo, querida. — Lauren obedeció como una autómata, mientras su flamante esposo la ayudaba a quitarse el tapado y lo colgaba en un guardarropa, junto al suyo. — Ven conmigo — le dijo. La condujo por un espacioso living, donde abundaban las antigüedades. — El abuelo debe de estar en su biblioteca.

El hombre estaba sentado en un imponente sillón tapizado en brocato rojo fuerte y su impactante estampa y leonina cabellera motivó que a Lauren se le escaparan varios detalles del recinto: la exquisita alfombra importante tejida a mano, los muebles macizos de madera de cerezo, los libros que cubrían por completo las estanterías dispuestas desde el piso hasta el cielo raso y las obras de arte que decoraban dos paredes enfrentadas.

Cuando se puso de pié, ella inconscientemente dio un paso atrás y chocó la espalda con el pecho de Cal, lo que le impidió seguir retrocediendo o escapar.

— Abuelo, te presento a Lauren... mi esposa. Lauren, este es mi abuelo, el doctor Cal Samuels.

La robusta contextura física de Caleb Samuels se sumaba a la gallardía que imponía su metro ochenta de estatura. La blanca cabellera rizada enmarcaba un rostro anguloso y de tez muy oscura. Sus brillantes y renegridos ojos, fijos en la muchacha, la analizaron en detalle. Inclinó levemente la cabeza a modo de saludo y le sonrió, aunque con frialdad.

Cal la empujó suavemente hacia delante, obligándola a reaccionar. Entonces recordó sus buenos modales.

— Es un... honor para mí, doctor Samuels.

La sonrisa del viejo Cal se acentuó, pero sin perder su frialdad original.

— Puedes llamarme abuelo — sugirió, con un tono como si aquella palabra hubiera sido un título de nobleza heredado de su padre—. ¿Comieron? — preguntó, esta vez a su nieto.

— Una pequeña colación en el avión — respondió Cal, escoltando a su esposa hacia un sofá para dos. Tomó asiento y la hizo sentar a su lado.

— Le diré a la señora Austin que prepare una cena especial para celebrar este... —Su voz fue desvaneciéndose mientras regresaba a su sillón para contemplar a Lauren desde allí.

— Este matrimonio tan sorpresivo—continuó, concentrando ahora su atención en Cal.

Lauren escuchaba a medias la conversación entre su flamante esposo y el abuelo, al tiempo que analizaba la insensatez que había cometido.

Allí estaba, en la biblioteca de un genetista reconocido en todo el mundo, ganador del premio Nóbel de Medicina, que no tenía reparos en expresar su desaprobación abiertamente. Era tanto su desprecio que no podía disimularlo.

Se le secó la garganta. Cal estaba equivocado: el abuelo no le había concedido la gracia de su simpatía. En consecuencia, jamás llegaría a quererla.

Fijó la vista en el anillo de sello que ahora le pertenecía. Antes de regalárselo, Cal lo usaba en el meñique. Tanto la sortija como el hombre que estaba sentado a su lado representaban un símbolo: el de una semana de locura que había provocado un amor inesperado y su unión en matrimonio con un perfecto extraño.

¿Pero estaba realmente enamorada de Cal?¿Lo amaba lo suficiente como para compartir con él el resto de sus días?¿Que había hecho? Las preguntas la atacaban sin piedad. Se detuvo a analizar la dimensión de sus impulsos y la angustia ensombreció su rostro.

— ¿Conservarás tu apellido de soltera, Lauren?

La pregunta del doctor Samuels la sobresaltó.

— Creo que seguiré usando Taylor en el ámbito profesional—respondió—. Podría resultar un poco confuso para Summit Editores tener dos Samuels en su lista de pagos. — La respuesta pareció complacer al anciano pues arrancó de sus labios la primera sonrisa sincera.

Cal le rodeó el cuello con la mano y la atrajo hacia su hombro.

— Creo que a la señora Lauren Taylor Samuels le vendría muy bien un descanso antes de cenar. Está levantada desde el amanecer.

El doctor Samuels volvió a ponerse de pie.

— Por favor, discúlpeme. Seguiremos con esta conversación más tarde, durante la cena. Cal, lleva a tu esposa a la habitación mientras yo aviso a la señora Austin que esta noche tendremos compañía para comer.

Tal vez fuera por su nerviosismo, pero el concepto del célebre médico le dio escalofríos. Se había referido a ella como una simple compañía. ¡Caramba! Acababa de casarse con su nieto y merecía ser considerada un miembro de la familia, no una compañía.

Cal no necesitó más insistencia y subió con Lauren al segundo piso.

—La señora Austin es la cocinera y ama de llaves de mi abuelo desde que falleció mi abuela, hace quince años —explicó—. Nunca se ponen de acuerdo en nada, pero él sostiene que no la despedirá para no darle el gusto. Espera a que ella renuncie.

Si con la anécdota buscaba levantarle el ánimo, fracasó rotundamente. Lauren, de pie en el medio de una amplia habitación, lo miró de frente.

— Tu abuelo me aterra —le espetó.

Cal le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra su cuerpo.

— Reconozco que intimida cuando un lo ve por primera vez, pero te aseguro que es absolutamente inofensivo, querida.

La descripción que Cal hizo de su abuelo no sirvió para mitigar la inseguridad de Lauren, si bien —según descubrió— no era la altivez del anciano lo que la inquietaba sino sus propias dudas y temores.

En Cayo Verde parecía absolutamente normal que una investigadora de veintidós años se enamorase del famoso escritor C. B. Samuels. Tampoco era de asombrarse que contrajera matrimonio luego de una semana de amor desenfrenado. Pero no bien pisó el nevado suelo de Boston, la cordura llamó a sus puertas. El viento gélido enfrió la pasión y borró los álgidos recuerdos de la isla caribeña donde se había perdido en la lujuria del trópico y las expertas artes de seducción de Cal Samuels.

—¿Por qué no tratas de dormir un rato? —sugirió Cal. Le besó la punta de la nariz. — No me gustaría que mañana, cuando me presentes a tus padres, piensen que te he tenido despierta toda la noche.

Sus padres. ¿Cómo les explicaría que acababa de contraer nupcias con un total desconocido? Ella, Lauren Taylor, una muchacha que siempre había despreciado las actitudes impulsivas, acababa de perder la cabeza y el corazón por un escritor sibarítico.

Reunió coraje y dejó la mente en blanco, tratando de evitar un paroxismo de lágrimas. Cal iba en busca del equipaje. Cuando regresó con las maletas, Lauren se había quitado la ropa y puesto un camisón. ¿Podría fingir amor? Porque, en ese momento, no

estaba segura de que el que sentía por él fuera sincero. Sentado en el borde de la cama que habrían de compartir en el fututo, Cal la miraba como si le leyera el pensamiento.

— Todo saldrá bien, querida — le aseguró.

"Espero que tengas razón", pensó ella. Poco después estaba acostada junto a él, con la mirada perdida en la oscuridad. Ignoró la rigidez de aquel cuerpo viril desnudo que se apretaba contra ella y fingió dormir. Sólo cuando lo oyó roncar suavemente, pudo relajarse lo suficiente como para buscar solaz en un sueño profundo.

Logró terminar de comer sin huir despavorida cada vez que levantaba la cabeza y encontraba la penetrante mirada del doctor Cal Samuels examinándola. Sintió escalofríos, pero de todos modos halló fuerzas para no ponerse a llorar.

"Me odia tanto como yo a él."

¿Cómo haría entonces para vivir bajo el mismo techo con una persona que la detestaba con la misma intensidad con la que amaba a su nieto?

"Pero no puede odiarte —murmuró una voz muy débil en su interior —. No te conoce."

Lauren bebió dos copas del delicioso vino tinto que le sirvieron y eso bastó para ahogarle la angustia que la agobiaba con un peso aplastante. Había cometido un error. Nunca debió haberse casado con Cal. No lo amaba. No podía amarlo. Era demasiado inexperta para convertirse en esposa... sobre todo en la esposa de un hombre como Cal Samuels.

El abuelo se limpió la boca con una servilleta blanca de hilo.

— Les pido disculpas pero debo retirarme. Mañana tengo que dar una conferencia a primera hora y debo revisar algunas notas antes de acostarme.

Cal se reclinó en el respaldo de su silla y, con una sonrisa, asintió.

— Buenas noches, abuelo.

Lauren también sonrió y logró articular un:

— Buenas noches.

El joven esperó a que su abuelo abandonara el comedor para volver a llenar la copa de su esposa. Sus ojos, en una exótica combinación de marrón y oro, acariciaron con ternura el rostro ingenuo de la joven.

— No puedo creer la suerte que he tenido de conocerte, Lauren. —Ella recompensó el cumplido con una sonrisa sensual.

Cal siguió con la vista firme en ella, que bebía su vino de a pequeños sorbos. ¿Advertiría sus miedos y dudas?¿Sabría qué estaba pensando y sintiendo en esos

momentos? Cuando Cal terminó el vino, se puso de pie y le tendió la mano por encima de la mesa.

— Vamos a acostarnos.

Lauren no se opuso a que la tomara entre sus brazos y la llevara arriba. Olvidó las miradas de censura del doctor Samuels cuando los efectos soporíferos de la bebida comenzaron a vencerla, y dejó que Cal diera vueltas y vueltas en la cama a su antojo, hasta que el sueño lo dominó.

Lauren permaneció toda la noche con la vista clavada en el cielo raso. Al amanecer había tomado una decisión. En ese momento, Cal le inspiraba el mismo sentimiento que cuando lo vio por primera vez: deseos de alejarse de él.

Lauren Taylor, la investigadora, había sabido mantenerse al mismo nivel que Cal, pero, como mujer, él la superaba ampliamente. Sabía que tenía que poner distancia entre ambos o, de lo contrario, jamás lograría sobrevivir a la dinámica personalidad del famoso escritor. No tenía armas para llevar adelante la farsa que ella misma había ayudado a crear.

Cuando se la presentaron, Cal la había calificado de niña. Y que razón tenía. Lauren se consideraba una mujer adulta, pero sus impulsos habían demostrado lo contrario.

Cal registró la alteración en su ritmo respiratorio y, al volverse, la sorprendió totalmente desvelada. Con la mano, inició una pausada exploración de sus muslos desnudos.

— ¡No! —ordenó Lauren. Le tomó la mano para que no siguiera adelante.

Con un ágil movimiento, Cal se puso a horcajadas sobre ella, cargando el peso del cuerpo sobre sus brazos.

— ¿Qué sucede, querida?

Lauren apoyó las manos sobre sus hombros y lo empujó.

— No quiero que me toques.

Una expresión ceñuda arrugó la frente de Cal.

— ¿No quieres que te toque o no quieres que te haga el amor?

— Ninguna de las dos cosas. —Cal la soltó y ella se sentó, apoyando la espalda contra la cabecera de la cama.

El hombre inspiró hondo y cerró los ojos.

— ¿Qué sucede, Lauren?

Ella metió los dedos en su enmarañada cabellera y se despejó la frente.

— No puedo estar casada contigo — le espetó.

Él sonrió.

— Demasiado tarde. Ya lo estás.

— Me refiero a que no puedo seguir casada contigo— — Lauren cerró los ojos. No vio el enardecido rubor de su rostro ni el fuego líquido que le encendió los ojos.

— Dilo, Lauren. —El tono de voz transmitió una serenidad letal, que la asustó mucho más que si le hubiera gritado con todas sus fuerzas.

— Te dejo, Cal — anunció ella sin vacilaciones.

— ¿Por qué?

— Porque... porque... porque no te amo. He cometido un error al casarme contigo. Abrió los ojos nuevamente y registro una estoica expresión. Cal, en esos momentos, se había convertido en una réplica exacta de su abuelo.

— No creo que desee estar casada. Ni contigo... ni con nadie — continuó.

El escritor se quedó mirándola fijo, sin moverse ni articular palabra. Si hubiera dicho algo, todo habría sido más fácil, mucho más sencillo.

El pánico se apoderó de ella. Un mar de lágrimas acudió a sus ojos y se derramó sobre las bronceadas mejillas.

— ¡Piensa en mi felicidad, Cal! —gritó.

La mirada de Cal era fría, hueca. Asintió con la cabeza. No le dio su consentimiento para marcharse; simplemente, asintió.

Lauren jamás pudo recordar cuando se vistió, ni cómo empacó sus cosas ni el viaje en taxi hasta la casa de sus padres. Lo que nunca olvidó fue haberse desplomado en los brazos abiertos de su madre, donde permitió que el dolor y la vergüenza la desmenuzaran en miles de fragmentos; tantos que dudaba poder reunirlos algún día para sobrevivir como un ser humano cabal.

El doctor Samuels regresó justo a tiempo para escuchar el final de una conversación telefónica de su nieto, antes de que repusiera el auricular en la horquilla.

— ¿Adónde vas?

Cal giró lentamente y observó con atención a su abuelo.

— Me vuelvo a España.

— ¿Dónde está ella?

Cal apretó la mandíbula mientras introducía las manos en los bolsillos de sus pantalones.

— Se marchó.

— ¿Y tú se lo has permitido?

— Sí, abuelo. La dejé ir.

— ¿Por qué?

A pesar del profundo dolor que lo embargaba, logró sonreír con amargura.

— Quiero que sea feliz. La amo demasiado para ser testigo de su desdicha.

— ¿Y no era feliz contigo?

— No. —Apretó la boca, formando una finísima línea con sus labios. Giró sobre los talones y salió de la biblioteca.

La elegante estampa del doctor Samuels pareció trastabillar imperceptiblemente. Decidió regresar a su escritorio. La historia se repetía. Todo era como había sido treinta años atrás, aunque las víctimas pertenecieran a una generación distinta. No podía hacer nada para cambiar el pasado, pero en el presente no se quedaría de brazos cruzados.

Tomó el teléfono y marcó un número.

— Necesito que me haga una investigación —dijo, sin preámbulos —. Quiero que me averigüe todo lo que pueda sobre Lauren Taylor. Vive en Boston y trabaja como investigadora para Summit Editores. — La persona que estaba del otro lado de la línea no necesitaba más datos. Con el nombre bastaba.

El doctor Samuels colgó el teléfono y sonrió. Sus ojos oscuros irradiaban la chispa siniestra de una mirada triunfal: él se encargaría de que Lauren Taylor Samuels pagara por su traición.

Capítulo 1

— ¿Cuándo vas a dejar que Drew pase más tiempo conmigo? Ya hace casi dos meses que vives aquí y en todo ese tiempo. He visto a mi nieto solo una vez. Puedo perdonarte cualquier cosa menos eso, Lauren Vernice Taylor.

La joven miró con calma a su madre por encima de un vaso alto de té helado. Conocía de memoria la perorata. A pesar de que ella y Drew vivían apenas a unas doce cuadras de la casa de sus padres, siempre pasaba lo mismo. Odessa Taylor se quejaba amargamente de lo poco que veía a su único nieto.

— Drew ha hecho nuevas amistades, mamá —explicó Lauren con paciencia —. A veces no quiere volver a casa ni para comer.

Las delicadas cejas de Odessa dibujaron una expresión ceñuda.

— No permitirás que coma con cualquiera, ¿verdad? Ya sabes cómo te hemos criado a ti: siéntate en tu mesa para comer y duerme en tu cama. Era una regla de oro, sagrada.

Lauren la miró de tal modo que Odessa se enfureció.

— Tengo recursos como para alimentar a mi hijo y proveerle una vivienda digna.

Un rojo intenso ensombreció la tez dorada de la mujer y sus pecas resaltaron en asombroso contraste sobre la nariz y las mejillas. A los cincuenta y un años de edad se había resignado por fin a su existencia y ya no se esforzaba por disimularlas con el maquillaje. Abrió desmesuradamente sus ojos de avellana ante la respuesta áspera de su hija.

— Sé que eres capaz de hacerte cargo de la crianza de tu hijo, Lauren. Lo has demostrado en estos cuatro años.

La muchacha apoyó su vaso de té sobre la mesa y se acercó a su madre, sentada en su sillón de mimbre. Le rodeó el cuello con los brazos y le besó el pelo. Odessa siempre se preocupaba por mantener su corta melena bajo el minucioso cuidado de manos expertas.

Cobijó a Lauren en su hombro.

— Perdóname, querida. A veces no puedo dejar de actuar como madre.

Los ojos de azabache de Lauren acariciaron los rasgos de Odessa, exquisitamente esculpidos.

— No te preocupes, mamá. Yo me comporto exactamente igual que tú. Tal vez nuestro parecido no sea muy evidente, pero eso no cambia las cosas. Es indiscutible que llevo tu sangre cada vez que reprendo a Drew para que no se quede a dormir en casa de sus amigos; siempre le recuerdo que tiene su propia cama.

Si bien Odessa y Lauren no se parecían físicamente, cada una poseía una belleza propia. Con menos de un metro sesenta de estatura, Lauren tenía un aspecto delicado y frágil, de curvas poco pronunciadas aunque muy femeninas. Tenía ojos grandes y destellantes, que reflejaban una personalidad activa. Al igual que Odessa, llevaba el cabello corto, siempre arreglado por manos expertas. El resultado final se traducía en una belleza serena e intrigante.

Odessa palmeó la mejilla de su hija.

— Te has desenvuelto muy bien con el niño, querida.

Lauren se apartó de su madre y observó con atención un pájaro posado en la baranda del porche que circundaba toda la casa.

— Es toda mi vida.

— ¿Alguna vez dejarás un lugar en tu corazón para otra persona?

Lauren se pasó la mano por el cabello y suspiró. Le llamaba la atención que su madre hubiera esperado tanto tiempo para preguntarle por qué no salir con hombres o trataba de procurarse un marido. El acoso siempre comenzaba no bien bajaba del auto. Había una excelente comunicación entre ellas, que les permitía discutir abiertamente cualquier tema.

— Oh, ahora no. Estoy muy ocupada.

— ¿Muy ocupada, Lauren? Cuando te acuestas todas las noches en tu cama desierta, ¿también estás muy ocupada para no reparar en tu soledad? Solo tienes veintisiete años. ¿Por qué has decidido pasarte la vida negando tu feminidad?

Lauren se puso de pie y avanzó hasta los escalones. Se sentó en un de ellos y sintió que la mirada de su madre le atravesaba la espalda.

— No niego mis urgencias físicas —confesó.

— ¿Pero qué haces al respecto? — preguntó Odessa.

Lauren apoyo los codos sobre las rodillas y meneó la cabeza.

— Nada —admitió.

— ¿Por qué, Lauren?

Preocupación y angustia empañaron sus ojos de azabache. Las imágenes de una isla caribeña y de una semana de frivolidades acudieron a su memoria con contundente nitidez. Parpadeó varias veces, tratando de borrar las escenas de aquella pareja, de ese hombre y esa mujer, revolcándose sobre una enorme cama, en una confusión de piernas y brazos bronceados, presos de una pasión desenfrenada.

— ¿Por qué? —repitió Odessa.

Lauren dejó caer los hombros pesadamente.

— Porque no estoy en busca de marido.

Odessa se levantó del sofá y fue a sentarse al escalón, junto a su hija, indiferente a que pudieran estropearse los pantalones de seda cruda que se había puesto ese día.

— No es forzoso que la historia se repita, querida. Eras tan joven, tan inexperta...

— Tenía veintidós años y la experiencia suficiente, mamá.

Odessa rodeó la delgada cintura de Lauren.

— Tal vez tenías experiencia, pero te faltaba mundo.

— De todas maneras, nunca debí casarme con Cal Samuels.

— Si ese es el precio que hubo que pagar para que yo pudiera disfrutar de mi nieto, me alegra que te casaras con Cal Samuels — declaró Odessa con firmeza—. Pero el hecho de ser una madre soltera no implica que dejes de vivir. Eres inteligente y hermosa. Estoy segura de que los hombres se pelean por salir contigo.

Lauren logró esbozar una sonrisa.

— Tu concepto es muy subjetivo, mamá.

Odessa levantó el mentón.

— Es lógico. Formas parte de mí. Eres mi única hija.

Lauren le besó la mejilla.

— Te quiero. —Una sonrisa le arrugó los ojos. —Te hago una promesa: no bien Drew ingrese en la escuela, empezaré a salir. Tal vez me haga miembro de una organización local.

Odessa no pareció muy convencida.

— ¿Andrew Monroe tiene algo que ver en tu decisión de no salir con otros hombres?

Lauren cambió de posición y se quedó mirándola fijo. Su madre siempre hablaba con toda franqueza, pero era la primera vez que insinuaba sus sospechas de que Lauren estuviera saliendo con Andrew.

— Andrew es mi agente —aclaró la joven, con evidente fastidio reprimido.

Odessa ignoró la indignación de su voz.

— ¿Pero él pretende ser algo más? Tal vez sueñe con ser tu amante. O mejor aun, tu esposo y padre de Drew. ¿Qué opinas?

Lauren se puso de pie y se sacudió la tierra de sus shorts.

— Andrew nunca será otra cosa que lo que es ahora: mi agente y mi amigo.

Odessa se puso de pie. Le llevaba unos diez centímetros de altura.

— No quiero que interpretes mal mis palabras, hija. Siento una gran simpatía por ese muchacho.

— Yo también, mamá. Pero no del modo que tu sugieres —declaró, mientras agitaba una mano en el aire para saludar al cartero.

El hombre le retribuyó el gesto. Traía un sobre grande en la mano. Cuando llegaba una carta a esa hora del día, por lo general se trataba de un cheque de Andrew. La última investigación que Lauren había realizado y vendido le había dejado una jugosa comisión.

— Buenos días, Lauren —gritó el cartero mientras subía al porche —. Un día estupendo el de hoy, ¿verdad?

El sol radiante de la mañana se reflejaba en la rojiza cabellera de Frank Burton. Su piel sensible —tan colorada como la cabellera — delataba unas cuantas horas de trabajo al aire libre sin la protección de un sombrero.

Entregó a Lauren el sobre con una lapicera y, a modo de saludo, asintió con la cabeza en dirección a Odessa.

— Buenos días, señora.

Odessa le dirigió la mejor de sus sonrisas.

— Buenos días.

Mientras la muchacha firmaba el recibo, echó un ligero vistazo a la dirección que figuraba en el remitente. Qué raro. No era Andrew quien enviaba la carta.

Frank tomó su copia del recibo y obsequió una amplia sonrisa a las mujeres, mostrando todos sus dientes.

— Que tengan un buen día, señoras.

— Igualmente —respondieron Lauren y Odessa al unísono.

La mujer mayor contempló a su hija mientras abría el sobre grande y extraía uno más pequeño, blanco, del interior.

— ¿De quién es? —preguntó, al percibir la expresión perpleja de Lauren.

— Es de un estudio jurídico de Boston.

Odessa miró por encima del hombro de la joven.

— ¿Alguien quiere demandarte?

Lauren deslizó el dedo por debajo de la solapa.

— Espero que no. —Nadie podría enjuiciarla directamente. Ella era una investigadora y Andrew Monroe el representante de su trabajo.

Leyó rápidamente la única hoja mecanografiada del contenido. No podía creer lo que decía el texto. Le temblaban tanto las piernas que se dejó caer sobre una silla, mientras la hoja de papel caía con lentitud al suelo.

Odessa la tomó de los hombros y le apoyó la cabeza contra una de las columnas.

— ¿Qué pasa, hijita?

Lauren tenía la sensación de haber sido transportada en el tiempo. Sabía que estaba en pleno verano, pero creyó revivir aquel crudo día de diciembre en que, de regreso con cal en Boston luego de una semana de estada en una isla del Caribe, le confesó que ya no quería seguir casada con él.

La expresión de Cal de ese momento hizo que las gélidas garras del terror se abrazaran a sus piernas y le oprimieran el pecho. No podía respirar normalmente. Ahora experimentaba el mismo pavor.

— Él lo sabe, mamá —masculló. La peor de sus pesadillas se había vuelto realidad.

— ¿Quién es él? —Odessa no pudo disimular la histeria de su voz.

— Cal lo sabe.

— No tiene ningún sentido lo que dices, Lauren.

La joven guardó silencio unos minutos, tratando de recuperar la calma.

— Se dará lectura al testamento del doctor Cal Samuels y me han convocado para presenciar el acto.

— ¿Y eso qué significa?

Lauren cerró los ojos, reviviendo en su memoria el rostro del anciano. Cal le había presentado a su abuelo el mismo día que regresaron al país. Ella había pasado una noche en casa del médico, soportando sus miradas de censura y luego concluyó en que su actitud había sido impulsiva por demás, que jamás debió haberse casado con su nieto.

— Significa que el difunto doctor Cal Samuels debe de haber descubierto que tenía un bisnieto.

Odessa se llevó las manos a las caderas.

— ¿Y cómo? Pero... supongamos que tu teoría es cierta, ¿por qué no reconoció a Drew en vida?

Lauren abrió aún más grande sus ojos.

— No lo sé. Pero sé que Cal también estará presente cuando se proceda a dar lectura al testamento.

— Irás de todas maneras. Es tu obligación, Lauren —insistió la madre, al ver la expresión impasible de la muchacha —. Si no lo haces por ti, debes hacerlo por el pequeño. Se lo debes. Tiene derecho a saber quién es su padre.

— No hablemos de derechos. —Nadie había protegido su derecho a elegir cuando Cal se aprovechó de su vulnerabilidad.

— Pero Cal Samuels es el padre del niño y tiene todo el derecho del mundo de saber que tiene u hijo.

— ¿Y qué ganaremos con eso? Para mí, Cal es tan extraño como lo sería para Drew. No es necesario perturbar tres vidas: la mía, la de mi hijo y la de mi ex esposo.

Odessa dirigió a Lauren una mirada larga y penetrante.

— Creo que tu serías la única perjudicada en esta situación. La angustia volverá a atormentarte cualquier día de estos, cuando el niño descubra que pudo haber mantenido una relación con su padre biológico pero que su madre se lo impidió, por no querer reabrir una vieja herida. Una herida demasiado dolorosa para soportar.

— Pero Cal me detesta, mamá. ¿Y si quiere quedarse con Drew? Me odia lo suficiente como para enfrentarse a mí a fin de recuperara su hijo. No puedo correr semejante riesgo.

Odessa besó la frente de su hija.

— Lo dudo mucho, querida. Las madres no pierden a sus hijos tan fácilmente... aunque en este caso el padre sea Cal Samuels. A lo que no puedes arriesgarte es a perder a Drew dentro de unos años, cuando el se entere de que se lo has mezquinado.

Lauren sintió que la tensión abandonaba su pecho.

— Sé que tienes razón. En el fondo de mi corazón, coincido plenamente contigo.

— No me escuches a mí. Solo piensa en Drew y en ti misma. A pesar de que eres una mujer adulta, cuentas con el apoyo de tus dos padres. ¿ No te parece justo que el goce del mismo derecho?

— Cal vive en España —arguyó Lauren.

— Entonces, tal vez Drew pueda pasar los veranos allí, junto a él.

— ¡No!

Odessa soltó a la joven y se puso de pie. Conocía a su hija lo bastante como para saber en qué momento debía dejar de presionarla.

— Piénsalo, Lauren. Te llamaré más tarde.

Lauren se quedó sentada en el umbral del porche durante un largo rato, incluso mucho después de que su madre se hubiera ido. Trato de no pensar en el desafío a que la enfrentaba la vida. Un paso adelante, dos atrás y tal como había sucedido un día de diciembre, años atrás, Cal Samuels volvería a cruzarse en su camino y cambiaría toda la situación. La diferencia residía en que esta vez no la tomaría por sorpresa.

— Buenos días, soy Lauren Taylor. Tengo una cita con el señor Evans a las diez.

La secretaria la recibió con una sonrisa cordial.

— Buenos días, señorita Taylor. El señor Evans la atenderá en unos minutos. Tome asiento en la sala de conferencias, por favor. Pase por aquí.

La secretaria la condujo por unas escaleras alfombradas, que armonizaban a la perfección con el elegante edificio de dos pisos. Luego la hizo pasar a una espaciosa sala, con paredes revestidas y excelentes reproducciones pictóricas.

— ¿Desea una taza de café o de té, señorita Taylor? —preguntó la mujer.

— No... no, gracias —respondió Lauren. No podía levantar la vista del hombre que estaba sentado a la mesa de roble de la sala.

Cal Samuels pudo disimular su sorpresa. Se puso de pie, dio vuelta a toda la mesa y retiró una de las sillas, en un gesto de pura cortesía y urbanidad hacia Lauren. Fue como si nada hubiera pasado, como si la viera por primera vez en su vida, como si nunca se hubieran reído, amado y casado.

— Gracias —murmuró ella. Cal se detuvo un instante cerca de su cabeza. Para inhalar la fragancia de su perfume. Con su cálido aliento acentuó el ardor de las mejillas femeninas.

Luego encuadró los hombros, se erigió y volvió a ubicarse en su asiento. Una fuerza interior que ignoraba poseer le permitió fabricarse una máscara de indiferencia, mientras cada una de sus neuronas expresaba a gritos su ira y frustración.

Pero la proximidad de Lauren amenazó con quebrar el frágil control que hasta ese momento ejercía sobre su voluntad de acero. Fijó la mirada en aquellas manos pequeñas y recordó el peso del añillo que le había entregado como símbolo de su unión matrimonial.

Entonces volvió a concentrarse en su rostro. La belleza madura que encontró le produjo un fuerte impacto. La niñita con cuerpo de mujer ya no existía. La inocencia de sus grandes ojos expresivos también estaba ausente, al igual que su extrema delgadez, como de niña abandonada.

Todo lo que recordaba de ella había desaparecido. Ese lugar lo ocupaba una mujer madura, tan hipnóticamente hermosa que por una décima de segundo obnubiló su lucidez.

La había amado. Le había ofrecido su vida y su protección y ella rechazó ambas sin importarle nada.

“No creo que desee estar casada. Ni contigo... ni con nadie.”

Las palabras de despedida habían quedo grabadas a fuego en su memoria. Se las llevaría hasta la tumba. La observó detenidamente y la encontró cautivante, mucho más centrada que cinco años atrás.

Nunca creyó que volvería a verla. Se preguntaba para que la habrían citado a la lectura del testamento de su abuelo.

La muchacha retribuyó la insolente mirada de su ex esposo. ¡Cuántas canas tenía! Le calculó la edad... ¿Treinta y tres?¿Treinta y cuatro? Lo observó más en detalle y notó

más cambios. Llevaba el cabello más corto que cuando recién se habían casado. Su piel atezada parecía más morena, como consecuencia del viento y el sol del Mediterráneo.

Sin embargo, los ojos permanecían exactamente iguales: brillantes como dos llamas feroces y ambarinas; un poco más amarillentos que dorados, quizás. Estudió su rostro rasgo por rasgo y notó que los años habían dotado a Cal Samuels de una sensualidad masculina ausente en el común de los hombres.

Bajó la vista. Lo que más la exasperaba del reencuentro era el asombroso parecido físico que tenía con Drew. El niño había heredado el rostro anguloso, el pelo ondulado y renegrido, la frente alta y la mandíbula pronunciada; en síntesis, una réplica fiel de Cal Baldwin Samuels II.

El silencio entre ellos fue asfixiante, denso, ensordecedor. Mientras la miraba, una expresión sombría se había plasmado en el rostro de él: el de ella parecía desolado por la angustia. Se había engañado a sí misma —una y otra vez. Incluso cuando tomaba conciencia de su error, seguía mintiéndose. La verdad le anudaba las entrañas. Habría querido gritar a los cuatro vientos que lo amaba... que siempre lo había amado.

La puerta de la sala de conferencias se abrió y, con la entrada majestuosa de una mujer estilizada, la fragancia empalagosa de un perfume muy costoso invadió el ambiente. Cuando advirtió la presencia de la dama vestida de negro, con una brillante chalina de Valentino drapeada como al descuido sobre uno de sus hombros, cal no se mostró tan solícito para levantarse de su asiento. El cuerpo de ella exudaba lujuria pura; un óvalo perfecto formaba su rostro. Se desplazaba con seguridad, plenamente consciente de las miradas apreciativas que la seguían.

— Buenos días, Cal —dijo, con tono pausado. Tenía una voz grave y firme, en contraposición con el físico curvilíneo y el semblante infatuado.

— ¿Lo es, Jacqueline? —respondió Cal. En sus ojos brillaba una expresión indefinida.

Lauren observó a la mujer y a su ex marido. No se necesitaba una gran inteligencia para percibir la tirantez entre ambos. Ella le llevaba algunos años, aunque no muchos.

La tal Jacqueline le dirigió una sonrisa seductora.

— Por supuesto que lo es, querido. —Tomó asiento grácilmente. —Una vez que se lea el testamento de tu abuelo, jamás tendremos que volver a vernos. —Cal también se sentó y apretó los labios.

Un silencio tajante sucedió al breve coloquio. Lauren no apartaba los ojos de Cal ni él de ella, mientras Jacqueline por su parte, miraba alternativamente al uno y a la otra. Era evidente que había entre ellos muchos resentimientos. Supuso entonces que tanta

hostilidad también se haría extensiva a ella puesto que, si en efecto el abuelo se había enterado de la existencia de Drew, sin duda el también lo sabría. Lo llamativo era por qué no le había hecho ninguna pregunta sobre el pequeño hasta el momento.

Lauren nunca había intentando ponerse en contacto con él después de la anulación del matrimonio, ni tampoco cuando supo que estaba embarazada. De ninguna manera se habría rebajado a suplicarle que la tomara nuevamente por esposa sólo porque esperaba un hijo suyo. Pero si Cal hubiera vuelto después de que ella le pidiera una segunda oportunidad, se habría echado en sus brazos y le habría implorado perdón. Pero el no volvió, y ella guardó en secreto lo del hijo de ambos.

Con gran nerviosismo cruzó las piernas por debajo de la mesa y alisó la falda de su vestido de seda blanca. A diferencia de las otras dos personas presentes en la sala, había optado por colores claros: un vestido cruzado blanco con cuello esmoquin, calzado de piel de avestruz de tacón bajo, también blanco, y un bolso colgante al tono.

Con el ingreso de un hombre munido de una carpeta bajo el brazo, la puerta de la sala se abrió y se cerró por última vez. De inmediato, ocupó la cabecera de la mesa.

Detrás de sus gafas se veía una mirada cordial. Su cabello ralo lucía un corte muy riguroso, compensando la calvicie con una barba prolijamente recortada.

— Soy John Evans —comenzó, con un suave tono profesional —. Tengo a mi cargo la sucesión del doctor Cal Samuels. —Abrió la carpeta. —¿Señorita Taylor?

Lauren asintió como dando el presente.

— Señor y señora Samuels.

El ritmo de las pulsaciones de Lauren se aceleró inesperadamente. ¿Jacqueline sería la esposa de Cal? Inspiró hondo y luego fue soltando el aire de a poco. Por primera vez desde que había recibido aquella carta de Barlow, Mann y Evans ponía en tela de juicio su cordura. ¿ Qué estaba haciendo allí?

“No es por mí, sino por Drew”, se dijo una y otra vez. Su mente comenzó a divagar cuando John Evans procedió a dar lectura a las primeras páginas mecanografiadas que llevaba en la carpeta. Se esforzó por prestar atención a lo que decía.

— El doctor Samuels solicitó a nuestra empresa, la redacción de lo que se denomina un testamento simple —continuó John—. Sus bienes serán divididos en tres partes iguales: la primera tiene como destinataria la Universidad de Fisk. Se ha establecido una contribución de un millón de dólares para la construcción del Centro Académico Doctor Cal B. Samuels con el producto de la venta de propiedades de la familia en Mississippi, Alabama y Georgia, escrituradas en su origen a nombre de Elias, Marcus y Jefferson Samuels, con fechas mil ochocientos ochenta y tres, ochenta y cinco y ochenta y nueve,

respectivamente. Esta contribución habrá de emplearse para ampliar las aulas de clase y para instaurar una sede de investigaciones dedicadas al estudio de la historia afroamericana.

"Una donación de un millón de dólares, provenientes de premios que incluyen el Nóbel de Medicina, habrá de efectuarse a favor del hospital St. Martin por sus esfuerzos en la investigación de las células falciformes de la anemia."

Tres pares de ojos se clavaron en el abogado. Lauren suponía que John Evans se reservaba el broche de oro para el final. Observó que Jacqueline Samuels apretaba los dedos. La sortija de diamantes que lucía en el anular de su mano derecha brillaba en estridente contacto con el tinte mate de su piel.

— El doctor Samuels ha destinado el resto de sus bienes a su bisnieto, Drew Michael Taylor Samuels.

— ¡Qué! —gritó Jacqueline, levantándose abruptamente de su asiento.

— Por favor, señora Samuels —suplicó el abogado.

Jacqueline recuperó su compostura de inmediato. Volvió a sentarse y se alisó el cabello.

— Lo siento, señor Evans. Sucede que la novedad de este bisnieto del doctor Samuels me ha causado un gran impacto. —Dirigió una mirada de odio a Cal y luego desvió su mirada diabólica en dirección a Lauren.

— A propósito, ¿quién demonios es usted? No parece su tipo —dijo con ironía y una expresión tan ceñuda que casi echó a perder su rostro tan hermoso.

Los ojos de Cal recorrieron el cuerpo de Lauren como brasas encendidas. Su pecho parecía a punto de estallar en el confín de la impecable camisa blanca que llevaba, volver a ver a su ex esposa lo había dejado sin habla. Sólo experimentaba una profunda ira contenida. Ahora sabía por qué la habían convocado a la lectura del testamento. Lauren había tenido un hijo suyo. Y se lo había ocultado. Había completado su engaño macabro manteniendo en secreto su paternidad.

— Me gustaría proseguir, señora Samuels —advirtió el letrado, aunque sin abandonar su voz de terciopelo.

Jacqueline arqueó las cejas.

— Proceda, por favor.

— Existen pruebas fehacientes de que este niño Drew Michael Taylor Samuels es fruto de la relación entre el nieto del testador, Cal Baldwin Samuels, y la señorita Lauren Vernice Taylor.

Cal pensó que no cabían dudas respecto de la paternidad de Drew. Lauren había sido la única mujer con la que había tenido relaciones con la deliberada intención de embarazarla.

— ¿Qué se traen entre manos ustedes dos? —exclamó Jacqueline. Se volvió hacia Lauren. —¡Maldita ladrona calculadora! Seguramente has conspirado con esta otra basura para robarme lo que me corresponde.

Cal no pudo permanecer de brazos cruzados. La palmada que pegó contra la mesa pareció un disparo de rifle.

— Cuida tu vocabulario, Jacqueline —le advirtió, con un tono muy suave y peligroso.

Se puso de pie a medias.

— ¿O si no qué, Cal?

John Evans se puso a pie.

— Por favor, por favor. Traten de guardar la compostura. Me gustaría dar fin a todo esto con la mayor brevedad posible.

— Oh, de modo que hay más, doctor comentó Jacqueline con sorna.

John asintió.

— Así es, señora Samuels. Hay más.

— Bueno, terminemos con esta patraña de una vez, entonces — masculló Jacqueline ofuscada.

John se ajustó el nudo de la corbata y se sentó para seguir leyendo:

— Queda establecida la creación de un fondo fiduciario a nombre de Drew Michael Taylor Samuels por un millón de dólares. El beneficiario estará facultado para retirar la suma de cien mil dólares anuales a partir de su vigésimo primer cumpleaños.

“Asimismo se conviene que Drew Michael Taylor Samuels gozará de este privilegio siempre y cuando sus padres, Cal Baldwin Samuels II y Lauren Vernice Taylor contraigan matrimonio, dentro de un plazo máximo de sesenta días contados a partir de la fecha de la lectura del presente testamento y que permanezcan casados por un período no inferior a un año, conviviendo en el mismo domicilio. En el supuesto de que la boda no se llevara a cabo o que la pareja no respetara lo establecido en cuanto a la convivencia durante el lapso antes especificado, la presente cláusula será tachada de nulidad absoluta y en consecuencia el dinero mencionado habrá de transferirse a Jacqueline Harvell Samuels.

Cal se cruzo de brazos con una sonrisa complacida. A pesar del gesto, su m mirada se mantenía dura y fría.

— Viejo zorro —masculló Jacqueline por lo bajo, meneando la cabeza —. Primero te da el dulce y luego te quita la cuchara. Siempre detesté a ese sinvergüenza sin corazón.

John Evans cerró su carpeta.

— ¿Todos han entendido los términos y condiciones del testamento al que hemos dado lectura?

Lauren los había comprendido... Demasiado bien, para su gusto. Pero eso no implicaba que los aceptara. De ninguna manera permitiría que el doctor Samuels la controlara. Ni siquiera desde la tumba.

Un millón de dólares era mucho dinero para Drew. Mucho más del que ella podría ganar en toda una vida de trabajo. Se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo. Pero ¿y si algún día Drew quería ser médico como su abuelo?¿Ella sería capaz de costear los estudios en una facultad de medicina sin empeñarse hasta la médula con préstamos bancarios? Probablemente no. Sin embargo, no estaba dispuesta a tentar al destino permitiendo que Cal se cruzara en su vida una vez más. No estaba en sus cálculos volver a casarse con su ex marido para que su hijo heredara el dinero de un tercero.

Cal se puso de pie, impecable en su traje de verano azul marino. Lauren casi había olvidado la elegancia con la que llevaba cualquier tipo de prenda; lo bien que caía la ropa en aquel delgado físico privilegiado, que superaba el metro ochenta de estatura. Se ruborizó al descubrir que le resultaba muy familiar, con y sin ropa, dentro y fuera de la cama.

Jacqueline abrió su bolso y extrajo un estuche esmaltado de maquillaje compacto. Controló en él su aspecto y lo cerró. Recorrió los dientes delanteros con la lengua y miró a Cal.

— ¿Cuándo será la boda, Cal?

El hombre tenía la mirada fija en Lauren.

— El mes próximo, Jacqueline —contestó, entrecerrando los ojos. Por alguna razón, había olvidado lo baja que era Lauren, su cuerpo diminuto, la satinada tersura de su piel perfecta, aquella fragancia femenina que le pertenecía con exclusividad. Pero no había olvidado su pasión. Una pasión salvaje e intensa que Cal se negaba a perder luego de haberla saboreado. Habría renunciado a cualquier cosa, menos a Lauren Taylor Samuels.

Jacqueline arqueó las cejas cuando vio cómo la observaba. Por primera vez desde que había entrado en aquella sala de conferencia reparaba en el aspecto de la madre del hijo de Cal. Tal vez no fuera el tipo de mujer que ella habría imaginado como esposa ideal para él, pero tuvo que admitir que tenía un don que a muchos hombres les resultaba irresistible: una inocencia casi infantil, una silenciosa súplica de protección.

— ¿Estoy invitada a la boda... niña?

Lauren volvió la cabeza de inmediato. No conocía a Jacqueline Samuels ni le interesaba conocerla, pero había algo en ella que le provocaba un fuerte rechazo epidérmico.

— Me llamo Lauren Taylor. Y no está invitada, pues será una ceremonia muy privada.

De inmediato Jacqueline detectó terquedad; una cualidad imperceptible a simple vista. Por lo tanto, llego a la conclusión que aquella jovencita no sería una rival fácil para ella. Recogió su bolso y dijo:

— No me interesa celebrar el comienzo de este matrimonio; me reservo todos los festejos para el día en que termine.

Jacqueline no advirtió la mirada de odio que Cal dirigió a Lauren cuando ella se inclinó para palmearle el hombro.

— Buena suerte, niña. La necesitarás para sobrevivir todo un año junto al prepotente y todopoderoso Cal Samuels. Es una versión más joven del maldito viejo de quien heredó el nombre.

Salió de la sala y John Evans ofreció a Lauren una sonrisa conciliatoria.

— Si puedo ayudarla en algo, no tiene más que notificarme.

Lauren se puso de pie y le tendió su mano delgada.

— Se lo agradezco mucho. Ya tengo su tarjeta.

Le estrechó la mano y cuando la soltó, se volvió hacia Cal.

— Ya sabes donde encontrarme.

Cal también estrechó su mano tendida.

— Gracias de nuevo, John.

El abogado le guiñó un ojo.

— Buena suerte —auguró con tono suave.

Cal aguardó hasta que el letrado se retiró de la sala de conferencias y se dirigió al otro lado de la mesa. Se detuvo junto a Lauren y, como un mensajero de la muerte, la inmovilizó con la mirada.

— Tú y yo tenemos que hablar. Tal vez puedas darme algunos detalles ilustrativos sobre este niño de quien se supone soy el padre. —Le tomó el brazo con la mano derecha.

Lauren nunca había negado la existencia de su hijo y no empezaría justamente en esa ocasión. Ni siquiera frente al padre de la criatura.

— Tienes un hijo —comentó, apretando los dientes.

La expresión de Cal se mantuvo imperturbable.

— Eso me han dicho. ¿Pero por qué tuve que esperar tanto tiempo para enterarme?

Lauren contempló a Cal con ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa.

— Pero... ¿acaso no lo sabías?

Él pareció atravesarla con sus ojos dorados.

— No.

— Tu abuelo lo sabía.

— Él lo sabía y tú también. Todos estaban enterados menos yo.

Lauren se sentía totalmente confundida. ¿Por qué el doctor Samuels no le habría dicho a su nieto que tenía un hijo?

Cal le acercó tanto la cara que la joven alcanzó a ver la fina lámina de sudor que cubría la parte superior de su boca. Tanto, que reparó en los minúsculos poros de su piel dorada. Tanto, que pudo percibir la fragancia de su colonia para después de afeitarse, combinada con el olor personal y masculino que irradiaba su aliento a causa de la ira que sentía.

— ¿Quién te mezcló en todo esto?¿Cómo hiciste para conspirar con mi abuelo a mis espaldas?

Lauren se soltó violentamente de la mano de Cal, quien de todas maneras no la tenía asida con demasiada firmeza. Recogió su bolso con la misma furia.

— ¿Con quién estás enojado, Cal? No puede ser conmigo, porque yo no obtengo ningún beneficio en todo este asunto. Si quieres o necesitas el dinero con tanta desesperación, ¿por qué no seduces a Jacqueline? Todavía es bastante joven como para darte un hijo. De ese modo podrían conservar el dinero en la familia. —Se volvió y salió de la sala de conferencias.

— ¡Lauren! —gritó Cal.

Pero ella no se detuvo. Ignoró la sonrisa de la recepcionista, empujó la puerta y salió a disfrutar del radiante sol de verano.

Logró llegar al estacionamiento del edificio, pero no pudo escapar. Una mano grande, con fuerza de acero, la atrapó.

— Dije que teníamos que hablar —murmuró Cal entre dientes, cerca de oído.

Lauren clavó la mirada en la mano que la mantenía cautiva.

— Suéltame.

Cal aflojó la presión, pero no la dejó marcharse. La acorraló entre su cuerpo y el auto.

— Quiero hablar contigo.

Lauren alzó el mentón.

— No tenemos nada de qué hablar.

Cal se acercó más todavía, apretando el pecho contra el hombro de la muchacha.

— En eso te equivocas Lauren Taylor Samuels. Tú y yo debemos conversar largo y tendido.

— Lauren Taylor a secas. Hace años que he dejado de ser la señora Samuels, arrogante de...

La expresión ceñuda de Cal desapareció.

— Pero aceptaste casarte conmigo a pesar de toda mi arrogancia —replicó él, con un destello de sonrisa a flor de labios.

Aparentemente, esa sonrisa sirvió para disipar la actitud defensiva de la joven; al menos, hasta cierto punto. Cal tenía razón. Ella había accedido a esa boda a pesar de su fama, de los rumores que hablaban de su estilo de vida sibarítico y de su arrogancia irritante.

Los párpados de Cal cayeron cual pesado telón sobre sus ojos ambarinos con pupilas de castaña.

— Quiero que me hables de mi hijo, Lauren.

La mirada de ella abandonó el rostro de Cal y se concentró en su mano. Él la soltó y retrocedió.

— ¿Qué quieres saber, Cal?

— Aquí, no —dijo.

La frente de Lauren se arrugó ligeramente.

— ¿Dónde?

— En casa de mi abuelo. Sígueme en tu auto.

Y con esas palabras le volvió la espalda y se encaminó hacia un vehículo deportivo negro, sin brindarle la más mínima chance de protestar. Lauren aguardó a que se ubicara y encendiera el motor para subir a su auto.

Cal detuvo el vehículo junto al de ella y se inclinó sobre el asiento del acompañante.

— Trata de seguirme de cerca —gritó, para que ella pudiera escucharlo a pesar del ruido de los motores.

— No suelo correr, Cal.

Pero sus palabras fueron en vano. Cal ni las escuchó. Lauren se quedó mirando el caño de escape del auto y lo perdió de vista en un semáforo, de modo que él se vio obligado a detenerse para esperarla.

Entonces la joven recordó lo mucho que le gustaba disfrutar del vértigo de la velocidad en aquellos caminos estrechos de Cayo Verde. Verlo pasar los cambios con sus dedos largos, mientras estaba sentada a su lado, le había producido un gran éxtasis. Un

éxtasis tan desenfrenado y ardiente como el que experimentaban al hacer el amor. Un éxtasis tan poderosamente grabado en su memoria que nunca tuvo el valor de salir en busca de otro hombre para volver a vivir esas mismas emociones.

Aminoró más aún la marcha y cuando Cal detuvo su auto frente a la casa de tres pisos, ella sabía que estaría furioso.

Se bajó del auto con un violento portazo antes de que ella tuviera tiempo de apagar su motor.

— ¿Dónde compraste tu licencia de conducir? —gruñó por la ventanilla abierta.

Lauren la cerró y abrió la puerta, obligándolo a correrse para no golpearlo.

— Te he dicho que no me gusta correr. Estoy habituada a manejar con un chico a bordo y quiero vivir el tiempo suficiente para terminar de criarlo.

Cal introdujo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones. Le dirigió una ancha sonrisa.

— ¿Te refieres a mi hijo?

— No. Al mío.

Se puso serio de inmediato. De su sonrisa no quedaban rastros.

— ¿Es o no hijo mío, Lauren?

— Tú podrás ser el padre, pero él es mi hijo. Nunca lo olvides, Cal.

El hombre estudió con atención el rostro de la muchacha y descubrió una fuerza interior que se le había escapado en el estudio jurídico. Esa mujer diminuta, que en una época fuera su esposa y a quien había amado profundamente, había engendrado y dado a luz a un hijo suyo. El hijo que tanto él había deseado. El hijo cuya existencia había desconocido hasta ese día.

Le tendió la mano para ayudarla a bajar.

— Entremos.

Capítulo 2

Cal condujo por el vestíbulo y el living hacia la misma biblioteca donde le había sido presentado el famoso doctor Cal Samuels. Le parecía que había pasado una eternidad desde entonces. La mayoría de los muebles estaban cubiertos por lienzos para evitar que se empolvaran.

Tenía la sensación de haber viajado al pasado, al preciso instante en que el anciano se puso de pie para recibir al nieto y a su flamante esposa. Los ojos oscuros y seniles lanzaban llamas. Un fuego que fue capaz de atravesar la estoica fachada que la joven se había fabricado al descubrir lo caprichosa e impulsiva que había sido su boda con Cal Samuels.

La breve reunión con el célebre médico fue el detonante para que Lauren pusiera los pies sobre la tierra. Había cometido un error al casarse, sobre todo porque su consorte era el no menos célebre escritor C. B. Samuels.

Cal se quitó la chaqueta y los gemelos de sus puños para arremangarse la camisa, desnudando así las bronceadas muñecas.

— Por favor, siéntate. —Hizo un gesto en dirección a una silla. —¿Tomas algo?

Lauren se sentó y cruzó una pierna sobre la otra.

— No, gracias. Quiero terminar con esto de una vez por todas para poder volver a mi casa.

Cal analizó la postura relajada de la muchacha.

— ¿Dónde vives?

Lauren no respondió de inmediato sino que esperó hasta que Cal quitara el cobertor de un pequeño sofá y se sentara.

— En Grafton. North Grafton, para ser precisa.

— ¿Cuánto hace que vives allí?

— Dos meses.

— ¿Te gusta? —prosiguió Cal en su interrogatorio.

— Mucho. Mira, Caleb, yo...

— En cuanto al niño... —la interrumpió.

— Drew.

Cal asintió y cerró los ojos. La luz del sol que se filtraba entre las pesadas cortinas rojo damasco reflejaba el plateado de su cabello, produciendo una especie de halo a su alrededor.

Lauren se sintió muy incómoda de repente. En ningún momento había pensado que ese reencuentro la inquietaría tanto. Se vio obligada a apelar a todas sus fuerzas para enfrentarse a aquel hombre de carne y hueso que estaba ubicado a un escaso metro de distancia.

No era la calase de hombre que una mujer pudiera olvidar tan fácilmente. Su presencia bastaba para perturbar a cualquiera: un andar fluido, una voz pausada y una personalidad muy controlada. Por eso le había sorprendido tanto ver su reacción contra Jacqueline durante la lectura del testamento.

— Drew —repitió Cal en voz baja. Abrió los ojos. — ¿Por qué no me dijiste que tenía un hijo?

— ¿Por qué tu abuelo no te lo contó? —replicó Lauren, respondiendo la pregunta con otra pregunta.

— No era responsabilidad suya darme la noticia, Lauren.

— Ya sabes por qué no podía decírtelo.

Cal apretó la mandíbula y abrió muy grandes los ojos.

— No lo sé. Tal vez tú deberías decírmelo.

Lauren se mordió el labio inferior, tratando de ordenar sus pensamientos.

— Me enteré de que estaba embarazada después de la anulación del matrimonio.

Cal se inclinó hacia adelante.

— El no estar casada no es un factor determinante cuando hay un hijo de por medio. Yo tenía derecho a saber de la existencia de ese hijo.

Lauren sabía que él tenía toda la razón del mundo. Bajó torpemente la vista, sin poder soportar la de él y se acurrucó en la silla. No le contestó.

Cal respiró hondo. Se arrepintió de su actitud intimidatoria al ver la vulnerabilidad de la muchacha, hasta el momento inédita para él. También era su culpa, en parte. Mejor dicho, debía cargar con la mitad de la culpa por no haber luchado por ella. Nunca debió haber cedido con tanta facilidad cuando supo de sus deseos de abandonarlo. Todavía la amaba. En ningún momento, desde que la relación había terminado, había dejado de amarla. Ahora se daba cuenta de por qué su abuelo había optado por callar la existencia de ese hijo: el viejo Samuels supuso que si su nieto no había tenido agallas para luchar por su esposa, tampoco las tendría para luchar por su hijo.

— ¿Qué edad tiene, Lauren?

La joven sintió un nudo en la garganta. El dolor de Cal era evidente. Ya no era el mismo de antes. Cuando ella le informó que lo abandonaría, el no le mostró emoción alguna. Simplemente, asintió con la cabeza y la observó partir.

— Cumplirá cuatro años el primero de septiembre.

— ¿Sabe qué existo?

— He tratado de explicarle que no vives en este país.

Cal se irguió en su asiento.

— ¿Conoce mi nombre?

— No.

— ¿Por qué no? —preguntó ásperamente.

— No quise confundirlo.

Una repentina y gélida ira apareció en sus ojos.

— ¿Y qué ibas a decirle dentro de cinco o diez años, Lauren? ¿Habrías sido capaz de encontrar una excusa aceptable para conformarme por haberte olvidado de decirme que tengo un hijo y por haberme impedido que fuera un padre para él como corresponde?

Ella quiso refutar la acusación, pero no pudo. Su delicada mandíbula se contrajo, mientras lo miraba airada.

— No habría llegado a ese extremo.

— ¿Por qué no?

— Porque habría dicho toda la verdad a Drew.

— Se la diré yo no bien lo vea.

Lauren estaba tan enfurecida que no podía hablar.

— No lo harás.

— En eso te equivocas, Lauren. Veré a mi hijo y nos casaremos... otra vez.

Lauren tenía la sensación de que Cal la tenía tomada del cuello, impidiéndole huir.

— Nunca —gimió.

— Quiero a mi hijo, Lauren.

Sentía que un fuego ardía en su interior en respuesta a semejante exigencia.

— Tendrás a tu hijo, pero yo...

— Lo quiero a él y a ti —insistió, interrumpiéndola.

La muchacha apretó los dientes.

— No me casaré contigo, Cal. No estoy dispuesta a cometer dos veces el mismo error.

In tenso silencio invadió el ambiente cuando Cal bajó el mentón pero siguió fijando los ojos en ella.

— Sería capaz de casarme con cualquiera con tal de impedir que Jacqueline se quedé con un centavo más del dinero de mi familia. Mi madrastra ya se dio el gusto de arruinar a

mi padre. Tendrá que pasar por sobre mi cadáver si pretende burlarse de su memoria heredando la fortuna de mi abuelo.

— Jacqueline Samuels es un problema tuyo, no mío.

— Ahora también es un problema de Drew.

— Déjalo fuera de esto.

— No lo haré, Lauren. Drew es el motivo de que hayas venido a Boston esta mañana. Drew es el motivo de esta conversación.

— No permitiré que uses a mi hijo para una *vendetta* personal.

Cal meneó la cabeza y le sonrió con ironía.

— Pensé que era nuestro hijo.

La muchacha consideró la observación como un castigo merecido.

— De acuerdo, Cal. Nuestro hijo.

— No puedo regresar en el tiempo —declaró Cal, cruzándose de brazos —. Tú tampoco. Pero sí está a mi alcance darle lo que le corresponde. Su apellido podrá ser Taylor, pero no por eso deja de llevar la sangre de los Samuels.

Después de un largo rato, la joven preguntó:

— ¿De qué se trata todo esto, Cal?¿De dinero o de una venganza?

— Es una cuestión de familia. Quieras o no reconocerlo, Drew es otro miembro de la familia. Del mismo modo que tú lo has sido alguna vez: parte de mi familia.

— Me suena a manipulación, más bien —respondió ella con aspereza—. Un hombre que ya no está entre nosotros nos maneja a su antojo desde la tumba y yo no tengo intenciones de seguirle el juego.

Cal disimuló una sonrisa.

— Si eso es cierto, ¿por qué le dijiste a Jacqueline que no estaba invitada a la boda?

Lauren formó una apretada y fina línea con sus labios.

— No me gusta que la gente me trate de ladrona.

— Nada que hubieras podido decir a Jacqueline la habría herido más que el simple hecho de ser la madre de Drew.

Como la muchacha tenía la vista fija en la puntera de sus zapatos, no advirtió la pausada y seductora aprobación de Cal al observar sus piernas tan bien contorneadas. En Cayo Verde sólo había vislumbrado una gracia natural y una belleza aún inmaduras. De todos modos, él supo que Lauren poseía un misterioso espíritu interior que atraparía su corazón para siempre.

Deseaba a su hijo, pero mucho más a esa mujer que tenía frente a sí.

— ¿Cuándo podré conocer a Drew? —preguntó, tan de súbito que la sorprendió.

Lauren alzó la cabeza abruptamente. Sabía que no tenía manera de impedir que Cal conociera a Drew. Ningún tribunal le negaría el derecho de visitar a su hijo. Era como si durante años esa amenaza hubiera estado latente para ella.

— Te llamaré —le contestó con serenidad, a pesar de que el corazón le latía a un ritmo vertiginoso. Parecía a punto de estallar en cualquier momento.

— ¿Cuándo? —El tono de voz de Cal fue tan suave como el de ella. A pesar de su engaño, él no quería hacerle daño.

— Tal vez mañana. Primero debo hablar con Drew.

— ¿Dónde quieres que nos encontremos?

— Puedes venir a casa.

Acababan de acordar una tregua. Espinosa, a pesar de la naturaleza obstinada de ambos. Drew conocería a su padre y, si bien Lauren todavía seguía enamorada, no estaba dispuesta a casarse con él otra vez, aun sin tomar en cuenta las estipulaciones testamentarias del doctor Samuels.

Cal se puso de pie y tendió una mano a la joven. Sonrió cuando ambas manos se encontraron.

— Todo saldrá bien, Lauren. No pelearé por la tenencia del niño.

Lauren esbozó una sonrisa trémula.

— Gracias, Cal.

El hombre deslizó las manos por los brazos de Lauren, para atraerla hacia él. Estudió su rostro, rasgo por rasgo, tratando de determinar si quedaban vestigios de la niña—mujer con la que una vez se había casado.

Tenía el pelo diferente. Solía llevar un corte carré, completamente lacio, que ahora se había transformado en un peinado más corto, con la parte superior rizada y voluminosa, en contraste con los laterales simétricos que enmarcaban su rostro pequeño.

Se detuvo en particular en sus grandes ojos y se perdió en sus renegridas profundidades. Una inquietud muy familiar invadió su cuerpo cuando la soltó.

— Te acompañaré hasta el auto. —No pudo disimular su alteración, evidente en el tono de voz que empleó para hacer la sugerencia. La deseaba. Siempre la desearía.

Lauren se propuso no revelar su propio deseo. Aún no había podido olvidar a Cal Samuels. Había pasado un largo tiempo, demasiado, y sin embargo, no tenía fuerzas suficientes para resistirse a él.

— Necesitarás mi número telefónico —recordó Cal, mientras se acercaba a una mesa. Lo anotó en una pequeña hoja de papel, que tomó de un talonario ubicado junto al teléfono. Se volvió hacia ella y se lo entregó. —Esperaré aquí la llamada.

Lauren asintió y guardó el papel en su bolso. Juntos, se encaminaron hacia la puerta principal.

Cal bajó con ella las escalinatas de la entrada y tomó de sus manos las llaves del auto. Abrió la puerta y la sostuvo hasta que Lauren ocupó su lugar. Su mirada recorrió lentamente la piel sedosa de sus muslos al sentarse. Dejó caer la llave en la palma extendida de Lauren y sonrió.

— No vayas demasiado rápido — la bromeó.

Lauren no pudo contener la risa. El sonido pareció una melodía natural y espontánea, que sorprendió a ambos.

— Lo prometo.

Cal se apoyó sobre la ventanilla abierta del auto.

— Llámame — le ordenó con dulzura.

— Lo haré —confirmó ella.

Lauren tenía la mirada fija en su boca, y con ella la acarició el labio superior. Le daba un aspecto de niño petulante, aunque sabía sin lugar a dudas que Cal Samuels podría ser cualquier cosa menos un niño.

Encendió el motor y él retrocedió unos cuantos pasos hacia la acera. Con la señal de luces encendida, miró hacia atrás por encima del hombro y se alejó de allí, haciendo chillar los neumáticos contra el pavimento.

Sonrió mientras miraba por el espejo retrovisor. La expresión de Cal había exteriorizado una mezcla de sorpresa y alarma. Al llegar a la esquina siguiente dobló cuidadosamente, para tomar la calle que la conduciría a la casa de sus padres.

— ¿Cómo te fue? —preguntó Odessa cuando Lauren se desembarazó de su calzado y apoyó los pies en un sofá otomano, tapizado en chintz, que había en el porche.

Lauren frunció el entrecejo.

— Fue extraño. Una locura. No, mamá. Yo diría... extravagante.

— ¿Por qué?

Una sonrisa que no terminaba de salir jugueteó en la comisura de sus labios mientras relataba los términos del testamento del desaparecido doctor Cal B. Samuels.

— Todo lo que tengo que hacer es casarme con Cal, convivir con él durante un año y Drew heredaría más de un millón de dólares. Eso incluirá el interés que se acumule hasta que cumpla los veintiún años.

Entonces fue Odessa la que frunció el entrecejo.

— Lo que no comprendo es como hizo el doctor Samuels para enterarse de la existencia de su bisnieto cuando tú lo has mantenido en secreto.

Lauren meneó la cabeza.

— Debe de haberme hecho investigar.

— ¿Y Cal lo ignoraba?

— Eso dijo.

— ¿Le crees, Lauren?

La muchacha recordó la expresión de Cal cuando John Evans reveló la existencia de Drew. De ninguna manera habría podido falsear esa reacción.

— Sí, le creo.

— ¿Pero por qué el doctor Samuels no se lo habrá contado a su nieto?

Lauren reclinó la cabeza contra el mullido respaldo del sillón.

— Nunca lo sabremos. Los muertos no hablan. —Apretó los labios. —Supongo que el viejo habrá querido vengarse de mí por haber abandonado a su nieto.

— Apuesto a que Cal quiere conocer a su hijo, ¿verdad? —preguntó Odessa y Lauren asintió con la cabeza —. ¿Cuándo y dónde?

Lauren sentía que se había quitado un enorme peso de encima. Aunque había pensado que nunca iba a suceder, mentalmente estaba preparada para lo inevitable. Algún día, en algún momento, en algún lugar, Drew conocería a su padre.

— Probablemente mañana. — Notó la expresión preocupada de su madre. — Hablaré con Drew esta noche y mañana llamaré a Cal. Me parece que lo mejor será que él venga a ver al niño y no a la inversa.

— Estoy de acuerdo —coincidió Odessa —. Pero ¿y tú, querida?¿Cómo te sentiste cuando volviste a verlo?

Lauren siempre había mantenido un diálogo muy abierto con su madre, revelándole detalles que por lo general las hijas se niegan a confesar. ¿Pero cómo iba a explicarle que aquella alocada semana de pasión desenfrenada en Cayo Verde seguía viva en su interior?¿Y que deseaba revivirla... una y otra vez?

— Bastante bien —contestó —. El paso del tiempo ha sido generoso con él, a pesar de que tiene bastantes canas más.

Odessa arqueó una ceja.

— Te pregunto por ti, no por Cal Samuels.

Lauren sintió que sus mejillas se encendían. Su rostro delató así sus sentimientos.

— Todavía me atrae, mamá —confesó.

Por primera vez, Odessa decidió no presionar a su hija en cuanto a su relación con Cal Samuels, pues se daba cuenta de que debía afrontar los requisitos legales que le habían sido impuestos esa mañana.

— ¿Y qué pasará con el dinero que le corresponde a Drew?

— ¿Qué pasa con eso, mamá? Basta con mencionar dinero para que todos los tiburones comiencen a nadar en círculo alrededor de la presa herida, tratando de calcular cuándo y cómo dar el golpe de gracia. Si de mí depende, Drew no se convertirá en esa presa.

Odessa se puso de pie y dirigió una mirada furiosa a su hija.

— ¿Por qué siempre hay que hacer las cosas a tu modo?

Lauren le volvió la espalda y apretó los labios con más ira que nunca. Otra vez sentía la presión de su madre.

Odessa la tomó por un brazo, obligándola a mirarla de frente.

— Ya es hora de que empieces a pensar en los demás, Lauren. No estás sola en esto. Drew te quiere, pero será mejor que te hagas a la idea de que una vez que conozca a su padre, aprenderá a quererlo a él también. —Acarició la mejilla de la joven con los dedos. — Deberás compartir a tu hijo con Cal y con lo que él tenga para ofrecerle. Quiero que pienses en el niño, querida —continuó la mujer con dulzura, sonriendo con gesto seductor—. Por otra parte, estoy segura de que para ti debe haber peores castigos que despertarte todas las mañanas junto a Cal Samuels.

Lauren sonrió, ablandando su expresión. Sintió que el deseo comenzaba a arder en sus entrañas con sólo recordar aquellos momentos en que había compartido la cama con Cal.

— En eso tienes razón, mamá.

— ¿Cuándo vence el plazo para que comience a regir el derecho de la malvada madrastra de Cal para reclamar la herencia de mi nieto?

— Dentro de sesenta días.

Odessa se encogió de hombros.

— No está tan mal. El viejo déspota podía haber establecido dos semanas y eso sí que te habría puesto en un brete.

Lauren leyó picardía en los ojos castaños claros de su madre.

— Trata de mantenerte al margen de esto —le advirtió con tono sereno —. Si se te cruza la idea de inmiscuirte...

— ¿Qué harías, querida? —la interrumpió, con una sonrisa fabricada.

— Ya se me ocurrirá algo.

— Eres peligrosa cuando te pones a pensar, Lauren.

— No intentes ponerme a prueba, madre.

— No me llames madre.

— No interfieras. Nada más.

— Pero, nena... —Odessa elevó las manos. —De acuerdo. Te prometo que no interferiré.

Lauren abrazó y besó a Odessa.

— Gracias.

— ¿Drew y tú se quedarán a almorzar?

Lauren dirigió una afectuosa sonrisa a su madre.

— Por supuesto.

— Entonces siéntate y relájate —sugirió —. Te avisaré cuando el almuerzo esté listo.

La joven cerró los ojos y ordenó a su cuerpo a su mente que se relajaran. La cálida brisa estival que se filtraba por las ventanas la refrescó y le recordó otros vientos, también cálidos, que agitaban las palmeras en Cayo Verde.

Sonrió. Había pasado el examen. No había caído prisionera de la magia seductora de Cal. Por otra parte, él no tenía modo de saber cuánto lo había amado y cuánto lo amaba todavía.

En varias oportunidades, después de haberlo abandonado, Lauren había tratado de recordar su aspecto físico, su olor, el placer que le producía cada vez que la besaba, que la tocaba, que saboreaba su cuerpo...

Se había enamorado de Cal Samuels en Cayo Verde y lo amaría eternamente.

Cayo Verde: el paraíso de los amantes. Allí comenzó todo.

Capítulo 3

Lauren no había oído hablar jamás de Cayo Verde hasta cinco años atrás, cuando fue convocada a una reunión con el jefe del departamento de investigación de Summit Editores, una mañana de diciembre.

— Lauren ¿qué te parece la idea de pasar siete días en una isla privada del Caribe? — le preguntó Bob Ferguson en aquella oportunidad, una vez que la joven se ubicó en su asiento.

Dejó entonces de mirar a Bob para contemplar el paisaje que ofrecía el ancho ventanal, detrás de su escritorio. Un manto plomizo oscurecía el cielo. Había nevado sin cesar toda la mañana.

— ¿Y qué tengo que dar a cambio? —preguntó, sonriente.

— La investigación más exhaustiva que se haya hecho hasta el momento sobre la nación zulú.

Lauren sabía que los zulús eran una tribu africana, descendientes de los bantú, de contextura física robusta y muy altos. Pero hasta ahí llegaban sus conocimientos.

Bob explicó entonces la idea de lanzar una colección sobre el jefe zulú Shaka y sus sucesores. Según él, tendría una extensión comparable a la de *The American Bicentenarial Series*, de John Jake, compuesta por ocho volúmenes. C.B. Samuels sería el redactor principal del proyecto, que comprendería cuatro tomos. Los jefes Shaka, Dingane, Mpande y Cetewayo contarían sus propias historias, donde los hechos históricos se combinarían con relatos ficticios para dar vida a los que Summit Editores vaticinaba como la mejor colección de todos los tiempos.

Lauren era la investigadora más joven y novata de la empresa, pero Bob Ferguson sabía que era de las mejores. Con excelentes antecedentes en el campo de las artes liberales, la habían contratado inmediatamente después de graduarse en la universidad y, además, había logrado varios ascensos durante su primer año de trabajo. Por el ahínco y la escrupulosidad con que emprendía cada proyecto, se había ganado la atención de todos los jefes de departamento de la editorial.

Con éxito, la muchacha logró disimular su entusiasmo por la excelente noticia. Acababan de ofrecerle un proyecto que le envidiaría la mayoría de los investigadores veteranos de Summit. Cualquiera de ellos habría resignado de buen grado las recompensas que la empresa les ofrecía a sus colaboradores más antiguos, con tal de conseguirlo.

Bob observó su semblante impasible.

— Antes de que tomes una decisión, me parece justo informarte que C.B. Samuels suele trabajar muy de cerca con su investigador y que a veces se pone difícil cuando no le facilitan los datos que necesita.

Lauren ya estaba informada del volátil temperamento artístico del escritor, pero se rehusaba a dejarse amedrentar por un detalle tan insignificante. Tenía fe en que su trabajo en equipo con el célebre autor de obras de ciencia ficción sería óptimo.

— C.B. se radicará en Cayo Verde hasta que complete el primer libro —continuó Bob —. Luego se tomará una licencia por un año para ir a España. Cuando regrese escribirá su segundo libro, también en Cayo Verde. Según el contrato que hemos firmado, tiene tres años para escribir el tercero y el cuarto.

— ¿Cuántas palabras están previstas? —preguntó Lauren.

— Entre trescientas y quinientas mil.

Lauren frunció el entrecejo ligeramente. Los libros extensos requerían una investigación muy minuciosa. La seguridad profesional que sintió en esos momentos le dio un gran valor.

— Acepto —dijo.

Bob suspiró, visiblemente aliviado. Algo le había dicho desde un primer momento que Lauren Taylor aceptaría el trabajo, pero por alguna razón no quiso cantar victoria hasta no tener la confirmación efectiva. Temía que la reputación de C.B. Samuels la intimidara, como había sucedido con otros investigadores.

— Prepárate para partir dentro de dos días. Pediré a mi secretaria que reserve tus pasajes aéreos. También recibirás un generoso cheque para viáticos. Te alcanzará para comprarte un guardarropas nuevo. Tengo entendido que la vida nocturna en la isla es muy activa —agregó, guiñando un ojo.

La sonrisa de Lauren lo cautivó.

— Gracias, Bob.

— No me lo agradezcas, Lauren. Tu te has ganado la asignación.

— Haré que te sientas orgulloso. —Habló con voz suave y cargada de una emoción contenida.

Bob la miró detenidamente.

— No me caben dudas. —Se deleitó con la imagen que le ofreció aquel cuerpo diminuto y femenino al incorporarse. —Llámame cuando llegues a Cayo Verde —dijo, mientras el también se ponía de pie.

Lauren asintió y salió de la oficina. Parecí valor más que cambiar y su ánimo no podía ser mejor. Ya estaba lista para Cayo Verde y C. B. Samuels.

Su vuelo a las Bahamas y el que tomé luego desde allí hasta Cayo Verde no ofreció muchas emociones, pero por suerte casi no tuvo que soportar demoras. Llegó al mediodía fresca y dispuesta a trabajar y a gozar del esplendor natural de la isla.

El conductor del automóvil que la fue a buscar, con su acento isleño, auspició de guía de turismo. La llevó lentamente por el camino principal y le mostró las imponentes residencias de las seis familias que habían unido sus incalculables fortunas para comprar la isla.

Cómodamente instalada en el viejo asiento tapizado en cuero del Mercedes convertible, Lauren se abandonó a la calidez de las brisas que le acariciaban la cara. Pensar que cinco horas antes estaba en el aeropuerto Logan de Boston, observando una carrera de densos nubarrones que pintaban el cielo de un gris plomizo. Las temperaturas bajo cero registradas agoraban más nieve todavía.

— Hemos llegado, señorita —anunció el conductor.

Se detuvieron frente a una construcción blanca de estuco, en dos plantas, con características auténticamente indias a pesar de su techo español de tejas rojas, la galería y loas persianas criollas. Pimpollos de flores exóticas, bananeros y coloridos pájaros bulliciosos se sumaban a la exuberancia de la propiedad.

El hombre la ayudó a bajar del vehículo y la acompañó hasta el interior de la casa, donde fue recibida por una jovencita adolescente.

— Bienvenida, señorita Taylor. Mi nombre es Judith —dijo —. He venido a ayudarla durante su estadía en Cayo Verde. Por favor, venga conmigo. —Tenía el mismo acento que el conductor del Mercedes, que proporcionaba un tono musical a las palabras conocidas.

Lauren sonrió a Judith y la siguió. Subieron a la planta alta. Su habitación era muy espaciosa e iluminada. Una cama de caoba de Jamaica bien maciza, con cuatro postes y baldaquino, constituía el centro de atención. También había un armario y una mecedora, que conservaban el mismo estilo. Eran los únicos elementos que amueblaban el gigantesco cuarto.

Judith cerró las persianas y encendió un ventilador de techo.

— Le prepararé el baño y luego desempacaré sus cosas. También le traeré una bandeja con refrescos y bocadillos.

Lauren quiso decirle que no deseaba comer nada, pero luego se arrepintió. Como no conocía las costumbres de Cayo Verde, no quería insultar la hospitalidad de su ausente anfitrión ni la de sus empleados.

Una hora después, Lauren estaba acostada en la cama doble, con la cabeza apoyada en mullidas almohadas y luchando por mantener los ojos abiertos. El vuelo, el calor y la bandeja con el pescado asado, las frutas frescas y el ponche con sabor a ron comenzaron a surtir efecto. Finalmente, cedió a la pesadez de sus piernas y se quedó dormida. Sólo a última hora de la tarde, conoció a Cal Samuels.

— ¿Te has vuelto loco? Recién ha aprendido a comer sola y quieres que esta... nena ¡esté a cargo de la investigación del proyecto!

No gritó, pero tampoco fue necesario. Su intención fue más que evidente. No quería que Lauren Taylor fuera su investigadora.

— Pero Ferguson aseguró que es la mejor —dijo con voz muy fina un hombre de anteojos, menudo y delgaducho

— ¿La mejor para qué? —replicó Samuels con sarcasmo, mientras analizaba detalladamente el cuerpo de Lauren.

La muchacha no podía creer que el escritor fuera tan grosero. Ni se había molestado en disimular su desdén.

— No es necesario que yo sea de su agrado —intervino ella. Ya no pudo controlar su carácter de dinamita y por primera vez, olvidó su profesionalismo.— Pero le aviso desde ya que seré yo quien lleve a cabo las investigaciones para este proyecto, señor Samuels. Claro que si mi juventud lo ofende, sugiero que desde ahora en adelante no nos comuniquemos personalmente. La tecnología moderna nos ha provisto de aparatos tales como el teléfono y el fax. ¡Escoja lo que más le guste! —Las sienes le latían tanto que parecían a punto de estallar. Giró con gesto decidido sobre sus talones y se marchó de allí sin volver la vista atrás, por lo que no notó la expresión de sorpresa de Cal.

Volvió a su cuarto y se arrojó sobre la cama mordiéndose el labio inferior a fin de contener las lágrimas. Estaba furiosa consigo misma por haber permitido con cal Samuels la provocara. Había caído en su trampa.

Inspiró hondo y fue soltando el aire de a poco, mientras juraba que sería la primera y última vez que perdería los estribos. Al menos con Cal Samuels. Debía demostrarle que era inmune a sus sarcasmos y conducirse como la exitosa investigadora en que se había convertido.

Se levantó, dio una ducha y se cambió para la cena. De ninguna manera se quedaría recluida en su cuarto. Cal Samuels tendría que acostumbrarse a verle la cara.

Miró la hora y comprobó que todavía faltaba una hora para que sirvieran la comida. En Cayo Verde solían empezar a cenar a las nueve de la noche y terminaban alrededor de

las once o a medianoche, en algunas ocasiones. Decidió ir a caminar a la playa e informó a Judith que regresaría a la hora de cenar.

Se alejó de la casa en dirección al mar. Llevaba sandalias. El ocaso y la brisa fresca la reanimaron mientras recorría lentamente aquellas playas, deleitándose con la belleza de las aguas azules y verdosas del Caribe que besaban la arena blanca y pura.

Se detuvo a contemplar la colosal esfera anaranjada que se hundía cada vez más en el horizonte irregular, sin reparar en la proximidad del hombre más que cuando lo tuvo a menos de un metro y medio de distancia.

Los rayos del sol poniente parecían encenderlo en llamas, realzando su tez bronceada y sus ojos de avellana, iluminando al rojo vivo su impecable atuendo blanco.

— Te ruego me disculpes mi comportamiento de esta tarde —dijo, con una voz tan baja que Lauren debió esforzarse para oírlo, a causa del ruido del mar —. Ha sido una grosería de mi parte...

— Yo lo describiría como arrogancia, más bien —corrigió Lauren. Cal sonrió y ella suspiró. Esa tarde, la muchacha se había enfurecido tanto que no reparó en que el famoso escritor era más apuesto en persona que por fotos.

Él hizo una exagerada reverencia y declaró:

— Le ruego me perdone por mi arrogancia, señorita Taylor. Y para demostrarle que estoy sinceramente arrepentido, le pido que olvide nuestro encuentro anterior y considere éste como el primero.

Lauren se apartó varios mechones de pelo que el viento había empujado hacia sus mejillas, totalmente ignorante de la imagen delicada y sensual que ofrecía a Cal con ese gesto. Según él, sólo era una nena, pero la realidad mostraba algo totalmente diferente. Un ligero vestido color rosa, de voile, con la ropa interior al tono, favorecía su frágil figura. En ella, la solera de pronunciado escote en V y espalda descubierta parecía inocente, aunque en otra mujer, con curvas más pronunciadas, habría resultado provocativa.

Ella era distinta. Tan diferente de todas las demás mujeres que Cal había conocido que de pronto no supo que decir, como si hubiera sido un púber inexperto. Lauren Taylor era una niña—mujer muy sensual, con una exquisita piel de terciopelo, ojos inmensos e inescrutables y una boca suculenta, apasionada, que reclamaba con urgencia besos ardientes. Tenía la boca más sexy del mundo.

Le tendió la mano derecha.

— Cal Samuels —se presentó, cuando por fin pudo hablar.

Lauren vaciló pero luego estrechó la mano que se le ofrecía.

— Lauren Taylor.

Cal prolongó el saludo y luego le soltó la mano.

— ¿Aceptas compartir la cena conmigo, Lauren?

La inesperada invitación la tomó por sorpresa, pero se recuperó de inmediato.

— No puedo, señor Samuels. Es usted un anciano para mí —respondió, con una sonrisa elaborada.

Cal se quedó boquiabierto y se pasó la mano por su ondulada cabellera.

— Estas canas son prematuras; solo tengo veintiocho años.

Lauren decidió seguir caminando por la playa. Cal la siguió de cerca.

— Igual. Es muy mayor.

El hombre observó su perfil, alucinado con su belleza etérea. Aquellos rasgos delicados, la fragancia suave, femenina, y su mirada perpleja e inocente lo cautivaron.

— ¿Cuántos años tienes?

Ella sonrió y lo miró de reojo.

— Los suficientes para poder beber alcohol en lugares públicos. Veintidós.

— Pero... sólo te llevo seis años —dijo —. Dudo mucho que eso me relegue a la categoría de “anciano”. Juro comportarme como un caballero —continuó, casi a modo de súplica, interponiéndose en su camino para que no pudiera seguir avanzando —. Palabra de honor.

Lauren le sonrió y notó que Cal sonreía, mostrándole cada vez más su blanca dentadura al acercarse. Se dio cuenta de que ya había superado la etapa de la intimidación.

— Esta noche no puedo.

— ¿Cuándo? —Esa palabra delató su desesperación.

— Mañana —le respondió.

— Buenos días, Lauren.

La voz grave y masculina la obligó a abrir los ojos. Sonrió al ver al hombre que estaba a su lado, con dos tazas de humeante café.

Lauren irguió la reposera de junco de Indias y se quitó los anteojos para sol. Esa mañana se había despertado muy temprano y decidió esperar el desayuno bajo un monte de bananeros.

— Buenos días, Cal —Su sonrisa fue tan cautivante como el sol espectacular de la mañana.

Cal tomó otra reposera igual y se dedicó a admirar en silencio la sedosa y espesa cabellera de la muchacha, que ésta había recogido prolijamente en una cola de caballo.

Llevaba una camiseta blanca sin mangas, muy ceñida al cuerpo. Una vaporosa falda de algodón, también blanca completaba el conjunto.

Él le entregó una de las tazas de café.

— Judith dijo que lo tomas liviano y con una cucharadita de azúcar.

La joven sonrió y aceptó la taza.

— Gracias.

Prefirió concentrarse en el café en lugar de mirar abiertamente a Cal Samuels. Su magnetismo era tan poderoso que un delicioso deseo la envolvió. Si bien no era muy mundana y tenía una experiencia bastante limitada con el sexo opuesto, se daba cuenta de que el hombre que estaba sentado a su lado proyectaba una virilidad embriagadora, a la que no podía resistirse.

Nunca había dado crédito a las sórdidas noticias de los periódicos sensacionalistas, pero se preguntaba si no serían ciertos los rumores que corrían respecto de la vida licenciosa del afamado escritor. Resultaba muy difícil que una mujer normal pudiera hacer caso omiso de ese físico magro, bronceado y musculoso, de la ondulada cabellera de azabache que comenzaba a encanecer, de esos ojos brillantes como el sol y esa boca carnosa. La noche anterior, antes de acostarse, había tratado de recordar cada detalle, incluso el timbre sensual de su voz.

Cal se apoyó contra el respaldo de la reposera y cerró los ojos.

— ¿Qué sabes de los zulús, Lauren?

La muchacha contempló su perfil, perfectamente delineado. Mantenía una expresión hermética, como si estuviera guardando un secreto.

— No mucho —admitió.

Cal sonrió.

— Creo que tendrás que trabajar muy duro en este proyecto —comentó, confirmando así que ella sería en efecto su investigadora.

— Quiero muchos hechos, bien detallados —continuó—. Quiero conocer cada suceso histórico registrado de Shaka, su medio hermano Dingane, el hermano de Dingane, Mpande y el hijo de éste, Cetewayo. Quiero interiorizarme de la estructura política del régimen impuesto por cada uno de estos jefes, incluyendo las costumbres y las tradiciones. Necesito información sobre cada una de las facetas de los zulús del siglo diecinueve: qué comían, qué bebían y en qué clase de sociedad aborigen basaban su existencia.

“Debo saber cómo construían sus hogares, cómo manejaban la agricultura y qué situación social ocupaban las mujeres y los hijos durante cada reino. —Cal abrió los ojos y vio la sonrisa de Lauren.

— ¿Algo más, Cal?

El escritor correspondió la sonrisa.

— Sí, claro. Las guerras. Necesito saber quienes eran los europeos que desafiaron a los zulús por un imperio que dominó en Sudáfrica desde el río Zambezi hasta la Colonia del Cabo. Quiero un informe de cualquier escaramuza que se haya suscitado entre los zulús y los europeos y, especialmente, una descripción detallada de una batalla feroz similar a la de Little Bighorn, que el 22 de enero de 1879 casi terminó con los británicos, quienes debieron soportar la pérdida de unos mil doscientos hombres en Isandhtwana. Hubo otra batalla importante, el 4 de julio de ese mismo año, que terminó con una victoria británica, en Ulundi.

Lauren digirió toda la información, consciente de que le llevaría meses completar casi cien años de historia zulú.

— ¿Hasta que punto conoces a tus jefes zulús? —preguntó.

— Lo suficiente como para convertirlos en protagonistas de mis libros y hablar de ellos en detalle —confesó. Pero, en ese momento, lo único que quería saber era sobre la vida de Lauren Taylor. Todo lo que se relacionara con ella: sus gustos y disgustos; lo que la hacía reír o llorar; si era sentimental; si tenía sentido del humor; su auto favorito; la clase de música que prefería; si le agradaba bailar; si la habían besado, de verdad, con la pasión que nace desde lo más profundo del ser de un hombre, una pasión que se mantiene oculta, hibernando, hasta que por fin aparece la mujer ideal de su vida.

¿Pero Lauren Taylor sería la mujer de su vida? Justamente él, Cal Samuels, que había conocido más mujeres de las que se atrevía a admitir, deseaba un romance con alguien que aún no llegaba a ser del todo madura, que apenas había superado la etapa de la adolescencia. Sin embargo, el instinto le decía que Lauren era toda una mujer.

Cal vio que Judith salía de la casa.

— El desayuno está servido —informó a Lauren.

Se puso de pie y le tendió una mano. Tomó los delicados dedos entre los suyos y la ayudó a incorporarse, ofreciéndole el brazo para conducirla de regreso a la casa.

Caminar a su lado y tocarla posesivamente le resultó tan natural, tan espontáneo que se dio cuenta de que la atracción, endeble y en gestación todavía, comenzaba a unirlos para siempre.

Lauren compartió con él la mañana y la tarde; también las comidas. Discutieron el formato que tendría la colección. Después del almuerzo, el editor de cal se unió a ellos,

pero la sesión se desarrolló en un clima de tensión; una tensión que sólo Cal y Lauren percibieron.

Cal esperó a que el otro hombre se marchara y extendió el brazo sobre la pequeña mesa para tomar la mano de Lauren, interrumpiendo así los garabatos que estaba haciendo en su anotador de taquigrafía.

— Suficiente, Lauren —dijo —. Ya hemos trabajado bastante por hoy. Recuerda que me debes una cena. Ambos necesitamos relajarnos un poco.

Lauren recordó el comentario que Bob Ferguson había hecho respecto de la vida nocturna de Cayo Verde. Si bien ya había pasado dos días allí, aún no había tenido tiempo de disfrutar de esas festividades.

— Mmm. Creo que es una maravillosa idea.

Cal miró su reloj.

— Si te parece bien, saldremos a las ocho.

Tres horas más tarde, Lauren estaba sentada junto a él en el Mercedes clásico, aferrándose del borde de su asiento como si hubiera sido una tabla de salvación, pues Cal parecía volar por el camino más que conducir.

Tragó saliva y optó por cerrar los ojos.

— Cal... ¿Cal?

— Sí, Lauren —le respondió, sin apartar la vista del camino.

El corazón de Lauren latía a un ritmo tan vertiginoso que le causaba dolor.

— ¿Tienes necesidad de correr?

Cal disminuyó la velocidad.

— ¿Te asusto?

— No vayas tan rápido, nada más —insistió.

Cal sonrió. La niñita que llevaba en su interior acababa de emerger. Tomo su mano izquierda con la diestra y la mantuvo apoyada en su muslo, en un gesto protector.

— Jamás haría nada que te expusiera al peligro —aseguró con dulzura.

Lauren sentía el trabajo muscular de sus piernas fibrosas a través de los pantalones, cada vez que aplicaba mayor presión al acelerador o al freno. Seguía con la mano en la suya y después de un rato, ya no quiso que la soltara. Estar a su lado, tomados de la mano, le producía una sensación de amparo que jamás había experimentado con otro hombre.

Se detuvieron frente a una enorme estructura que parecía una pagoda de un piso. No bien se abrieron las puertas, se encontraron con luces brillantes, risas y música alegre.

Cal recibió grandes saludos familiares por parte de los presentes y por primera vez, la joven fue testigo de los alcances de su fama. Él la sostenía de la cintura con gesto posesivo, mientras la presentaba a personas de las que ella había leído en *Campo versus ciudad* o *Feria de vanidades*. Cuando le preguntaron sobre su próximo lanzamiento, Cal murmuró una respuesta insustancial que pareció satisfacer a la mayoría de los curiosos.

Solicitó al maitre una mesa en un sitio recluido, orden que el empleado cumplió con diligencia en escasos minutos. Pidieron un plato en base a bananas fritas, trozos de bacalao frito, arroz condimentado con arvejas y calabaza desmenuzada con especias.

Lauren bebió un sorbo de su ponche al ron, con los ojos fijos en la sonrisa de su compañero.

— Creo que nunca me acostumbrará a tonto ron. Todo lo que bebo o como contiene esta bebida en alguna proporción.

Cal recorrió con la mirada la cabellera rizada de Lauren, agitada por el viento y luego se dedicó a su boca carnosa y excitante.

— Ya te habituarás.

Víctima de los poderosos efectos del ponche, la joven meneó la cabeza y sus rizos danzaron provocativamente sobre su frente.

— No creo que quiera habituarme.

Cal le tendió la mano.

— ¿Estás lo bastante sobria como para bailar conmigo?

— Si notas que me tambaleo, tendrás que sostenerme.

— No creo que me resulte difícil. No pesas ni cincuenta kilos, ¿verdad?

— ¡Por favor! Cincuenta y uno y medio — confirmó orgullosa.

— ¡Qué gorda! —la bromeó, acercándose a ella para ayudarla a ponerse de pie.

Cal la llevó hacia la pista de baile, donde se oía una música ardiente con ritmo de reggae. Fue la primera de las muchas piezas que Lauren habría de compartir con él, quien la llevaba de un paso a otro con gran destreza mientras la banda no dejaba de tocar.

Confesó estar muerta de sed y Cal pidió otra vuelta de tragos. Se sentaron a la barra mientras se mecía al compás de la música, que esta vez provenía de unos macizos altoparlantes. Al igual que ellos, la banda había decidido hacer una pausa.

Cal se acercó para apartar un húmedo mechón de pelos de la mejilla de Lauren e inesperadamente, reemplazó los dedos por la boca, en un cálido beso sobre su rostro.

— Gracias —susurró.

Lauren abrió tamaños ojos, perdida en esa atractiva mirada de avellana. La llama titilante de una pequeña vela realzaba el tono dorado de sus ojos y de su piel.

— ¿Por qué?

— Por estar aquí conmigo, por ser como eres... tan hermosa, Lauren Taylor.

Todo lo que la rodeaba desapareció en ese mismo segundo. Todo, excepto el hombre que la devastaba con su poder y calidez. Sentía que el calor de su mirada bastaba para encenderle el rostro. Cuando las miradas se encontraron, el pecho de ambos comenzó a ejecutar al unísono una melodía.

Cal le tomo la cara en una de sus grandes manos y, aunque Lauren hubiera querido, no habría podido escapar de tan deliciosa trampa. El contacto era hipnótico, cautivante, hasta tal punto que se acercó más a él pues deseaba que le tocara algo más que las mejillas.

Con la cabeza apoyada sobre su hombro, trató desesperadamente de dominar sus emociones. ¿Qué le estaba pasando? No lo conocía, claro que no. Entonces... ¿por qué actuaba con semejante descaro?¿Era posible que sintiera una total e inmediata atracción hacia Cal Samuels?

Cuando levantó la vista, Cal advirtió que comenzaban a llamar la atención de la gente. Sabía que Lauren estaba bien apretada contra su pecho, pero, más que nada, conocía la reputación que se había ganado en la isla y sin proponérselo, experimentó una urgente necesidad de proteger a la muchacha. Los chismes baratos lo habían acusado durante toda su vida adulta, pero no quería que también alcanzaran a Lauren.

Rodeó su menudo talle con el brazo y la ayudó a bajarse del banco alto.

— Vamos a casa, querida.

Lauren asintió, rodeándolo también con los brazos, que pasó por debajo de su chaqueta.

Salieron al tórrido aire de la noche y la femenina fragancia floral del cabello y del cuerpo de Lauren pusieron a prueba los límites de su autocontrol. La ayudó a subir al auto y luego ocupó su sitio tras el volante. Un trueno estremeció el renegrido cielo de la noche y Cal oprimió un botón a fin de accionar la capota del convertible. En cuestión de minutos, gruesas gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas.

Lauren cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento de cuero, sin darse cuenta de que la aguja del velocímetro ya había superado los límites permitidos en la isla.

Trató de determinar cuales eran sus sentimientos hacia Cal, aunque fracasó de plano. Su mayor desazón fue concienciar la magnitud de su deseo por él. Ya sabía de su propia naturaleza apasionada, aunque siempre había tratado de negarlo.

La velocidad del mercedes, el lejano ruido de los truenos, la luz de los relámpagos y el incesante golpeteo de la lluvia sobre la lona de la capota hacían eco al torrente sanguíneo que corría alocadamente por sus venas.

Deseaba a cal Samuels: su irritante arrogancia, su brillante talento literario, sus caricias suaves, su voz grave y esa virilidad devastadora.

Cuando llegaron a destino y él bajó del auto para ayudarla, el corazón de Lauren parecía a punto de estallar. En pocos segundos, la lluvia torrencial empapó la chaqueta, los pantalones y la camisa de algodón de Cal. Tomando a Lauren entre sus brazos, el joven fue corriendo hacia la casa, mientras la lluvia castigaba su pelo, la falda y la blusa de organdí blanco de Lauren. La humedad, el calor y el olor de ambos cuerpos permaneció latente y sensual entre ellos.

Una vez en el interior, Cal la depositó en el suelo.

— Siento como si me hubiera extraviado en el Triángulo de las Bermudas — ronroneó ella, refiriéndose al ponche que había bebido.

Cal sonrió ante la somnolienta expresión de su rostro.

— No te ahogarás, querida. Me aseguraré de que...

Lauren estaba demasiado relajada como para reparar en la ternura de Cal, pero sí advirtió su expresión de asombro cuando no contempló su frase. Siguió la dirección de su mirada y notó que la blusa mojada se había adherido a su cuerpo como una segunda piel. Las oscuras aréolas de los pezones se transparentaban con claridad. Parecía desnuda.

Cal avanzó hacia ella mientras la acariciaba con la mirada.

— Cal —murmuró, cuando las bocas se rozaron.

Él le cubrió la boca con la suya, exigiendo una respuesta. Ella no lo defraudó. Correspondió el beso de una manera que delató su inmensa pasión.

Sin advertirlo, y por segunda vez en la noche, Lauren se encontró prisionera de su abrazo mientras él la tomaba en sus brazos para subir al cuarto, de a dos escalones por vez y sin separar la boca de la de ella.

Fue Lauren la que interrumpió el contacto, a fin de recuperar el aire que tanto necesitaba. Luego apoyó el rostro contra su pecho, y sintió los latidos de su corazón.

Sabía qué la esperaba, pero no tenía fuerzas para impedirlo. Tampoco deseaba hacerlo. Quería abandonarse al delicioso deseo que la convertía en puro éxtasis.

Entraron en la alcoba y él cerró la puerta con el pie. La tendió en la cama y regresó para echar llave. Encendió una vela aromática que había en el piso, junto a la puerta. La llama titilante dibujaba sombras sobre las paredes y el cielo raso, aunque su potencia no

alcanzaba para iluminar la cama donde se hallaba la muchacha. El viento se deslizaba a través de las ventanas abiertas, transportando una fragancia fresca y húmeda.

Lauren parpadeó en la penumbra, pero no podía ver más allá de sus manos. Oyó un ruido de ropa al caer... Cal se desvestía.

Cerró los ojos y se dejó llevar por sus sentimientos. La cama se hundió a su lado. Abrió los ojos y se sobresaltó cuando sintió la mano de Cal en la cintura de su falda.

— No te haré daño, mi amor, confía en mí—. Le aseguró con suavidad. Lauren asintió con la cabeza y él la desvistió, expresando en forma audible su sorpresa una vez que la tuvo totalmente desnuda ante los ojos.

Se ubicó sobre sus piernas temblorosas y la besó en la boca. Le acarició los labios lentamente, y la hizo gemir cuando tomó plena posesión de su boca.

La boca de Cal trazó una onda candente desde los labios hasta sus pechos, las costillas y el abdomen, marcando a fuego su dominio.

Lauren se estremeció y gimió bajo el contacto de esa lengua inquisidora. Cal Samuels le hacía experimentar sensaciones desconocidas. Lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

— Te deseo, mi amor. Dime si a ti te sucede lo mismo —suspiró Cal.

— Ámame, Cal, por favor —gimió.

Cal alcanzó el portal de su feminidad y presionó suavemente, apretando los dientes para no expresar con un grito su propio placer.

Lauren lo recibió, centímetro a centímetro. Y él inició un movimiento lento y acompasado.

El hombre sentía el aliento cálido sobre su cuello y los suaves murmullos guturales.

El placer empezó a crecer, apasionado y urgente, hasta que la pareja se rindió al éxtasis y al salvaje acto de la posesión.

Permanecieron tendidos, en una confusión de extremidades, iluminados por la tenue luz de la vela, tratando de recuperar el ritmo normal de la respiración.

Lauren se acurrucó a su lado y, muy pronto, sólo se oyó el sonido de su respiración y el suave golpeteo de la lluvia.

Cal cubrió con la sábana sus cuerpos, y sonrió en la oscuridad. Jamás habría imaginado que la diminuta Lauren Taylor, con ese aspecto de niña inocente, fuera capaz de tanta pasión. Mucha más de la que le habían ofrecido todas las mujeres que había conocido en su vida.

Lauren despertó a la mañana siguiente y descubrió que Cal tenía la mirada fija en ella.

— Buenos días —dijo con voz tímida.

Él deslizó un dedo por debajo de su mentón y depositó un beso delicado sobre sus labios.

— Buenos días, mi amor.

Ella le besó el hombro y le pasó el brazo izquierdo por el abdomen. Cal hundió el rostro en la fragante cabellera.

No podía creer que había pasado toda la noche junto a esa bella muchacha. Por lo general, nunca se quedaba a dormir con las mujeres con quienes hacía el amor. No quería ataduras, ni reclamos ni declaraciones sentimentales.

Se preguntaba si evitaba dormir con ellas para no comprometerse, por temor a que su vida fuera el fiel reflejo de los turbulentos matrimonios de sus padres.

Pero... ¿por qué no había abandonado la cama de Lauren?¿Qué tenía ella de diferente?

¿No había llegado la hora de que olvidara sus temores?¿Acaso no podía ilusionarse con capturar el amor y la seguridad, eludidos durante todos esos años?

Tenía que averiguar si Lauren era capaz de exorcizar sus fantasmas. Se volvió hacia ella, lenta y metódicamente, preparándola para aceptar su pasión. Después de hacerle el amor por segunda vez, supo que la amaba con un sentimiento sereno, dulce y seguro.

La quinta noche de su estada en Cayo Verde, Lauren tendida en la cama, sentía que el corazón le latía aceleradamente.

— No tenemos que casarnos —protestó.

— Claro que debemos hacerlo —la contradijo Cal con una sonrisa —. No volveré a dormir contigo a menos que seamos marido y mujer.

La joven se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo. No quería privarse de ese placer. Disfrutar del cuerpo de él le había abierto las puertas de un mundo de pasión que jamás había creído posible. Antes de entregarse al sueño profundo, luego de haber saciado sus apetencias sexuales, rogó para que su tiempo junto a ese hombre nunca terminara.

Cal la atrajo hacia sí y ella buscó íntimo amparo entre sus piernas. El hombre besó su enmarañada cabellera.

— Te amo, Lauren. Nunca creí que pudiera enamorarme de ti tan pronto —dijo, incrédulo—, pero sucedió.

Lo que no le confesó fue que ella era la primera persona que no le presentaba complicaciones en la vida. Estaba harto de acostarse con una y con otra, de participar en

charlas sin sentido en reuniones sociales, y de estar sólo a pesar de su amplio círculo de amistades. Ahora se daba cuenta de que estaba listo para echar raíces y tener hijos. Quería que Lauren fuera la madre de ellos, ya que también era la primera vez que tenía relaciones sexuales con alguien sin emplear métodos anticonceptivos.

Lauren apoyó el mentón en el brazo que tenía apoyado sobre el pecho de Cal.

— ¿Propones matrimonio a cada mujer con la que te acuestas?

Su mirada de oro recorrió lentamente el adorable rostro femenino.

— No. Nunca antes he hecho una propuesta matrimonial.

Lauren arqueó las cejas.

— ¿Soy la primera?

Cal asintió, sonriente.

— Eres la primera.

Algo en su interior la llenaba de entusiasmo al descubrir que Cal la amaba, pues creía que se había enamorado de él aquella noche que lo vio en la playa. La había desbastado desde que hicieron el amor por primera vez y seguía devastándola. Estaba segura de que no debía atribuirlo al hecho carnal en sí, ni a su fama de escritor.

— Seré un buen esposo, Lauren —prometió, al ver su indecisión —. Te protegeré, querida, y siempre te amaré.

Lauren bajó la cabeza y trató con desesperación que las lágrimas que contenía apretando los párpados no cayeran irremediablemente por sus mejillas. Cal le acariciaba las nalgas y la espalda.

— Por favor, mi vida —le imploró.

— ¿Cuándo quieres que nos casemos? —preguntó con una voz apenas audible, ya que tenía la boca apoyada en su pecho.

— Mañana.

Levantó la cabeza abruptamente, exhibiendo las lágrimas que ahora sí brillaban sobre su rostro.

— ¿Por qué mañana?¿Por qué tanta urgencia?

Cal le tomó la cara entre las manos y le besó la nariz.

— Te conocí en Cayo Verde y quiero asegurarme de que seas mía antes de que nos vayamos de esta isla. —Lo que no le confesó fue su temor a perderla.

— Cal...

— Todo saldrá bien, querida —la interrumpió —. Te haré feliz.

Lauren sucumbió al resplandor de aquella mirada. Sin embargo, el responsable de su asombro fue otro descubrimiento, una cualidad que Cal Samuels nunca había desnudado frente a otro ser humano: su vulnerabilidad.

"Lo amas", le aseguró una voz, mientras su corazón latía rítmicamente. En ese momento lo amaba, y con toda el alma.

— ¿Me amas? —preguntó Cal.

— Sí —respondió ella, entre lágrimas que ya bañaban sin recato su rostro.

— ¿Te casarás conmigo?

— Sí, Cal.

La tarde siguiente sorprendió a Lauren Vernice Taylor pronunciado los votos maritales con Cal Baldwin Samuels II, en una ceremonia muy íntima que tuvo lugar en una pequeña capilla blanca, con la sola presencia del funcionario del registro civil de la isla y su esposa.

Cal se quitó del dedo meñique su anillo de sello y lo colocó en el anular de la mano izquierda de Lauren, sellando el acto con un beso apasionado. Aceptaron las felicitaciones de los dos únicos testigos de la boda, que los envolvieron en una nube de arroz.

La condujo al auto y se agachó para rozarle los labios con los suyos.

— Te compraré un anillo de casamiento cuando lleguemos a Boston. Ah, hablando de Boston... —continuó entusiasmado —, nos quedaremos en casa de mi abuelo hasta que decidamos dónde queremos vivir.

Lauren miró al extraño con quién acababa de contraer matrimonio.

— ¿Tu abuelo?

— Prácticamente fue el quién me crió —le informó Cal —. Es maravilloso, querida. Yo llevo su nombre.

Frunció el entrecejo, concentrada.

— No me dirás que tu abuelo es el mismo doctor Samuels que ganó el Premio Nóbel de Medicina por su trabajo en identificar las anormalidades genéticas de los fetos, ¿verdad?

— Es el mismo —admitió, orgulloso.

Lauren experimentó las primeras dudas cuando descubrió que se había precipitado demasiado al casarse con ese hombre. ¡No hacía ni una semana que lo conocía! No sabía nada de él ni de su familia.

No obstante, la sombra de la duda quedó relegada al sitio más recóndito de su inconsciente cuando se acostó con él para disfrutar de su noche de bodas. El acto de amor

marcó un cambio fundamental en sus vidas. Su flamante estado marital agregó un toque particular a la unión.

Protegida entre aquellos brazos fuertes, mientras se deleitaba con el sabor del acto carnal que acababan de compartir, Lauren supo que estaba enamorada de su marido.

Pero el cuento de hadas terminó cuando regresaron a Boston. Lauren lo abandonó y al reincorporarse a Summit Editores solicitó ser excluida del proyecto. Bob Ferguson no le pidió explicaciones, pero había recibido una notificación de Cal Samuels donde le informaba que había decidido no escribir la colección ya que, por motivos personales, debía regresar a Barcelona.

Sospechando que algo había sucedido entre la investigadora y el famoso escritor, Bob esperó a que Lauren se lo confiara.

Tres meses después, la muchacha le entregó su renuncia. Entonces comprendió que nunca se enteraría de lo que realmente había ocurrido en Cayo Verde.

Capítulo 4

Drew Taylor Samuels estaba cómodamente instalado en su cama, entre sábanas limpias adornadas con famosos personajes de series animadas. Sonreía a su madre.

— Quiero que me cuentes una historia sobre invasores del espacio.

Lauren estaba sentada en una mecedora, junto a la cama de su hijo. En esta sesión de cuentos Jamal, los Guerreros del Espacio y el doctor Seuss quedarían excluidos. Iba a narrarle una historia verídica, aunque jamás nadie la había escrito.

— Quiero hablarte sobre Cal Samuels.

El niño frunció el entrecejo, denotando una expresión de incertidumbre en sus ojos castaño dorados.

— ¿Y quién es ese?

— Cal Samuels es tu padre —respondió Lauren.

Drew abrió los ojos desmesuradamente, aunque la boca manifestó desazón.

— ¿Mi papá?

Su madre asintió con la cabeza.

— Sí, tu papá.

El muchachito se sentó en la cama, con una amplia sonrisa.

— Me encantan los cuentos sobre mi papá.

Lauren exhaló el aire con un soplido y cerró los ojos.

— Esto no es un cuento, Drew —comenzó ella, con mucha cautela —. Lo que quiero decirte es que tu padre está aquí.

— ¿Aquí? —Se inclinó hacia delante y apartó las coloridas sábanas.

— No, tesoro, no quise decir que esté en esta casa ahora. —Unas líneas verticales arrugaron la frente del pequeño. —Quiere verte.

La expresión ceñuda desapareció automáticamente.

— ¿Cuándo, mami?

— Vendrá mañana.

— ¿Dónde está ahora?

— En Boston.

— ¿Con los abuelos?

— No, Drew. Él vive solo, en una casa propia.

Drew hizo un puchero.

— Tu me habías dicho que su casa estaba en España.

— Es cierto, pero ahora está en los Estados Unidos.

— ¿Y se quedará aquí?

Lauren no podía responderle a esa pregunta y se rehusaba a intentarlo.

— No lo sé, Drew —dijo.

— Cuando vea a mi papi se lo preguntaré —contestó Drew, irguiendo orgulloso su angosto pecho. Contempló fijamente a su madre, aunque sin advertir la tensión de sus músculos faciales. —Qué buena historia, mami.

Lauren logró sonreírle.

— Sí, Drew. Claro que lo fue. —Se levantó de la mecedora y besó la frente de su hijo.— No olvides rezar tus oraciones antes de dormir.

Drew se acostó y cerró los ojos, manteniendo la sonrisa a flor de labios.

— No lo olvidaré.

Ella apagó la lámpara de la mesa de noche y salió del cuarto. Cuando llegó al suyo se dejó caer pesadamente sobre la cama. Lo había dicho: había hablado con Drew de su padre y también le había informado que vendría a verlo. Ahora sólo le restaba esperar.

La estridente campanilla hizo añicos el sueño profundo de Cal. Buscó a tientas el teléfono y lo arrojó al piso. Murmurando un par de improperios, extendió el brazo para alcanzar el molesto aparato, que había caído junto a la cama.

— ¿Cal? —dijo una voz grave y ronca.

— ¿Sí?

— Habla Lauren.

Se sentó de inmediato, completamente despabilado.

— Sí, Lauren.

— Drew quiere conocerte.

Cal apenas alcanzó a registrar la frase. El corazón comenzó a acelerar su ritmo, bombeándole sangre caliente a todo el cuerpo.

— ¿Cuándo? —Apoyo la cabeza contra el respaldo de la cama y apretó fuerte los ojos. Todavía no conocía al niño y ya se sentía emocionado.

— Si puedes venir a casa a las once y media, almorzaremos juntos.

— Explícame cómo llegar —preguntó Cal. Escuchó con atención, mientras tomaba apuntes en un anotador que tenía sobre la mesa de noche. Repitió en voz alta lo que había escrito.

— Hasta luego —dijo Lauren de inmediato y cortó.

Cal se quedó con el auricular pegado a la oreja, escuchando el tono de discar. Lo repuso en la horquilla y tomó su reloj. North Grafton quedaba a unos sesenta kilómetros al

oeste de Boston y tenía poco más de una hora para llegar allí. Apartó la sábana de su cuerpo desnudo y se dirigió al cuarto de baño.

Afeitarse fue como un juego de azar. La mano le temblaba sin control. La sensible piel del cuello tuvo que soportar no uno, sino dos cortes. Se lavó con abundante agua fría y luego inspiró profundamente. Tendría que tranquilizarse o jamás tendría la oportunidad de conocer a su hijo.

Se irguió y miró la imagen que le devolvía el espejo, ubicado sobre el lavabo.

— Mi hijo —susurró, mirando el espejo —. Tengo un hijo.

Fue un milagro que lograra ducharse, vestirse y no estrellar su auto, que condujo a excesiva velocidad en el trayecto entre Boston y North Grafton.

El paisaje se había pintado de múltiples colores con el advenimiento del verano y toda su gloria. Árboles, jardines y arbustos lucían orgullosos su verde atuendo estival. Cuando Cal vio la pequeña tienda de polirrubros que Lauren había mencionado, dobló y tomó por el estrecho camino que lo conducía a la casa.

Bajó la velocidad al ver que un pequeño animal peludo se escurría por el camino y desaparecía en un monte cercano.

Lauren había sabido elegir. Frondosos bosques que refrescaban y proporcionaban generosa sombra a las viviendas, un escaso tránsito vehicular y jardines espaciosos convertían a North Grafton en el sitio ideal para la crianza de un niño. Por otra parte, Cal estaba lo bastante alejado del ruido y de la contaminación de Boston como para saber valor la somnolienta exquisitez y el encanto de aquel poblado.

Cuando vio el sedán azul oscuro de Lauren, condujo su vehículo hacia la entrada particular de la casa, para estacionarlo detrás. Se abrió la puerta corrediza de una construcción grande, tipo rústico, y Lauren salió a recibirlo. Apoyando una cadera sobre la columna del porche, lo miró.

Cal tragó saliva mientras salía del reducido espacio que le ofrecía su auto deportivo. Habían desaparecido los tacos altos, el vestido y las medias de seda, y en su lugar sólo había jeans muy gastados, una camiseta y pies descalzos. Con ese aspecto sencillo, libre de maquillaje, Lauren parecía más bien una adolescente de diecisiete años que una mujer de veintisiete. Tan joven como el día que la conoció. Ella entrecerró los ojos y los fijó en la bolsa plástica blanca que Cal llevaba en su mano izquierda.

— Traje un regalito para Drew —explicó, mientras subía los peldaños de la entrada. Se detuvo dos escalones antes de llegar, para poder mirarla directamente a los ojos.

Lauren le obsequió una cálida sonrisa y él no pudo quedarse atrás.

— Gracias, Cal. Drew siempre se emociona mucho cuando alguien le trae regalos.

"No soy un alguien cualquiera", pensó él. Se trataba nada menos que del padre del pequeño. Miró por encima de la cabeza de Lauren, en dirección a la puerta.

— Yo... bueno... quisiera verlo.

Lauren se volvió y no advirtió la ansiedad que afinaba los labios de su ex esposo.

— Por supuesto.— Abrió la puerta y esperó a que él la precediera.

Cal entró en un living espacioso y de inmediato vio a un niño sentado en un sofá, tapizado en coloridos diseños franceses que mantenían el estilo rústico de la casa. Los rayos de sol que se filtraban entre las cortinas de encaje de las muchas ventanas del ambiente confirmaron irrefutablemente que se trataba de un descendiente suyo. Drew Michael Taylor Samuels era su hijo, sin lugar a dudas.

Tenían en común el mismo corte de cara, los pómulos altos, la frente, los ojos y el hoyuelo del mentón. Cal se aproximó a él, sonriente. Advirtió que debajo del ojo izquierdo tenía un lunar pequeño, que daba a su rostro infantil una calidad distintiva. Se emocionó tanto que quiso gritar de dicha, pero se contuvo para no asustar a Drew.

Lauren se sentó junto a su hijo y lo atrajo hacia sí.

— Drew, éste es tu padre —le explicó con dulzura. Notó que el pequeño miraba fijamente a ese hombre alto que tan se le parecía. —Ha esperado mucho tiempo para conocerte. —Miró a Cal y anunció: —Cal, te presento a Drew.

El padre se agachó y tendió la diestra al hijo.

— Mucho gusto. —Sus ojos brillaban como nunca.

Drew cruzaba y descruzaba los pies, con los ojos fijos en los dedos contraídos y las manos ocultas a modo de emparedado entre las rodillas, cubiertas por sus jeans. Poco a poco y no de muy talante, extendió también su diestra y lo saludó:

— Hola.

Lauren lo soltó, hizo un gesto a Cal y salió del living.

Cal se sentó junto a Drew, sonriendo. El chico era perfecto.

— ¿Cómo estás? —le preguntó. En realidad, no sabía que decir a una criatura.

Drew ni siquiera lo miraba.

— Bien. Mami dijo que vivías muy lejos, en España, y que no me conocías.

Cal le levantó el mentón para que lo mirase.

— Es cierto. Si hubiera sabido que tenía un hijo, habría venido mucha antes para conocerte.

Los ojos ambarinos del chiquillo se encendieron.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Las mejillas bronceadas de Drew cobraron más color todavía.

— ¿Tienes otro hijo?

Cal echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas.

— No —respondió por fin —. Eres mi único hijo. —Extendió la mano en la que traía la bolsa plástica. —Honestamente, no sabía que comprarte, pero espero que esto sea de tu agrado.

Drew lo miró, como tanteando el terreno antes de tomar la bolsa. Cal supo de inmediato que había sabido elegir bien.

— ¡Guau!¡Vaaaya! —exclamó Drew, sin poder creerlo. Extrajo una gorra de béisbol azul marino, con la "B" bordada en rojo y se la puso.

— Gracias —dijo, con gran timidez y una sonrisa apenas perceptible.

Cal sintió que comenzaba a distenderse. Le pasó el brazo sobre los hombros, y sin que ninguno de los dos se diera cuenta, a los pocos minutos lo tuvo sobre sus rodillas.

Besó la cabeza del chico con los ojos cerrados. Su autocontrol se vino abajo cuando el niño, echándole los brazos al cuello, lo abrazó con fuerza.

— Nunca te abandonaré —le murmuró al oído—. No importa lo que pase entre tu mamá y yo, puedes estar seguro que nunca te dejaré.

— No quiero que te vayas, papi.

Cal experimentó un torbellino de emociones. No sabía si llorar o reír. Drew lo había llamado "papi".

Hundió la cara en el cuello de su hijo. Por lo tanto, no advirtió que Lauren había entrado nuevamente al living y que al verlos, se mordió el labio inferior y regresó de inmediato a la cocina.

Las lágrimas que había contenido durante tantos años rodaban ahora libremente por sus mejillas. Siempre se había enorgullecido de su fortaleza y su capacidad para enfrentar las adversidades sin vacilaciones. Pero en esta ocasión no pudo controlar el llanto. Hundió la cara entre ambas manos y descargó toda la culpa que la había agobiado casi sin cesar y que se había convertido en una compañera rutinaria e ineludible.

Había cometido un grave error al ocultar su embarazo a Cal y sólo ahora se atrevía a reconocerlo.

Había engañado a Cal, a Drew y a sí misma. Por su culpa se habían privado de compartir un profundo amor.

Se encaminó hacia el baño, que estaba junto a la cocina, y se lavó los ojos hinchados con agua fría. Mientras se secaba revivió la escena de Cal con Drew. Hombre y niño. Padre e hijo. Acababan de encontrarse.

El descubrimiento de los sucesos recientes la atravesó como un puñal. Drew había encontrado a su padre y Cal a su hijo. Pero y ella, ¿qué posición ocuparía?

Cal había prometido no disputarle la tenencia de Drew, pero sus reclamos no tenían que ser forzosamente físicos. Para cambiar de lealtades, a Drew tal vez le bastara el sólo hecho de que su padre fuera lo que era: una figura masculina ante los ojos de otro varón.

Por espacio de casi cuatro años, prácticamente no había tenido que compartirlo con nadie. El hijo había sido sólo suyo. Hasta su propia madre le reprochaba el ser demasiado posesiva con él. Cal tenía los mismos derechos que ella. Se preguntó si sería lo bastante abnegada como para cederle un poco a Drew.

Salió del baño y regresó a la cocina. Encendió una hornalla y colocó una cacerola grande con agua. Luego se dispuso a preparar la mesa en el comedor diario. Cuando el agua comenzó a hervir echó los tallarines y calentó en el horno de microondas una bandeja con salsa de tomates y albóndigas.

Drew llevó a Cal a la cocina, poco menos que a la rastra.

— Puedes lavarte aquí, papi. Mami se enoja mucho, pero mucho, si no me lavo las manos antes de comer —murmuró.

La mirada radiante de Cal envolvió a Lauren en un atento examen. Se dio cuenta de que había estado llorando.

— Mami es muy especial, Drew —comentó, casi con admiración reverente —. Siempre debemos procurar que esté contenta.

Drew llevó a su padre al reducido cuarto de baño.

— Mami siempre está contenta. Se ríe y canta todo el tiempo.

Cal miró a la muchacha por encima de su hombro y notó que una tímida sonrisa arrugaba sus ojos hinchados.

— Me alegra saberlo.

Padre e hijo hicieron una gran alharaca para llevar a cabo el simple proceso de lavarse las manos. Drew gritó cuando Cal le salpicó agua fría en la cara.

El chico puso las manos de su padre bajo el agua corriente y se las agitó con fuerza.

— Me rindo —suplicó Cal. Miró el espejo que estaba sobre el lavabo y lo señaló. EL cristal había quedado completamente mojado.

— Oh, oh —dijeron al unísono y luego estallaron en un paroxismo de risas.

Cal arrancó una toalla de papel.

— Será mejor que limpiemos todo esto —susurró, con tono de complicidad.

Drew seguía riéndose cuando ocupó su lugar en la mesa.

— Siéntate a mi lado, papi.

Cal obedeció dócilmente mientras observaba a Lauren que llenaba el vaso del niño con leche. Casi no había podido dormir en toda la noche, tratando de determinar que sentimientos lo unían a ella después de tanto tiempo, hasta que por fin descubrió que seguía amándola, y con la misma intensidad que aquella semana en Cayo Verde.

No obstante su traición, su engaño, seguía enamorado de ella.

Era asombroso, porque en esos cinco años él había cambiado mucho, pero sus sentimientos hacia Lauren se mantuvieron intactos. En aquella época sólo tenía veintiocho años, pero los había vivido tan plenamente que Lauren no se había equivocado al decirle que era demasiado viejo para ella. Para entonces, ya había habitado en dos continentes, había hecho vida frívola y escrito cuatro best sellers.

A su criterio, su comportamiento y estilo de vida eran consecuencia de haber sido hijo de una relación tempestuosa entre una bailarina y un célebre abogado de la farándula de Boston, casados, divorciados y vueltos a casar, sólo para divorciarse por segunda y última vez.

Además, había pasado la mitad de su infancia cruzando el océano Atlántico entre Boston y Barcelona. Cuando conoció a Lauren Taylor encontró lo único que había estado buscando durante mucho tiempo: paz y sosiego.

Lauren se sentó y bajó la cabeza. Drew hizo lo mismo. Cal se vio obligado a imitarlos y sólo entonces se percató de que hacía una eternidad desde la última vez que había agradecido por la comida que iba a disfrutar.

— ¿Podrías decir tú las oraciones, Cal? —preguntó Lauren, con voz muy suave.

Cal hurgó en su memoria y por fin pudo recordar una que había aprendido cuando era niño, en Barcelona. Las palabras fluyeron de corrido y hasta con un tono musical. Madre e hijo alzaron la cabeza y lo miraron fijo.

Lauren parpadeó y analizó su rostro sonriente.

— ¿No conoces ninguna oración en inglés?

Cal arqueó las cejas, en un gesto que le recordó mucho a Drew.

— No.

— El niño miró a su padre de reojo.

— ¿Qué dijiste?

Cal lo miró detenidamente.

— Di las gracias a Dios por la comida, por las manos que la prepararon...

— Las de mami —interrumpió Drew.

Cal miró a la muchacha.

— Sí, las de mami, y también di las gracias por las manos de los agricultores que trabajaron la tierra para que nosotros podamos tener estos alimentos en nuestra mesa.

Drew hinchó su pecho de niño.

— Di otra cosa en ese idioma raro, papi.

Cal le revolvió el pelo.

— ¿Te gustaría aprender a hablarlo?

— ¡Oh, sí!¡Sí, sí, sí! —gritó entusiasmado.

Cal sonrió ante su actitud.

— Mañana mismo empezamos. Si tu mamá está de acuerdo, claro — agregó, al ver la expresión ceñuda de Lauren.

— ¿Puedemos, mami?

La expresión desapareció con la misma espontaneidad con que se había formado.

— Se dice “podemos”, Drew. —Sus enormes ojos oscuros se clavaron en Cal. —Tal vez fuera mejor ir de a poco. Creo que es demasiado en tan poco tiempo.

Cal entendió perfectamente el mensaje y apretó los labios. Lauren no lo aceptaría en su vida con facilidad.

Lauren prefirió quedarse callada durante todo el almuerzo, a fin de que padre e hijo conversaran a sus anchas. No era sencillo, pero tenía que darles tiempo para que lo disfrutaran juntos.

Cal y Drew trataron de tomar al mismo tiempo la última rebanada de pan crujiente que quedaba.

— Echémoslo a la suerte, papi.

— El que acierta dos de tres, gana —propuso Cal.

— Impar, par, impar —gritó Drew —. ¡Gané!

Cal dramatizó la derrota con amargos mohines y Lauren no pudo contener la risa. Él la miró furioso.

— ¿Qué es lo que te resulta tan gracioso?

Lauren trató de controlarse.

— Tú. Pensé que te echarías a llorar.

Drew partió la rebanada de pan por la mitad.

— Aquí tienes, papi. No llores.

Un aullido agudo, seguidos de unos cuantos ladridos se filtraron a través de las ventanas abiertas. Lauren miró al niño. Era lo que habían estado esperando durante días.

— Missy está teniendo sus cachorros —murmuró Drew, con los ojos muy abiertos y radiantes de entusiasmo.

Lauren se levantó de su asiento y se detuvo para calzarse un par de alpargatas bastante gastadas. Drew apremió a su padre y juntos siguieron a la madre hasta el garaje.

— No te acerques demasiado —advirtió Lauren a su hijo cuando entraron en el frío recinto. En un rincón había una ovejera grande, tendida sobre una pila de mantas.

Cal se aproximó y se agachó junto al animal para acariciarle la cabeza. La perra abría y cerraba sus ojos oscuros mientras iniciaba el trabajo de parto para dar a luz a sus cachorros.

— ¡No la toques, papá! —gritó el niño —. Muerde.

Cal se arrodilló y apoyó la oreja sobre el vientre dilatado del animal.

— Esta señora está muy dolorida en estos momentos como para morderme. Lo único que desea es ser madre de una vez y descansar.

Lauren y Drew no podían creer lo que veían. Missy no lo había mordido. Ni siquiera había emitido un gruñido. La habían encontrado dos semanas después de mudarse a esa casa de campo.

Lauren no estaba preparada para asumir la responsabilidad de atender a un perro teniendo que cuidar a su hijo que estaba en el preescolar además de hacer de esa casa un hogar habitable para el próximo invierno. Sin embargo, logró vencer al malhumorado animal y lo bañó. Fue entonces cuando descubrió el desalmado abuso de que había sido objeto. Los cortes profundos y en carne viva que encontró debajo de su espeso pelaje blanco y negro la hicieron sentir mal.

Cargó a la perra en la parte posterior de su vehículo y enfiló directamente a la Facultad de Veterinaria de Tufts, corriendo como si el demonio la llevara. Allí Missy fue sometida a una intervención quirúrgica y pasó tres días internada a fin de recuperarse de la operación y de sus heridas. Lauren recibió una factura por los gastos y la noticia de que la perra estaba preñada.

No sólo había tenido que soportar la responsabilidad de una casa que necesitaba un sinfín de reparaciones menores, sino la de una perra preñada que gruñía y mordía a cuanta criatura se acercara a menos de un metro y medio de distancia.

— ¿Cómo está, papi?

Cal seguía acariciándole las ancas.

— Bien.

Lauren se arrodilló junto a él.

No puedo creer que le hayas caído simpático —comentó, sorprendida —. Soy yo quien le da de comer, pero no siquiera por eso se compadece de mí. Siempre intenta morderme.

— Un animal es capaz de captar el temor o la ansiedad de otros —respondió Cal —. Missy sabe que yo no le haré daño.

— Alguien la ha lastimado mucho antes de que mamá y yo la encontráramos — explicó el chico, muy orgulloso del salvataje.

Cal le extendió la mano.

— Ven a acariciarla.

Drew retrocedió unos cuantos pasos y se negó meneando la cabeza.

— Oh, no. Me morderá.

Cal levantó la vista y notó la expresión de angustia de su hijo.

— Haz la prueba, Drew. Verás que no te muerde.

— No lo obligues, Cal —dijo Lauren al ver el temor y el rechazo de Drew.

Cal miró a Lauren y notó la ternura con que observaba a su hijo.

— ¿Cómo crees que superará su miedo si no es capaz de enfrentarlo, querida?

Lauren no reaccionó visiblemente a esa expresión de afecto que parecía nacer con tanta espontaneidad en Cal. Entrecerró los ojos.

— Sólo tiene tres años, Cal.

— Los suficientes como para tener una mascota a la que no le tema, Lauren. ¿Qué sentido tiene que haya un perro en la casa si ninguno de los dos puede disfrutarlo? — preguntó.

— Missy es guardiana —respondió ella.

Él murmuró algo entre dientes.

— ¡Linda guardiana! —protestó en voz baja para que Drew no pudiera oírlo —. No sólo asusta a los vecinos sino también a sus dueños.

La muchacha observó el atractivo hoyuelo que Cal tenía el mentón y luego apartó la vista, para clavarla en sus ojos luminosos.

— Dedícate a tus asuntos, Cal Samuels —le aconsejó con soberbia.

Cal le dirigió una amplia y turbadora sonrisa.

— Demasiado tarde, Lauren Samuels. Drew es asunto mío, y tu también.

La joven sintió un profundo fastidio. Para él, ella seguía siendo una Samuels.

— Error. Y deja de llamarme Samuels.

Cal se le acercó.

— No renunciaré a ti, Lauren. Me abandonaste porque fuiste una cobarde y yo no acepto los impulsos de una persona cobarde. —Ella abrió la boca como para empezar a defenderse, pero él la interrumpió antes de que pudiera articular un sonido. —Hablaremos de este tema en otra oportunidad —concluyó.

Lauren apretó los dientes y la mandíbula. Sabía que las cosas no serían sencillas con Cal Samuels. Había convivido sólo una semana con él —una semana gloriosa, por cierto —, pero con Drew tenía la prueba de cómo sería vivir permanentemente con un hombre así. El niño no sólo había heredado los rasgos físicos de su padre sino su obstinación también. Si bien ella tampoco estaba libre de ese defecto, la exasperaba reconocerlo en otra persona.

Pasó casi una hora hasta que por fin Missy dio a luz a su primer cachorro. Cal se sentó en el piso de cemento y puso a Drew sobre su regazo, para que acariciara la cabeza de la perra.

— Me quiere —exclamó Drew, sorprendido. Casi no podía contener su entusiasmo por haberse convertido en testigo del milagro de la vida, cuando Missy tuvo su segundo cachorro.

El silencio fue absoluto. Sólo el instinto dominaba la situación. Missy se encargó de eliminar la membrana que protegía las diminutas y temblorosas criaturas, mientras las aseaba prolijamente con su lengua rosada.

Lauren sintió que tensión también se disipaba a medida que la perra colocaba con todo cuidado a sus minúsculos y mojados bebés debajo de su vientre. Luego de varios intentos, los perritos consiguieron localizar los hinchados pezones para empezar a mamar.

— ¿Por qué no abren los ojos, papi?

Cal apoyó el mentón sobre la coronilla de su cabeza.

— Todos los bebés nacen con los ojos cerrados.

Drew miró a su padre.

— ¿Y yo también?

Cal dirigió una mirada de censura a Lauren, reprochándole con ella lo que con los labios no podía.

— Sí, tu también —contestó por fin.

Drew señaló a los cachorros que mamaban.

— ¿Tú me diste de comer igual, mami?

El calor que Lauren sintió en las mejillas nada tuvo que ver con la cálida tarde de verano. Fue una consecuencia directa de la mirada de Cal fija en sus senos.

— ¿Sí, mami? —insistió, Drew.

— ¿Lo amamantaste, Lauren? —preguntó Cal, con una sonrisa siniestra.

— Sí —admitió ella, levantando el mentón —. Es el modo más natural de alimentar a un bebé —explicó a su hijo.

Cal asintió, aprobando las palabras de Lauren, y le sonrió.

— Lamento haberme perdido esa experiencia, querida.

Durante un largo rato, ella se quedó mirándolo. Lo había dicho en serio. Se había perdido muchas cosas y ella también: compartir la noticia del embarazo, verlo crecer juntos dentro de su vientre, las palabras de aliento en el momento del parto y su expresión al recibir a su hijo... un hijo absoluta e innegablemente suyo. El hijo de los dos.

Cal puso a Drew en el suelo y se incorporó. Tenía los pantalones tostados un poco sucios. Lauren advirtió unas manchas oscuras sobre las rodillas.

— Cuando uno viene a esta casa, lo mejor es usar jeans —comentó.

Cal se miró los pantalones.

— Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Drew seguía hincado junto a la perra. Estaba muy concentrado en los cachorros que seguían succionando.

— ¿Puedo quedarme a mirar, mami?

— Sí, pero no toques a los cachorros —le advirtió.

— No lo haré —prometió el niño, sin dejar de mirar el emotivo espectáculo.

Lauren se volvió y regresó a la casa. Se lavó las manos y comenzó a levantar la mesa. Ni siquiera habían terminado de almorzar.

Cuando se volvió, se chocó con Cal, quién le quitó los platos de las manos.

— Te ayudaré.

— ¡No! —gritó, sin poder evitarlo.

— ¿Qué sucede? —la expresión preocupada de su rostro fue genuina.

— Vete, Cal.

Él apretó la mandíbula.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero que me ayudes.

— ¿Y qué es lo que quieres, Lauren?

— Que me dejes en paz. Querías conocer a tu hijo y yo acepté, pero allí termina mi buena voluntad. No quiero tener nada que ver contigo.

— ¡Yo, yo y nada más que yo! Es lo único que te oigo decir. Existes tú y nadie más. ¿Qué papel desempeño yo en todo esto?¿Y Drew?¿No piensas en que debe heredar lo que por derecho le corresponde?

Lauren al igual que él, perdió los estribos.

— Aclaremos las cosas en lo referente al testamento de tu abuelo. Ni sueñes con que voy a ceder a ese capricho anticuado de obligarnos a estar juntos. Ya no vivimos en la Edad Media.

Cal trató de controlar sus turbulentas emociones. Si se dejaba llevar por la ira, sólo conseguiría ponerla más nerviosa.

— Él no nos obligó a estar juntos hace más de cinco años, Lauren. Nos casamos porque nos amábamos y no pro obedecer al capricho de un tercero.

— Eso no cambia el hecho de que un muerto esté manipulando nuestras vidas.

— Pero nos ha dejado una vía de salida.

Ella entrecerró los ojos.

— ¿Cuál?

— Tenemos que permanecer casados sólo por un año, Lauren. Son sólo trescientos sesenta y tres días más de los que compartimos hace cinco años.

— Pero tendremos que vivir bajo el mismo techo.

— Por lo general, eso es lo que hacen los matrimonios.

— No, Cal —respondió, meneando la cabeza para dar mayor énfasis a sus palabras —. No puedo.

Cal avanzó un paso hacia ella, entibiándole el rostro con su aliento.

— Mi abuelo dejó que te salieras con la tuya mucho más fácilmente de lo que yo habría hecho, de haber sabido que tenías un hijo mío y me lo ocultaste. En otras palabras, Lauren, te salvó el pellejo.

— ¿De qué hablas?

Cal rezó para no explotar. Todavía amaba a esa mujer, la amaba con pasión, pero ella seguía obstinada en no aceptar su amor.

— Te habría entablado una demanda judicial para obtener la custodia conjunta de Drew. —Sus ojos denotaron frialdad. —En el momento de concebirlo, todavía estábamos casados y, como esposo, tenía derecho a saber que estabas embarazada. Ningún tribunal me habría privado de ese derecho, señora Samuels. Tú, en cambio, deliberadamente, tomaste todos los recaudos necesarios para que yo nunca me enterase.

Lauren sintió que perdía la línea.

— ¡Entonces hazlo, Cal! Si tienes tanta sed de venganza, ¡adelante con el juicio! — Apretó los puños con fuerza.

— No se trata de una venganza, Lauren, sino de Drew y de su futuro.

Lauren había pensado en la fortuna que el doctor Samuels le había legado a su bisnieto. Sabía que probablemente Drew no necesitaría de ese dinero porque Cal siempre

respaldaría su futuro. Pero el punto en cuestión era otro. Le habían negado la posibilidad de decidir si deseaba estar junto a Cal o no. Le habían arrebatado ese poder de decisión... No sólo a ella, sino a él también.

Se suscitó un breve silencio y luego preguntó:

— Si no se trata de una venganza, quieres impedir que ese dinero caiga en manos de Jacqueline, ¿verdad?

La tensión que arrugaba sus labios desapareció.

— En parte sí —admitió—. Pero aquí está en juego mi hijo.

Lauren le volvió la espalda, tratando de ordenar los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. ¿Por qué cada vez que se enfrentaba a él su vida giraba fuera de su órbita?¿Por qué Cal Samuels siempre conseguía desequilibrarla?

— Por favor, vete —le pidió con tono firme.

Cal miró fijamente la espalda de la muchacha.

— De acuerdo. Pero regresaré a las seis, para que salgamos a cenar los tres juntos.

Ella reaccionó ante la inesperada exigencia.

— Yo...

— Estén listos para esa hora —gruñó él. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el garaje, dejándola sola para que despotricara a su antojo.

Lauren lograba ofuscarlo al punto de despojarlo completamente de su autodisciplina. Lo había presionado tanto que lo hizo llegar al límite. Inconscientemente, lo había seducido, se casó con él y luego lo abandonó, dejando un vacío en su vida que aún no había podido llenar. Y como si todo eso no hubiese bastado, le había ocultado la existencia de su hijo. Pero el engaño acababa de llegar a su fin. En esta oportunidad, Lauren no sería la única ganadora.

Capítulo 5

Drew apoyó el codo sobre la mesa y el mentón sobre la palma de su mano derecha.

— Pensé que iríamos a McDonald's —protestó por lo bajo.

— Quita el codo de la mesa —le indicó su madre también en voz baja.

Cal dejó a un lado la carta que había estado leyendo.

— ¿Qué quieres? —preguntó a Drew, que lloriqueaba.

— Una hamburguesa —masculló Drew.

Cal sonrió y le puso la mano sobre la cabeza.

— Seguro que el cocinero podrá picarte un filete de lomo y darle forma de hamburguesa.

Drew bajó el brazo y dejó de fruncir el entrecejo.

— ¿Y puede hacerlo rápido?

Cal miró a Lauren y vio que una sonrisa suavizaba su expresión. Arqueó una ceja y encogió sus anchos hombros, cubiertos con una chaqueta color crema.

Lauren se le acercó.

— Drew quiere comer algo rápido para volver pronto a casa y estar con los cachorros —explicó.

— ¡Sí! Los cachorros —repitió el niño.

Cal no supo qué decir. ¿Cómo podía explicar a una criatura de tres años que se había vuelto medio loco para reservar mesa en uno de los restaurantes más elegantes y famosos de Boston a fin de celebrar la paternidad que acababa de descubrir?

Lauren lo rescató con su explicación:

— Los cachorros son como los bebés, Drew. Duermen la mayor parte del tiempo. Lo único que harán durante la próxima semana será comer y dormir.

El niño pareció decepcionarse.

— ¿Y cuándo podrán jugar conmigo?

— Dentro de un par de meses.

No pareció muy convencido. Miró a su madre por entre sus párpados caídos.

— ¿Cuánto es un par de meses?

— Sesenta días —respondió Cal mientras observaba el rostro de Lauren y lo quemaba con su mirada ardiente.

— Sé contar hasta cien y me parece que sesenta días es mucho —dijo Drew, otra vez con el entrecejo fruncido.

— Sesenta días pasan muy rápido, Drew —señaló su madre, mirando a Cal.

— Demasiado rápido —agregó él.

Para Lauren, sesenta días no era mucho. Sentía que se le pasarían volando, ya que, desde que había pisado el estudio jurídico de Barlow, Mann y Evans, su vida y su futuro habían dejado de ser propios, no podría planearlos ni controlarlos, porque por segunda vez, acababa de perder el control de sí misma. ¿Por qué siempre tenía que ser culpa de Cal Samuels?

Si se detenía a pensarlo, su situación parecía más el libreto de una telenovela que la vida real. ¿Cómo podía ser que el doctor Cal B. Samuels, un hombre tan inteligente y cabal, hubiera maquinado un ardid tan ridículo?¿Acaso el mismo John Evans no había asegurado que el médico estaba en pleno uso de sus facultades mentales cuando hizo redactar ese dichoso testamento?

Lauren recordaba que, al principio, el abogado mencionó que se trataba de un testamento simple y luego ella ignoró el resto del palabrerío jurídico hasta que nombró la distribución equitativa de los bienes del difunto.

— Mami, está el tío Andy —dijo Drew en voz muy baja, olvidando por el momento los cachorros de Missy.

Lauren se volvió y miró por encima del hombro. Andrew Monroe se encaminaba hacia la mesa con una amplia sonrisa a flor de labios.

La sonrisa de Andy no se desvaneció ni siquiera después de haber visto al hombre que estaba sentado entre la muchacha y el pequeño. Cal se incorporó a medias y retiró la silla de Lauren cuando ella se levantó.

Le tendió ambas manos, en respuesta a su amplia sonrisa.

— ¿A quién estás homenajeando esta noche?

Andrew le apretó las manos y la besó ligeramente en los labios.

— Esta noche sólo he venido a disfrutar de un buen vino y una deliciosa cena.

Lauren señaló con la cabeza.

— ¿Quién es ella?

Los ojos verde oscuro de Andy brillaron resplandecientes.

— No lo sé. Es una cita a ciegas.

Lauren entrelazó el brazo en el de su agente, cubierto con una costosa chaqueta.

— Andrew, quiero presentarte a Cal Samuels. —Cal se levantó lentamente de la silla. —Cal, él es Andrew Monroe, mi agente. —Sintió el trabajo muscular bajo la palma de su mano y decidió retirarla del brazo de Andrew.

Los dos hombres intercambiaron miradas asesinas y luego estrecharon sus manos. Lauren soltó el aliento, sin tomar conciencia de que hasta ese momento había estado

conteniéndolo. La tensión desapareció cuando Andrew se sentó junto al niño, rodeándole los hombros con el brazo.

— ¿Cómo te va, Drew? —preguntó Andy.

— Bien. Ahora tengo un papá y Missy tiene hijitos —respondió Drew de un tirón.

Andrew dramatizó una expresión de sorpresa.

— ¡Vaya! Esas noticias tendrían que haber aparecido en la primera página de todos los periódicos. —Sonrió a Cal. —Recuerdas que me habías prometido uno de esos cachorros, ¿verdad, campeón?

Drew asintió.

— Sí, pero no podrás llevártelos hasta que no pasen sesenta días.

— Puedo esperar. —Andrew se puso de pie y asintió con la cabeza en dirección al escritor. —Ha sido un placer, Cal. — Guiñó un ojo a Lauren y le besó la mejilla. —Te llamaré mañana —le dijo en voz baja.

Cal esperó a que Lauren se sentara para volver a ocupar su sitio. Estudió el menú, aunque sin leer las palabras que allí estaban impresas. Obviamente, Lauren y Andrew Monroe compartían mucho más que una simple relación comercial. Tampoco necesitaba poseer el coeficiente mental del más genial de los científicos para deducir que Drew tenía ese nombre por Andrew.

El agente estaba sentado a una mesa cercana y cal aprovechó para observarlo en detalle. Tenía una espesa cabellera ondeada, rubia, ojos verdes muy vivaces y un acentuado bronceado tropical que lo convertía en un hombre muy atractivo. Cal estaba convencido de que para Lauren, Andrew era muy apuesto.

El *sommelier* interrumpió las reflexiones de Cal. Descorchó una botella y sirvió dos copas del rosé que Lauren había escogido para acompañar la cena. El vaso del niño contenía una mezcla de gaseosa y jugo de cerezas.

Las miradas de ambos progenitores se encontraron. La luz de la pequeña lámpara que había sobre la mesa realzaba la piel satinada de Lauren. La escena resultaba natural y a la vez antinatural. Aparentaban ser una familia tipo que salía a cenar el fin de semana, pero en realidad no constituían una familia normal sino una formada por extraños.

Cal levantó la copa, sonriente.

— ¿Puedo proponer un brindis?

— Por favor —aceptó ella, levantando también su copa.

Drew observó a sus padres e hizo lo mismo.

Cuanto más trataba Cal de negar la verdad, más evidente se le tornaba: había estado esperando a Lauren durante todo ese tiempo. Ninguna mujer podría reemplazarla; ni siquiera se le parecía. Ante semejante hallazgo, declaró con voz solemne:

— Brindemos por todas las bodas, nacimientos, graduaciones, y por los nietos que disfrutaremos juntos en nuestro paso por esta vida como una familia.

Lauren reaccionó a la propuesta del brindis al cabo de diez segundos. Cal la había engañado. Pretendía mucho más que compartir un año de su vida. Quería una vida entera.

Mantuvo la mano firme y la voz baja y segura al pronunciar su propio brindis:

— Por Cal y Drew, para que disfruten de una vida de amor profundo entre padre e hijo.

— Ahora me toa a mí —anunció Drew, que no pensaba quedar al margen de los augurios —. Por mi mami, mi papi, Missy y sus cachorros.

Lauren rió, dejando atrás la tirantez que se había creado en el ambiente ante la aparición de Andrew y el brindis de Cal.

Durante la cena, miró de reojo a la muchacha que acompañaba a su agente por esa noche. Se trataba de una joven de rojizos cabellos rizados. Por los gestos de Andrew, era evidente que lo había cautivado.

Cal vio la dirección de la mirada de Lauren.

— ¿Cuánto hace que Andrew te representa?

Lauren le sonrió.

— Cuatro años, más o menos.

Cal bajó el mentón y apretó los labios en una sonrisa cínica.

— ¿Lo conociste antes de conocerme a mí?

— No, después. Se convirtió en mi agente y en mi mejor amigo. Drew lleva ese nombre por él.

Cal apoyó el tenedor y colocó ambas manos sobre el mantel rosa pálido. Cuando apretó los labios, los músculos de sus mandíbulas comenzaron a latir.

— Son íntimos amigos, ¿verdad?

A Lauren no se le escapó el tono de reprobación de su voz.

— Muy íntimos. —Lo miró directamente a los ojos, sin pestañear. —Y seguiremos siéndolo.

Cal parpadeó una vez.

— Entiendo.

Lauren levantó el mentón.

— ¿De verdad, Cal?

Se negó a responder porque era mejor no decir lo que tenía en mente. Andrew Monroe no era el padre de la criatura y, aún así, se había asegurado un lugar de importancia no sólo en su vida sino también en la de su madre.

No obstante, no podía culparlo por sentirse atraído hacia Lauren. Había algo en ella que él tampoco había podido resistir el primer día que la vio. Era fascinante. No importaba la ropa que llevara, sobria como el espléndido vestido de algodón anaranjado que combinaba con una chaqueta al tono, o informal como un par de jeans, Lauren Taylor Samuels era seductora e increíblemente femenina.

La luz tenue de la lámpara acariciaba su tez de terciopelo, realzando la profundidad de sus ojos oscuros y las líneas de delicadas de esos pómulos altos, de esa boca tan sensual.

La boca. Lo hechizaba. La miel de esos labios, tan carnosos, que Cal había saboreado una y otra vez, lo había embriagado más que cualquiera de las bebidas espirituosas que había consumido en Cayo Verde.

La voz. Hasta el timbre de su voz, suave y disfónico lo excitaba. Solía quedarse acostado en la cama, con los ojos cerrados, oyendo como penetraba en su piel desnuda como una saeta de seda, lujuriosa.

Fragmentos de los días y las noches en los que habían hecho el amor flotaban a su alrededor como el silencioso murmullo de una nevisca. Podía verlos, tocarlos, pero luego desparecían con el calor, dejando sólo una húmeda huella como prueba de su existencia.

Hubo ocasiones en las que creyó que la había imaginado, que había pasado brevemente por su vida para luego desaparecer.

Drew cabeceaba sobre el plato a pesar de que no había terminado la hamburguesa. Cal no tuvo más remedio que hacer una seña al camarero para pedirle la cuenta. El pequeño había omitido su rutinaria siesta por la visita de su padre y el nacimiento de los cachorros.

Cal lo llevó hasta el estacionamiento y lo instaló en el asiento posterior del auto.

Lauren le tocó el brazo mientras él mantenía la puerta abierta del vehículo para que subiera.

— Nada de correr, Cal.

Él frunció el entrecejo.

— No corrí.

— Sí que corrías —contradijo ella.

— Iba a poco más de cien kilómetros por hora —remarcó.

— Entonces corrías.

Cal balanceó un manojo de llaves debajo de su nariz.

— ¿Prefieres conducir tú?

Lauren aceptó las llaves y las tomó directamente. Sus tacones golpetearon con energía sobre el asfalto mientras daba toda la vuelta para ubicarse al volante. Encendió el motor y esperó a que Cal subiera.

Se inclinó hacia un lado y lo miró.

— ¿Subes o no?

Cal se acomodó como pudo en el estrecho espacio.

— No pensé que aceptarías la propuesta.

— Hay una cosa que debes aprender de mí, Cal Samuels: acepto todos los desafíos. Ajústate el cinturón de seguridad —le ordenó, al ver que cruzaba los brazos sobre el pecho.

Rió, muy seguro de sí.

— Pues te desafío a que vuelvas a casarte conmigo —dijo de inmediato.

La muchacha apretó la palanca de cambios.

— El matrimonio queda excluido de la regla.

— No trates de evadirlo, Lauren.

— Yo no trato de evadir nada, Cal.

— Estás enfadada porque caíste en tu propia trampa —la provocó él.

Lauren puso la primera y salió del estacionamiento.

— No es verdad.

— ¿No es verdad que tratas de evadir algo o que estás enfadada?

Lauren se concentró en el manejo del auto.

— Ambas cosas.

— ¿Entonces por qué me llamas Cal?

— Porque ése es tu nombre, ¿no es cierto?

Cal arqueó las cejas, sonriente.

— Sí, pero sólo me llamas Cal cuando está molesta por algo o cuando hacemos el amor. —Ignoró la mirada fulminante de la muchacha. —Me encantaban esos sonidos que hacías cuando estábamos en la cama.

Lauren se detuvo en una luz roja y, de reojo, alcanzó a ver los blancos dientes de Cal.

— Eres un cerdo.

— ¿Por qué?¿Por qué soy honesto, tesoro?

— ¿Yo no lo soy?

— ¡No! —El tono de broma desapareció por completo. —Voy a hacerte una pregunta —dijo, con una voz un tanto más suave —y pretendo una respuesta honesta. Si no puedes o

no quieres dármela, prefiero que te quedes callada. Pero, por favor, Lauren, por favor te lo pido, no vuelvas a mentirme.

Lauren estaba enojada. Molesta consigo misma y por permitir que Cal la acorralara. No necesitaba mirarlo para presentir su inquietud. Flotaba en el ambiente.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Por qué abandonaste?

La joven clavó la vista en el parabrisas. Estaba petrificada. Lo bastante estupefacta y alterada como para quebrarse en un millón de añicos si él la tocaba. Tampoco podía aventurarse a mirarlo, porque perdería el control.

— Tuve miedo —murmuró.

Cal se le acercó todo lo que el cinturón de seguridad le permitió.

— ¿Qué?

Lauren contuvo las lágrimas.

— Yo... yo... tuve miedo, Cal.

— Detente a un costado —le ordenó. Lauren encendió la luz intermitente y se apartó del tránsito para estacionar. —Manejaré yo —anunció, al advertir que ella tenía los nudillos blancos de tanto apretar el volante.

Lauren apoyó la cabeza en el cabezal de la butaca, tratando valientemente de dominarse. Se quitó el cinturón de seguridad y bajó del vehículo para cambiar de siento con Cal.

Él encendió el motor y comenzó a pasar los cambios casi con salvajismo. La voz empleada por la muchacha para confesarle que lo había abandonado por miedo lo puso nervioso, furibundo.

Había perdido casi cinco años, mejor dicho, los dos fueron víctimas de ese desperdicio. Si él la hubiera presionado para que ella le diera sus motivos, habrían aprovechado esos años.

Recorrieron el resto del trayecto hasta North Grafton en completo silencio, ya que ninguno de los dos sacó un tema de conversación.

Ingresaron por la entrada particular de la casa y Cal apagó el motor.

— Yo llevaré a Drew —dijo y Lauren asintió con la cabeza.

Insertó la llave en la cerradura, abrió la puerta y lo guió por el living hacia la planta alta de la casa. Encendió una luz y miró hacia el suelo antes de entrar en el cuarto de Drew. Era un hábito que había adquirido desde que el pequeño aprendió a caminar, pues en una oportunidad tropezó con unos de los juguetes que solían quedar desparramados por el piso y se torció el tobillo.

Cal tendió a Drew sobre la cama y se dispuso a quitarle los zapatos, las medias y la ropa, mientras Lauren entraba en el cuarto de baño. Regresó con un lienzo húmedo y una toalla para limpiar los restos de salsa de tomate que su hijo tenía en la boca y en las manos. El chico se movió, murmuró algo indescifrable acerca de los cachorros y siguió durmiendo plácidamente cuando lo taparon con una manta liviana de algodón.

Lauren apagó la lámpara que estaba sobre la mesa de noche y en su lugar quedó encendida una luz muy tenue, que apenas iluminaba el cuarto con un pálido haz rosado. Salió de la habitación. Cal se quedó solo, junto a la cama.

Entró en su cuarto, que estaba del otro lado del corredor y se quitó los zapatos. Se sentó en una mecedora de madera con las piernas cruzadas, y aguardó a Cal. Minutos después lo vio parado en la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones.

Presintió su inquietud.

— Gracias por la cena.

— Fue un poco breve —señaló él.

Lauren logró esbozar una sonrisa.

— Pero agradable, de todas maneras.

Él le devolvió la sonrisa.

— ¿Tienes inconveniente que vuelva mañana?

— No, no tengo, Cal. —Lo miró directamente a los ojos. —No impediré que veas a tu hijo, pero prefiero que no planees salidas que me incluyan. Lo único que pretendo es que me digas con anticipación a dónde planeas llevarlo y a qué hora estimas que lo traerás de regreso.

Cal se irguió, entró en el cuarto y se sentó en un sillón junto a la ventana. Pasó la mano sobre los almohadones tapizados en una tela con diseños verde malva y grises.

— Bueno, tengo algunas cosas que decir. —Su rostro parecía una máscara pétrea. — Por ahora Drew es muy pequeño para entender los alcances de un divorcio, pero hay heridas y cicatrices asociadas con rupturas matrimoniales que ciertos niños nunca logran superar. Además, muchos de ellos crecen sin saber la identidad de sus padres.

Desde que recibió la noticia de su embarazo, Lauren supuso que Cal podría hacerle todos esos planteos. En consecuencia, tuvo tiempo más que suficiente para maquinar una defensa aceptable.

— Nunca fue mi intención ocultarte la existencia de nuestro hijo. De lo contrario, jamás te habría reconocido como padre en la partida de nacimiento y tu abuelo nunca habría podido demostrar que Drew es su bisnieto. No soy tan egoísta.

— Pero tampoco eres razonable —dijo, mientras se pasaba los diez dedos por su grisácea cabellera y los entrelazaba en la nuca.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque no quieres casarte conmigo.

Lauren soltó un audible suspiro.

— ¿Por qué no dejas las cosas como están?

— ¡Porque no puedo, maldita sea! —Bajó las manos y las cerró en dos apretados puños. —No puedo, Lauren.

La joven abandonó su mecedora y se acercó a Cal. Se puso de pie frente a él. Por un segundo, detectó su dolor. Estaba sufriendo.

Se sentó a su lado y reprimió su deseo de abrazarlo.

— ¿Por qué no puedes comprender...?

— No quiero comprender, Lauren —la interrumpió —. Me casé contigo porque quería pasar el resto de mi vida a tu lado.

— ¿Por qué conmigo y no con otra mujer? —preguntó Lauren. En ese instante se dio cuenta de que debió haberle hecho esa pregunta en Cayo Verde, cuando lo conoció.

Él la miró a los ojos.

— Porque eres diferente de todas las mujeres que había conocido hasta ese momento. Las mujeres que... —No terminó la frase.

— Las mujeres con las que te habías acostado —terminó ella por él.

— Las mujeres con las que solía salir —corrigió —Nunca supe si mantenían la relación porque les gustaba mi compañía o por mi fama. Contigo era distinto. —Le tomó la mano y la abrigó con la suya.

— ¿Recuerdas lo que me dijiste la primera vez que nos vimos?

Las pestañas de Lauren ocultaron sus ojos.

— Sí. Cal le llevó la mano a su pecho para que ella pudiera sentir los potentes y rítmicos latidos de su corazón. —Dije que no era necesario que yo fuera de tu agrado.

— Oh, pero lo fuiste —confesó —. Eras tan inocente y seductora a la vez. Me dabas pánico —admitió, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella levantó la cabeza abruptamente.

— ¿A qué te refieres? Era yo la que tenía miedo. Cuando me pediste que me casara contigo, temí rechazarte para que no te rehusaras a seguir haciéndome el amor. Eso habías dicho, al menos.

Cal llevó la frágil mano de Lauren hacia sus labios y la besó.

— Cierto. Y si no hubieras aceptado casarte conmigo no me habría vuelto a acostar contigo.

— ¿Por qué no?

— Porque no quería hacerte daño. A la larga te habría lastimado. Habrías regresado a Boston y yo seguramente habría seguido con mis cosas, pero siempre me habría quedado el remordimiento de que me aproveché de ti.

Lo que Cal no dijo fue que la semana que habían pasado en Cayo Verde fue mágica. La magia era Lauren y él no estaba dispuesto a dejarla escapar. Ante sus ojos, ella era un espíritu mítico y bello que lo había cautivado, y se negó a dejarlo ir.

Lauren apoyó maquinalmente la mejilla sobre su hombro.

— Siempre pensé que mi estada en Cayo Verde fue como un viaje a la isla de la fantasía. Me desborda el encanto del cielo azul, las aguas turquesa, las palmeras, las flores exóticas, la brisa cálida y las fuertes bebidas al ron. Me había escapado de la monotonía de mi vida como investigadora para descubrir el paraíso. Y en ese paraíso encontré al sibarítico y mundano Cal Samuels. Sin embargo, ese hombre en nada se parecía al que pintaban las historias que había leído y los rumores que había oído.

Cal sintió la electricidad de su caricia y su calidez.

— No me dirás que una mujer de tu inteligencia pierde el tiempo leyendo esos pasquines sensacionalistas que venden en los supermercados —la bromeó.

Lauren rió y se apartó de Cal, que sintió su ausencia de inmediato.

— Sólo cuando me toca una cola muy larga para llegar a la caja. —Se puso seria y colocó ambas manos sobre la falda. —Pero la fantasía perdió su encanto cuando regresamos al país. Entonces me cuestioné mi sano juicio. Boston no era Cayo Verde y tu abuelo no me recibió con los brazos abiertos, precisamente.

Todos los músculos de Cal se pusieron tensos. La miró.

— ¿Qué te dijo mi abuelo?

— Nada.

Una expresión ceñuda frunció la frente de la joven.

— ¿Estás segura?

— No tuvo que decirme nada, Cal. Su silencio me bastó. Nunca aceptó a la mujer que habías escogido como esposa.

Él se tranquilizó y volvió a abrazarla. Sintió que al principio se ponía tensa, luego se relajó.

— Mi abuelo era un hombre muy extraño. Nunca estuvo de acuerdo con los matrimonios de papá. Y supongo que tanto mi madre como Jacqueline le dieron razones más que suficientes para avalar su postura.

Lauren se dio cuenta de que no sabía nada sobre la vida privada de Cal Samuels. El hombre que ella conocía era el famoso escritor de best sellers, un miembro de la alta sociedad, una celebridad, el genio literario que había escrito cuatro best sellers antes de cumplir los veintiocho años, el hombre que salía con mujeres hermosas, cuyas fotografías habías sido tapa de *Ebony* y que había resultado uno de los más votados por su carisma y erotismo en la revista *People*. Lauren sólo conocía una faceta de Cal Samuels, aunque la más íntima por cierto.

— ¿Qué sucedió con tu madre?

— Todavía vive. Tenemos una casa en España. —Se echó hacia atrás y le dirigió una sonrisa esperanzada. —Durante las vacaciones, me gustaría llevarme a Drew conmigo a ese país.

Lauren cerró el puño sobre su pecho.

— No sé.

Él le cubrió la mano con la suya.

— No tienes que contestarme ahora. —Volvió a sonreírle, aunque con tristeza. —Hay algo que tengo que decirte, Lauren. Quizás te ayude a comprender por qué mi abuelo designó a Drew como beneficiario en su testamento y por qué nos obliga a convivir un año.

“Mi madre esperó a que yo cumpliera siete años para casarse con mi padre —comenzó, asombrando a la muchacha con su revelación—. Aún después de haber contraído matrimonio, se negó a vivir con él. Si estaba de humor, en un acto de generosidad le permitía verme algún fin de semana o que me llevara consigo algunos días, durante el verano. Había épocas en las que pasaba más tiempo con mi profesor y con la casera que con mis padres.”

Cal bajó la cabeza y sus ojos penetrantes reflejaron una extraña emoción. Lauren tuvo la sensación de que le estaba tomando una radiografía de la cabeza y del corazón para obligarla a experimentar lo mismo que él en esos momentos.

— Cuando cumplí los diez años, se divorciaron. Dos años después, volvieron a casarse. Esta unión representó un cambio radical para todos, pues comenzamos a vivir juntos, como una familia, por primera vez. Comencé con esquemas de sueños erráticos porque temía quedarme dormido y luego despertarme para descubrir que todo había sido simplemente eso, un sueño. Y en realidad, así fue, porque tres años después, todo terminó. Se divorciaron por segunda y última vez y yo regresé a Barcelona con mi madre. Ese

divorcio destruyó a mi padre, lo cambió por completo, convirtiéndolo en un ilustre desconocido para mí. Sabía que me quería, pero el amor que sentía por mi madre era mucho más profundo.

"Cuando llegué a los diecisiete, mi abuelo se había convertido en la figura masculina dominante para mí. Cada vez que yo venía a los Estados Unidos compartíamos excursiones de pesca, partidos de béisbol y fútbol americano y largas caminatas en la nieve. El abuelo me salvó, Lauren. Me ayudó a transitar por la etapa más crítica de mi vida: la adolescencia. Los momentos que yo he vivido con él, quiero revivirlos con mi hijo. Quiero que acuda a mí cada vez que tenga un problema y no se sienta cómodo para discutirlo contigo. Quiero ayudarte en su formación, para que sea un hombre de bien. Mi abuelo nos obliga a vivir juntos para que Drew no tenga que transitar el mismo camino que debí tomar yo en la infancia. David Samuels nunca luchó por defender su derecho paterno. Por eso, mi abuelo quiso asegurarse de que la historia no se repitiera. Aunque tenga que dirigir todo desde la tumba."

— No se puede lograr todo en un año —comentó Lauren, tratando de disipar la tensión que le ahogaba el corazón.

— Empezaremos por un año —respondió él con voz tranquila —. Un año es mucho más de lo que yo recibí a la edad de Drew. Si volvemos a casarnos no será ni por ti, ni por mí, sino por nuestro hijo.

Lauren se sintió abrumada por dos emociones igualmente intensas: deseo y temor. Deseaba a Cal. Quería su presencia y que le recordara su condición de mujer, una mujer que había gozado al máximo de su feminidad. Pero, por otra parte, el miedo la agobiaba; miedo a que Drew se convirtiera en una víctima indefensa cuando ella y Cal se separasen.

Se mordió el labio inferior. Si entregaba a cal un año de su vida, su decisión terminaría con un sacrificio humano: el de Lauren Taylor. No podía volver a casarse con él y luego soportar el dolor de una segunda separación.

— Piénsalo, Lauren —sugirió Cal, interrumpiendo sus pensamientos —. Todavía nos quedan cincuenta y nueve días.

Ella asintió.

— Lo pensaré —prometió.

— ¿Te molesta que saque a pasear a Drew mañana?

— No... claro que no. —Aún estaba mareada por la confesión de Cal.

Permanecieron sentados, uno junto al otro, absortos en sus propios pensamientos. Inesperadamente, Cal se puso de pie y la miró.

— Buenas noches.

Lauren no alzó la vista para mirarlo.

— Buenas noches, Cal. —Se quedó sentada en ese sillón que estaba junto a la ventana hasta que lo oyó alejarse en el auto. Luego se dirigió a su refugio, en el ático, donde anotaba sus intimidades en un diario. Con su letra pequeña y prolija llenó más de cuatro páginas. la tinta de la última no se había secado cuando escribió en mayúsculas, lo mismo que había escrito todos los días desde que había comenzado el diario, un día después de que Drew naciera:

“AMO A CAL. B. SAMUELS II Y LO AMARÉ POR SIEMPRE.”

Librodot

Capítulo 6

Cuando llegó Cal, a las ocho, Lauren ya había regado y desmalezado su huerta, dado de comer a Missy, y cargado varias veces la máquina de lavar ropa.

Se paró frente a ella, con los brazos separados del cuerpo.

— ¿Mejor? —Llevaba pantalones de algodón grueso, azul marino, una camiseta de rugby rayada en azul y blanco y zapatos al tono.

Lauren abrió la puerta corrediza y asintió con la cabeza, mientras admiraba la informal vestimenta de Cal.

— Mucho mejor.

Él analizó en detalle los shorts de la muchacha, su camiseta sin mangas y sandalias.

— ¿Llegué demasiado temprano?

— Justo para desayunar.

Drew vino corriendo por el living, con los brazos abiertos.

— Hola, papi.

Cal lo levantó en el aire y luego lo abrazó.

— Hola, socio. ¿Qué planes tienes para hoy?

— Ninguno —contestó al oído de su padre.

— ¿Te gustaría ir a ver un partido de béisbol? Los Yankees están en la ciudad y quizás podamos verlos enfrentados al Monstruo Verde.

Drew asumió una expresión muy seria.

— No conozco ningún monstruo verde, papi.

Cal presionó la frente contra la del niño.

— El Monstruo Verde es la pared de Fenway Park, donde los Red Sox juegan al béisbol.

Drew rió.

— Quiero agarrar una pelota, papi.

— Será mejor que Drew guarde todos los juguetes que dejó desordenados en su habitación; o de lo contrario, lo único que agarrará son problemas —dijo Lauren, mientras observaba la complicidad entre padre e hijo.

— Oh, mami. ¿De verdad tengo que hacerlo? Soy tan chiquito para ese trabajo...

Cal lo bajó.

— Ser chiquito nada tiene que ver con desobedecer a tu madre.

Drew exageró su situación con unos pucheros.

— No sé ordenarlos —murmuró.

Cal se cruzó de brazos.

— ¿Sabes jugar con ellos?

— Ellos saltan solos de su lugar para venir a jugar conmigo —explicó Drew, balanceando el brazo por encima de la cabeza.

— Entonces diles que regresen allí con otro salto —respondió Lauren, esforzándose por no echarse a reír —. Tienes cinco minutos, Drew.

El niño dirigió una mirada de súplica a su padre.

— Papi, no puedo.

— Hazlo, Drew —le ordenó, con severidad.

Lauren y Cal se dirigieron a la cocina mientras Drew subía las escaleras como un tropel, rumbo a su cuarto.

— ¿Siempre es tan terco?

— Siempre —respondió la madre.

Cal se sentó en un banco y sonrió a la muchacha.

— Debe de haber heredado ese defecto de ti.

La muchacha tomó el mango de una sartén y lo miró.

— Te sugiero que te rindas antes de que sea demasiado tarde, Cal.

Él levantó las manos, en señal de rendición.

— Lo siento, señora.

Cal la observó preparar el desayuno. Había pasado la noche ordenando todos los sucesos desde que volvió a verla y llegó a la conclusión de que jamás lograría amedrentarla. La intimidación sólo servía para ofuscarla más todavía y para que lo atacara con toda su artillería. Ante esos hechos, decidió conquistarla por la vía del romanticismo. Tal como lo había hecho en Cayo Verde.

La tensión desapareció y un intenso deseo, sereno y sedante, se apoderó de él. Se ganaría el amor de Lauren. Ella había confesado de que en Cayo Verde lo amaba. No se detendría hasta no volver a escuchárselo.

Lauren cocinó docenas de panqueques, pues padre e hijo se los devoraban no bien salían de la sartén. Sirvió cuatro para sí misma y se sentó junto a ellos.

— Están muy ricos, mami —encomió Drew, entre bocados.

Cal asintió con la cabeza, porque tenía la boca llena.

— Eres una cocinera estupenda, Lauren — la elogió, después de tragar.

— Es la mejor, papi. Sabe cocinar galletas raras.

Cal arqueó una ceja interrogante y miró a Lauren.

— ¿Y qué son las galletas raras?

— Galletas comunes pero con formas diferentes —explicó Lauren —. Las preparo para ocasiones especiales.

— Mi cumpleaños es una ocasión especial —anunció el niño orgulloso.

Cal sonrió y movió las cejas mirando a Drew.

— Tienes razón. —Bebió su segunda taza de café. —Limpiemos la cocina, socio. Después iremos al centro de compras y por último al parque.

Drew se quedó boquiabierto, sin poder disimular la sorpresa.

— Pero es mami la que limpia la cocina.

— Si mami cocina, es justo que los hombres limpiemos.

— Pero la limpieza es cosa de mujeres —protestó el chico.

— ¿Quién te dijo que la limpieza es cosa de mujeres? —preguntó Cal.

— El padre de Tommy dice que son siempre las mujeres las que limpian.

— ¿Quién es Tommy, Lauren? —preguntó Cal, con una mirada ceñuda.

— Un chico que vive en la casa de al lado.— Miró a su hijo exagerando una expresión con la que tenía bastante familiaridad.

— Mejor limpiemos, papi —dijo de inmediato.

Lauren abandonó su asiento y se acercó a Cal.

— No debes negociar, Cal —le murmuró al oído.

Cal le tomó la mano y la hizo sentar a su lado.

— ¿Y qué haces tú? —le preguntó, con un tono de voz igualmente bajo, mientras le rodeaba la cintura con el brazo derecho.

Lauren sintió su aliento caliente en el cuello. El aura sensual de Cal la avasalló, aniquilando sus defensas.

— Lo miras de una manera.

Cal le bajó la cabeza y le rozó la oreja con los labios.

— ¿De qué manera?

Lauren levantó la cabeza de golpe y su boca quedó a escasos centímetros de la de él. El tiempo se detuvo y quedó totalmente fuera de control, transportándolos a una isla donde ambos habían hallado un santuario privado y propio. Un santuario donde reinaba el deseo primitivo y el amor.

Allí habían hecho el amor en la forma más salvaje: se habían apareado.

Cal estaba hipnotizado por el oscuro fuego que ardía en los ojos de la muchacha y por esos provocativos labios húmedos que lo instaban a saborear el suculento fruto una y otra vez.

— Creo que pasará bastante tiempo antes de que Drew pueda interpretar esa mirada —comentó, con una sonrisa de complicidad —. Cuando sus hormonas le empiecen a funcionar desaforadas.

Lauren bajó la mirada, cautivándolo con ese gesto de candidez.

— Bien, los dejo a ustedes los hombres para que hagan lo suyo. —Cal la soltó, y ella salió de la cocina.

Una fina capa de sudor humedecía los pechos de Lauren y el corazón le latía a un ritmo vertiginoso. Respiró hondo y subió al ático, su refugio. Abrió un ventanal doble y la ligera brisa que refrescó el espacioso ambiente dio alivio a su piel afiebrada.

Deseaba a Cal y él lo sabía. No tenía modo de disimularlo.

Se recostó sobre un sofá cama, con los brazos debajo de la cabeza. Quizás, si se hubiera acostado con otro hombre, con cualquiera, después de su breve matrimonio, habría logrado olvidarse de él. Tal vez no habría tenido que soportar los eróticos recuerdos que la atormentaban sin preaviso.

Una y otra vez revivía la cálida sensación de su aliento sobre el rostro húmedo, de sus dedos mientras descubrían los puntos secretos y ocultos de su cuerpo, produciéndole el máximo placer.

Si cerraba los ojos, hasta podía sentir sus dientes sobre la delicada piel de los senos, mordiéndolos y succionándolos hasta llevarla casi al punto de la locura. Recordaba esas dulces palabras de sosiego, la voz serena cuyas órdenes solía obedecer ciegamente cuando le pedía que abriera la boca y las piernas para él.

Abrió los ojos y los fijó en el pálido papel que cubría el cielo raso. Un año. Al principio sólo había sido una semana y ahora, todo un año. ¿Sería capaz de dar a Cal y a Drew ese año que por derecho tenían que pasar juntos?¿Sería capaz de no pensar en lo que podría ganar o perder?

— ¿Lauren?

Se sentó al escuchar la voz masculina.

— Estoy aquí.

Cal entró en el ático y miró el espacioso ambiente. Le sonrió.

— Drew dijo que te encontraría aquí arriba.

Ella le correspondió la sonrisa.

— Éste es mi santuario.

Cal se acercó a una pared cubierta de estantes desde el piso al techo, llenos de libros y revistas.

— ¿Cuándo trabajas? —preguntó, mientras examinaba el lomo de uno de ellos.

— Por lo general de noche. —Lauren se levantó del sofá y se le acercó. —Una vez que Drew comience la escuela cambiaré mis horarios.

— ¿Cuántas horas inviertes por noche?

Encogió sus estrechos hombros.

— Depende del tema y de la celeridad con que necesiten el material.

El escritor abrió un libro de tapas muy ajadas y verificó la fecha del *copyright*.

— ¿Trabajarás para mí?

Lauren recordó el proyecto sobre los zulús.

— No me necesitas, Cal.

Él levantó la cabeza abruptamente y la miró.

— Sí que te necesito. Recuerdo que me dijeron que eras la mejor.

— Soy buena —respondió, segura de sí —. Pero no nos llevamos bien en el ámbito profesional.

— Esta vez será diferente.

— ¿Por qué?

— Ambos hemos madurado y no creo que dejemos que nuestros sentimientos personales afecten nuestro profesionalismo.

Lauren sabía que tenía razón. Ella había madurado y tenía mucha más experiencia. No la seduciría tan fácilmente esta vez.

Asintió.

— ¿Qué tienes en mente?

Una pálida sonrisa asomó a sus labios.

— Desde que Summit me ofreció el proyecto sobre los zulús, he estado desarrollando un tema. ¿Qué sabes sobre los antiguos reinos africanos y sus religiones?

— ¿Norte o sur del Sahara?

— Norte y sur —contestó él.

Lauren levantó el mentón y le sonrió satisfecha.

— Bastante.

El entusiasmo encendió la mirada de Cal.

— ¿Lo harás?

— ¿Anotaste todo? —preguntó ella, sin comprometerse. Cal meneó la cabeza y ella, tomándolo del brazo, lo llevó hasta el otro lado del ático. —Ven conmigo.

Lo condujo al área donde había instalado su computadora. Se sentó y encendió la pantalla. Palmeó la silla que estaba junto a ella y le sonrió.

— Siéntate, por favor. —Ingresó al programa mientras él se sentaba.

— Háblame, Cal.

Él la miró.

— ¿Sobre qué?

— Sobre la historia en la que has estado trabajando.

Cal accedió, vacilante en un principio aunque luego todos los pensamientos e ideas que había enterrado en los recónditos meandros de su imaginación empezaron a aflorar con toda naturalidad. Lauren escribía en la computadora a la misma velocidad con que él hablaba. Las palabras cobraban vida en ambarinas letras que iluminaban la pantalla.

Drew entró en el ático sin hacer ruido y se sentó en un banco, cerca del escritorio. Ya había aprendido que, cuando su madre estaba trabajando en la computadora, él debía esperar en silencio hasta que ella advirtiera su presencia. Pero estaba inquieto, cruzaba y descruzaba las piernas, y su paciencia se agotó muy pronto. Abandonó el banco y se instaló cómodamente sobre el regazo de su padre.

Cal lo abrazó, al tiempo que desarrollaba el tema central de su novela con lentitud pero sin titubeos. A medida que salía a luz, toda la tensión e incomodidad que había experimentado cada vez que había tratado de escribir la historia iban desapareciendo. Las palabras que había tratado de grabar en una cinta fluían raudamente, como el caudal de un río.

Por fin su voz se apagó y sintió una mezcla de alegría y alivio. Había terminado. Una nueva obra acababa de nacer.

Lauren oprimió una tecla y archivó el material. Sus ojos grandes y oscuros expresaron un gran entusiasmo.

— Es fabulosa, Cal.

— A mí también me gusta, papi —comentó Drew.

Cal lo estrechó con fuerza y le besó la frente.

— Y a mí me gustas tú. —Mientras lo abrazaba, observó a Lauren por encima de su cabeza. Experimentó entonces un intenso sentimiento. Lentamente recorrió y admiró el rostro y el cuerpo de la muchacha. Lo que había tratado de negar lo impactó como una descarga eléctrica.

Todo lo que tenía para ofrecer a esa mujer era el recuerdo de una semana de pasiones compartida en una isla tropical privada. Una semana que le había cambiado la vida para siempre.

Lauren lo atrajo porque lo había tocado de una manera única y especial, como ninguna otra. Y siguió haciéndolo, porque jamás pudo reemplazarla después que lo abandonó.

La necesitaba. Lo sosegaba. Con ella sólo sentía paz, aún cuando por obstinación se negaba a satisfacer sus exigencias y la culpa le remordía la conciencia. La necesitaba y también a Drew. Pero ¿ella lo necesitaba a él? Su vida parecía libre de complicaciones e imprevistos. tenía una casa nueva para decorar, un hijo que buscaba en ella amor y protección y una profesión que le brindaba seguridad económica para un confortable estilo de vida.

Lauren miró el reloj que tenía sobre el escritorio y dijo:

— Son más de las diez. Será mejor que se den prisa si quieren ir al centro comercial antes de ver el partido de béisbol.

— ¿Vienes a Boston con nosotros, mami?

Lauren le guiñó el ojo y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

— Esta vez no, tesoro.

— ¿Iremos a ver a los abuelos?

— Vendrán ellos el domingo porque es el Día del Padre... —Se interrumpió al descubrir que sería la primera vez que Cal festejaría esa fecha.

— Me gustaría que vengas a cenar con nosotros mañana —dijo a Cal—. Así tendrás oportunidad de conocer a mis padres.

— Bien —contestó, sin vacilaciones—. Será un placer.

Drew se bajó de un salto de las rodillas de Cal.

— Iré por mi gorra de béisbol —gritó y salió corriendo del ático.

Cal rió, meneando la cabeza.

— ¿Alguna vez camina en lugar de correr?

— Nunca —respondió Lauren, también con voz divertida.

De inmediato, Cal se puso serio.

— De verdad quiero que seas la investigadora para mi libro, Lauren. Y prefiero que Andrew Monroe quede al margen.

Lauren no imaginaba el resentimiento de cal por Andrew.

— Es mi agente, Cal.

“Él podrá ser tu agente, pero yo he sido tu marido”, pensó.

— No lo quiero en este proyecto. Y si insistes en que participe, directamente no escribiré el libro.

Lauren registró la expresión de implacable voluntad en su rostro.

— Tienes que escribirlo. —Hacía más de cinco años que C.B.Samuels no producía una nueva obra y ésa indudablemente sería merecedora del premio Pulitzer. Advirtió que apretaba los labios. No tenía ningún sentido discutir con él.

— De acuerdo, Cal. Andrew no participará en el proyecto.

El se le acercó, le tomó la cara entre las manos y la beso con ternura sobre los labios.

— Gracias, querida.

Con la boca y el cuerpo le transmitió un calor explosivo. La pasión no se había enfriado. Seguía candente.

Cal se echó hacia atrás y miró fijamente sus ojos sorprendidos.

— Ni siquiera te das cuenta de lo especial que eres, querida. Tu me has dado a Drew y por eso me considero en deuda contigo.

La muchacha no podía hablar. Simplemente, asintió con la cabeza. Con sólo tocarla o besarla, Cal la enloquecía. Por lo visto no había madurado tanto. Ese hombre se había adueñado de su corazón y no la dejaría.

— Te veré luego —le dijo y la soltó.

— Que se diviertan. —No pudo controlar la agitación de su voz.

Se sentó y se preguntó si podía arriesgarse a casarse con él de nuevo y superar indemne la separación final.

Claro que aunque no se casara con él, siempre estaría presente en su vida. De ninguna manera iba a renunciar a Drew. Ambos habían creado un lazo muy fuerte a pesar del corto tiempo que habían compartido e independientemente de lo que sucediera entre ellos, el pequeño querría tener a su padre.

Sonó el teléfono y Lauren atendió. Era Andrew Monroe para avisarle que había recibido el último material que ella le había enviado con la información solicitada. No mencionó a Cal. Ella tampoco. Andrew era la única persona, además de sus padres, que sabía quién era el padre de Drew.

La intuición le decía que a Cal no le gustaba Andrew y que el sentimiento era mutuo, aunque la situación la dejaba atrapada entre la espada y la pared. Tenía por Andrew un afecto especial. Era su amigo y su confidente, pero no estaba enamorada de él. Se había convertido en un protector, para ella y para su hijo. Por lo tanto, el amor que habían forjado entre los tres se parecía mucho al de una familia.

Pensando justamente en la familia, llamó a su madre para informarle que Cal cenaría con ellos el día del Padre. Cortó y suspiró. Tenía que encontrar un regalo apropiado para que Drew entregara a su padre en esa fecha tan especial.

Capítulo 7

Drew llegó a casa dormido, en brazos de Cal. Lauren desoyó sus débiles protestas cuando lo baño para quitarle ese peculiar olor a mostaza y pochoclo.

Una vez con su pijama de algodón, llegó a la cama casi a tientas y volvió a quedarse profundamente dormido antes que su madre apagara la luz y se reuniera con Cal en la cocina.

El joven estaba sentado a la mesa tomando una taza de café recién preparado. Ella le sonrió.

— Ese chico está agotado.

— Y el padre, ni te cuento —admitió Cal, correspondiéndole la sonrisa.

Lauren llenó otra taza de café y lo cortó con un poco de leche.

— Te va a llevar un tiempo adaptarte a ser padre —dijo, mientras empujaba la puerta de la heladera. Se acercó al comedor diario y sentó a la mesa, frente a él. — Claro que te salvaste de lo peor. Levantarse por la noche para darle de comer y la dentición son cosas que ponen a prueba la resistencia de cualquiera.

Cal la miró, entre párpados pesados.

— Me perdí todas las cosas importantes por tu culpa, Lauren: a ti dándome la noticia de que sería padre, el nacimiento de mi hijo y todos los demás acontecimientos notorios.

Su voz sonó tan desprovista de emoción que Lauren se quedó helada. En ese momento, se detestó. Cal fijo la vista en el fondo de su taza, como buscando en las negras profundidades todas las respuestas que la joven no podía darle.

— Perdóname, Cal —se disculpó en un tono de voz muy sumiso —. Pero no puedo pasarme el resto de la vida expiando una decisión que en su momento me pareció la más correcta.

Cal levantó la cabeza y miró con detenimiento la expresión de pesar de Lauren.

— Por supuesto que me compensarás por esta falta —señaló —. No te quepa ni la menor duda —agregó, mientras se ponía de pie.

Lauren lo observó aproximarse al fregadero para arrojar por la rejilla lo que quedaba de café. Enjuagó la taza y la colocó en el lavavajillas. Se produjo un silencio tajante, opresivo.

Sabía que lo había herido y que él le guardaba rencor por su abandono. Se había burlado de su orgullo masculino al dejarlo después de sólo dos días de matrimonio. Sólo

ahora, pasadas las primeras cuarenta y ocho horas, se daba cuenta de que tenía frente a sí a un hombre completamente distinto al que había conocido en Cayo Verde.

¿Cuál sería el verdadero Cal Samuels? Éste era todavía más extraño que el del pasado. Y pensar que con el de Cayo Verde se había casado y había engendrado un hijo, sabiendo que para ella era un ilustre desconocido.

— ¿A qué hora es la comida mañana? —preguntó, fabricando una sonrisa artificial.

El control que Lauren ejercía sobre sus emociones pendía de un hilo en esos momentos, pero de todas maneras, simuló una serenidad que no sentía.

— A las tres. Es algo muy informal. Ojalá el tiempo nos permita comer al aire libre.

Cal asintió y se pasó la mano por el pelo. Se detuvo en el cuello, para masajearse los contracturados músculos con las yemas de los dedos.

— ¿Necesitas que te ayude en algo?

— No, gracias. —Necesitaba estar lejos de él, que se fuera de su casa. Su presencia se había vuelto por demás perturbadora.

— Buenas noches, Cal —le dijo, invitándolo a marcharse.

El cansancio de Cal desapareció al instante al darse cuenta de que Lauren una vez más y sin la menor diplomacia, estaba echándolo de su casa. La frustración que había experimentado cuando volvió a ver a su ex esposa en el estudio de John Evans amenazaba con apoderarse de nuevo de él.

La amó, la odió y luego volvió a amarla. La deseaba. Quería tomarla entre sus brazos y llevarla a la cama, y perderse en las intimidades de su húmedo calor.

Lauren era una frustración y un enigma. No era mundana ni sofisticada como las demás mujeres que había conocido, pero sí más desinhibida y generosa que todas ellas juntas. Con su inocencia, le había brindado la posibilidad de volver a nacer, de renovar su espíritu y su cuerpo.

Una renovación que se tradujo en un niño. —Su hijo.

— Buenas noches, Lauren. —Sin agregar una sola palabra, salió de la cocina y se marchó.

Lauren esperó un rato para dirigirse hacia la puerta principal. Se quedó contemplando las penumbras, tratando de aquietar su ansiedad, una ansiedad que indicaba su deseo de volver a compartir su vida con Cal Samuels. Quería vivir con él, como marido y mujer.

Se sentó sobre los mullidos almohadones blancos del sillón de mimbre, con las piernas recogidas bajo las nalgas.

La apasionada confesión de Cal acudió a su mente.

“Mi madre esperó a que yo cumpliera los siete años para casarse con mi padre. Aún después de haber contraído matrimonio se negó a vivir con él.”

— ¿Por qué? —preguntó Lauren a la oscuridad de la noche. ¿Por qué su madre tuvo que esperar tanto tiempo para ir a vivir con el padre?¿Por qué se habría negado a vivir bajo el mismo techo con David Samuels?¿Por qué la existencia de Drew tomaba un curso tan similar a la de su padre? Tenía demasiadas preguntas, pero ninguna respuesta.

Cambió la posición de las piernas y advirtió que un pequeño objeto caía al suelo.

— Drew —murmuró. Debía ser otra de las tantas bromas de su hijo. Se asomó y recogió una caja pequeña, envuelta en un papel muy decorativo.

Todavía había luz suficiente para leer la pequeña tarjeta que traía:

“FELIZ DIA DE LA MADRE”

Rompió con dedos firmes el papel celeste que envolvía la caja de terciopelo azul. Era de Tiffany’s. Lauren recordó que Cal le había dicho que le debía un regalo.

Cuando abrió la caja, se quedó estupefacta mirando un brazalete. Entonces empezó a temblar. Se encaminó hacia el living para examinar la pesada joya a la luz de una lámpara de pie. Se trataba de tres esclavas de oro unidas entre sí, con piedras preciosas incrustadas.

No pudo resistir la tentación de probársela. La hilera central era de rubíes ovalados, mientras que unos diamantes redondos, perfectos, en un tornasol de blanco y azul, formaban las bandas laterales. La joya era de un gusto exquisito.

Se la quitó y volvió a poner en su estuche, apretándolo con fuerza contra su pecho.

Cal no estaba en deuda con ella. Muy por el contrario: le había brindado amor, felicidad y a Drew.

— Oh, cuánto lo amo —susurró. Le temblaban las manos. Se mordió el labio inferior.

A su mente acudieron los álgidos recuerdos de aquella semana en Cayo Verde. Quiso revivirlos indefinidamente... con Cal. Pero, ¿repetirían la misma experiencia si volvían a casarse?¿La separación los habría cambiado tanto que no podrían recapturar la ternura y confianza como para sobrevivir ese año que por fuerza debían pasar juntos?

“¡Lo quiero otra vez en mi vida y ya!”, admitió para sí. No pensó que Drew necesitaba un padre, sólo pensó en sus propias necesidades.

Experimentó una inmensa paz y supo que debía compartir su felicidad con alguien. Hizo una llamada y luego esperó a la única persona que le había insistido para que liberase los demonios que la acosaban desde su regreso de Cayo Verde con el apellido de Cal, aunque ignorante que también llevaba un hijo suyo en sus entrañas.

Librodot

Gwendolyn Taylor estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y una expresión de sorpresa.

— Si me estás pidiendo que sea tu dama de honor, significa que vas a casarte. ¿Pero con quién?¿Dónde está el galán, primita? Jamás te he visto con un hombre desde que volviste de esa isla del Caribe... Espera un poco. ¿No me dirás que tú y Andrew...? —Sus palabras fueron marchitándose mientras Lauren negaba con la cabeza.

— No se trata de Andrew, Gwen.

Los ojos redondos de la mujer se desorbitaron más aún, sus labios formaban una O perfecta.

— ¿De quién, entonces?

— Cal Samuels. — No podía creer que su voz sonara tan serena cuando el corazón le latía sin control.

Gwen soltó un grito de alegría y se abrazaron, llorando y riendo a la vez.

Lauren y Gwendolyn eran primas hermanas y se llevaban pocas semanas de diferencia. Se querían más que si hubieran sido hermanas y tenían un parecido tan asombroso que muchos creían que eran gemelas. Gwen era un par de centímetros más alta y un poco más rellena, pero las dos llevaban el cabello corto y rizado.

La otra muchacha se palmeó el pecho con la mano, prolijamente arreglada.

— Vaya, es una noticia digna de la primera página de los periódicos.

— Ni te atrevas a publicar una sola palabra de eso hasta que yo no lo oficialice.— La columna de *People*, *Home* y *Style* que Gwen escribía en *Boston Gazette* había ganado mucha popularidad. Esa revista constituía un cambio innovador, la contrapartida de *Boston Globe* y *Boston Herald*. Publicaba notas de interés local, concentrándose sobre todo en las personalidades y lugares importantes de la ciudad.

Gwen frunció el entrecejo.

— ¿Por qué no se ha oficializado todavía?

Lauren apoyó los codos sobre las rodillas, que había cruzado en posición de yoga.

— Porque todavía no he dicho a Cal que acepto casarme con él nuevamente.

— ¿Por qué no?

Lauren pasó a relatar todos los acontecimientos desde que había recibido la citación del estudio jurídico para la lectura del testamento de Cal Samuels.

— Todo lo que tengo que hacer es casarme con Cal, convivir con él durante un año, y Drew se hará acreedor de una parte importante de los bienes de su bisabuelo.

— Y si no te casas, Jackie Samuels pasará a ser la afortunada beneficiaria —comentó Gwen, con expresión de asombro todavía palpable en su mirada.

— Ésos son los términos —confirmó Lauren.

— ¿Qué sabes sobre Jackie Samuels, primita?

Lauren se encogió de hombros.

— Nada. Salvo que Cal no quiere que toque ni un solo centavo del dinero de su abuelo.

— Nunca he visto a tu C.B.Samuels, Lauren, pero me temo que estoy totalmente de acuerdo con él —anunció —. Según los rumores, Jackie Samuels es una h—a—r—p—í—a de primera. Recuerdo haber leído una nota sobre ella donde se decía que hizo lo imposible por arruinar una relación que David Samuels había mantenido con una mujer durante años. Al parecer estaban comprometidos y todo, pero cuando Jackie apareció en escena, la antigua novia pasó a la historia.

Lauren cerró los ojos. Tenía que actuar, y sin pérdida de tiempo. Era su obligación proteger la herencia de su hijo. Abrió los ojos, miró a Gwen. El gesto que hizo con la mandíbula delató su naturaleza obstinada, una característica suya con la que su prima estaba ampliamente familiarizada.

— ¿Podrías hacerme un favor, Gwen?

— Seguro, primita. Lo que quieras.

— Averigua todo lo que puedas sobre Jacqueline Samuels.

Gwen le palmeó la mano.

— Dame unos días para revisar los archivos de *Gazette*. Si no encuentro nada allí, apelaré a alguien de *Globe* o de *Herald*. Y ahora, ¿qué te parece un brindis por esta maravillosa noticia? —propuso, levantando el ánimo de la muchacha.

Lauren se puso de pie de un salto.

— Excelente idea.

— ¿Lo amas? —preguntó Gwen, al ver que Lauren se dirigía al otro extremo de la sala.

La joven se volvió lentamente y la miró con incredulidad.

— Por supuesto que lo amo, Gwen. ¿Por qué crees que volveré a casarme con él?

La prima se encogió de hombros.

— No lo sé. Tal vez lo hagas por Drew.

— No, Gwen. No es por Drew. Lo hago por la misma razón por la que me casó con Cal la primera vez: por amor. Hubo momentos en los que pensé que me había casado porque me sentí atrapada en un romanticismo idealista, en una atracción física tan irresistible que me hizo confundir amor con un simple entusiasmo fugaz, un grupo de células convocando a otro. Pasé por períodos de inseguridad, en que las ansias me

invadían, pero nunca una felicidad genuina. Tuve dudas, preguntas sin respuestas y cosas que debí haber sabido sobre Cal pero que nunca supe. Para mí, siempre fue un extraño apasionado e increíblemente dulce, capaz de levantarme dos centímetros del suelo a partir del mismo instante en que lo conocí.

"Pero la separación me cambió, Gwen, porque ahora estoy más calmada, más paciente y dispuesta a ofrecer a nuestro matrimonio una buena oportunidad para que funcione. Mi vida sigue el curso que siempre he querido darle. Tengo una profesión que amo, la casa con la que siempre soñé y un hijo maravilloso. Mi boda con Cal completaría el círculo."

Gwen arqueó las cejas.

— ¿De modo que estás lista para sentar cabeza?

Lauren se puso las manos en las caderas.

— ¡Ya me verás poner manos a la obra, primita!

— Lo que quiero es ver a C. B. Samuels en persona —declaró la muchacha.

— Ya lo conocerás, Gwen.

— ¿Cuándo?

— La próxima semana.

Gwen hizo un mohín infantil.

— ¿Crees que me concederá una entrevista?

— Cal no concede entrevistas. —Ese era un detalle que Lauren conocía sobre el hombre con quién volvería a casarse.

Gwen asintió y soltó un suspiro de resignación.

— Trae el champán y brindemos por la inminente boda.

Ambas jóvenes pasaron las dos horas siguientes charlando y bebiendo champán. También rieron sin poder controlarse al recordar las travesuras que habían hecho con sus amigas durante la infancia.

Como ya era más de medianoche, Lauren sugirió a su prima que se quedase a dormir, pero Gwen rechazó la oferta porque al día siguiente tenía programado un almuerzo con un músico local a fin de entrevistarlo.

— Quién sabe —dijo Gwen por encima del hombro, cuando estaba en el porche con Lauren —, tal vez tenga la suerte de ver al bombón erótico otra vez. La próxima no podrá ser porque estaré de servicio.

Lauren abrazó a su prima.

— Gracias pro aceptar ser mi dama de honor.

— Para mí es un honor que me lo hayas pedido. Te llamaré si consigo información sobre Jackie Samuels.

Lauren esperó a que el auto de su prima se alejara y volvió a entrar en la casa. Ya había tomado la decisión: se casaría pro segunda vez con Cal Samuels, viviría con él durante un año y cumpliría de ese modo con los requisitos establecidos en el testamento del doctor Samuels.

El abuelo había ganado la primera batalla.

— ¡Mami!¡Mami!¡Llegó papi!

Lauren oyó la estridente voz de su hijo que provenía de la ventana abierta.

“Se adelantó”, pensó, observando el reloj que estaba sobre el fregadero. Sólo eran las dos y media.

Cal entró en la cocina caminando con una gracia muy poco común en la mayoría de los hombres, a excepción de los bailarines. Con la cabeza en alto, los hombros hacia atrás y sus estrechas caderas rotando en un movimiento fluido y sensual, siempre lograba atraer la atención a donde quiera que fuese.

Su manera de caminar tan peculiar fue un detalle en el que Lauren reparó casi de inmediato, no bien lo conoció en Cayo Verde.

Todo en Cal Samuels era medido y pausado. Cada palabra que pronunciaba, cada movimiento que ejecutaba. Recordaba que hasta el acto sexual había sido lento y metódico y que la había transportado a otra dimensión de placer explosivo.

Cada vez que pensaba en hacer el amor con él, se le contraían los músculos del abdomen. Verlo y tocarlo de nuevo había revivido esos álgidos recuerdos. Estaba convencida de que cada vez que él se le aproximaba, detectaba su apetito.

Cal dirigió su mirada a las muñecas desnudas de la muchacha y luego ascendió hasta el rostro. Le entregó dos bolsas con diseño decorativo.

— No sabía que habías preparado, de modo que opté por comprar una botella de vino tinto y otra de vino blanco.

Lauren se limpió las manos con un repasador y sonrió.

— Ambas vendrán bien, ya que he preparado carne roja y blanca. —Tomó las bolsas, rozándole la mano con los dedos y él las retiró de inmediato, como si lo hubiera quemado.

El ambiente estaba cargado de tensión, sexual y emocional. Ella disimulaba una sonrisa enigmática.

— He decidido casarme contigo —anunció ella.

Cal permaneció inmóvil en el medio de la cocina, respirando con la boca entreabierta. Lauren había claudicado. Qué fácil, demasiado fácil para poder digerirlo.

— ¿Por qué? —interrogó. La pregunta fue impulsiva. Enseguida se arrepintió de haberla formulado, aunque ya era tarde. Ella había aceptado. ¿Qué importaba la razón?

La muchacha siguió cortando la verdura para la ensalada. No podía mirar a cal a los ojos.

— Lo hago por Drew —mintió.

En ese momento, Cal no tenía interés en averiguar los motivos por los cuales accedía a la boda. Lo único que importaba era que había accedido por fin. Se le acercó, la obligó a volverse y la cobijó entre sus brazos. En un principio la notó muy tensa, pero luego sintió que se abandonaba al calor de cuerpo fuerte.

Lauren le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla contra su pecho, en un abrazo placentero y natural. Sólo en ese momento descubrió lo mucho que había echado de menos el contacto físico, aquella encantadora tibieza.

Levantó la cabeza, sonriente:

— Tendrás que soltarme si quieres que termine de cocinar.

Él le tomó el mentón entre el pulgar y el índice. Con una mirada sedienta recorrió cada centímetro de su rostro, deteniéndose en la boca. Descendió lentamente hacia sus labios, sellando sus reclamos con un beso tierno y embriagador.

Lauren se paró de puntillas para abrazarlo. Gimió casi imperceptiblemente mientras Cal le devoraba la boca. Un calor explosivo invadió su cuerpo... un calor que no había sentido en varios años.

No era por Drew. Había aceptado volver a casarse con Cal Samuels porque todavía seguía enamorada de él... Nunca había dejado de amarlo.

Le apoyó las manos en el pecho y lo empujó suavemente. Él se apartó. Ambos respiraban agitados.

Con las mejillas encendidas, Lauren desvió la mirada.

— Tengo que terminar la ensalada —balbuceó. No reconoció su propia voz.

— Iré a ver a Drew —se excusó Cal, para salir de la cocina.

Lauren terminó de preparar la ensalada y se encaminó hacia su habitación para cambiarse de ropa. Tomó una ducha rápida y se puso una solera blanca, de breteles finos, cintura holgada y falda vaporosa. Mientras se calzaba las sandalias blancas de cuero oyó que sus padres estacionaban el auto en la entrada particular de la casa.

Bajó las escaleras y se reunió con ellos en el porche. Abrazó a su padre, le besó la mejilla y le obsequió un sobre que contenía una orden de compras para una tienda de artículos para deporte.

— Feliz día, papá.

Roy Taylor rodeó la cintura de su hija con el brazo.

— Gracias, princesa. —Contempló el sobre. —Aunque el regalo no era necesario.

Ella le sonrió.

— Ya lo sé. Pero quise comprártelo. —Besó a su madre y la tomó del brazo. —Cal está aquí —le informó.

Odessa miró por encima del hombro de la joven.

— ¿Dónde?

— Probablemente atrás, con Drew.

Lauren condujo a sus padres por el largo sendero que llevaba hasta la parte posterior de la espaciosa casa. Padre e hijo estaban cómodamente instalados en una reposera de red; el niño, entre las piernas extendidas de Cal, que leía las historietas en colores del domingo.

Cuando advirtió la presencia de Lauren y sus padres, hizo a bajar a Drew para ponerse de pie. Notó que no había ningún parecido entre madre e hija, aunque las dos tenían un físico muy agraciado.

Observó detenidamente a Lauren como si la viera por primera vez. Con ese vestido escotado era el vívido recuerdo de aquella muchachita que había conocido en una playa de Cayo Verde y a la que había faltado el respeto por su aspecto juvenil. A pesar de que ahora llevaba el cabello más corto y un solero de distinto color, Lauren poseía un aura de femenina sensualidad que todavía lo excitaba.

Se paró a su lado y entrelazó su brazo desnudo en el de él.

— Cal, te presento a mis padres, Odessa y Roy. Mamá, papi, él es Cal Samuels.

Cal tendió la diestra a Roy Taylor.

— Encantado, señor Taylor.

El hombre le estrechó la mano vigorosamente.

— Llámame Roy, Cal.

Se volvió entonces en dirección a Odessa e hizo una ligera reverencia, brindándole una sonrisa sensual.

— Es un honor, señora Taylor.

Las mejillas de la mujer se encendieron por el calor de aquella profunda mirada de oro.

— Odessa —repitió.

Solo entonces Lauren soltó el aire. El corazón le latía a un ritmo enloquecido. No sabía que se podía esperar de sus padres.

Odessa dirigió una sonrisa de triunfo a Cal, pero en sus ojos Lauren leyó una expresión que le resultaba bastante familiar. Se puso tensa.

— Espero que no regrese a España cuando termine el verano, porque vería con muy malos ojos que mi nieto se acostumbre a su presencia y que después lo defraude, que lo haga sufrir cuando tenga que partir.

Lauren se mordió el labio inferior y meneó la cabeza. La jocosidad era una de las características de su madre y a Cal, al parecer, le resultó divertido el comentario

— No iré a ninguna parte por un buen rato —aseguró con voz solemne, y la mirada clavada en Lauren.

Odessa arqueó las cejas. Su intención era seguir adelante con el interrogatorio, pero Drew la tomó de la mano y la interrumpió.

— Abuela, ven a ver los cachorros. Missy ya los tuvo. Tu también, abuelo.

El matrimonio Taylor accedió al pedido del nieto mientras Cal y Lauren se quedaban a solas, mirándose uno al otro.

Una sonrisa marcó simpáticas arrugas en torno de los ojos de él.

— Ahora sé por qué eres tan increíblemente bella. Tu madre es hermosa.

Lauren rió.

— Qué arte tienes para mentir, Cal. Sabes muy bien que ella y yo no nos parecemos en nada.

Él se puso serio de inmediato.

— La belleza nada tiene que ver con el aspecto físico. Es el alma de cada individuo la que genera la belleza, no el rostro. Un claro ejemplo que avala esta teoría es Jacqueline. Su naturaleza es tan perversa como hermosa su cara.

— Las madrastras perversas sólo existen en los cuentos de hadas, Cal.

— Bueno, pero ésta es de carne y hueso. Y si quieres defenderte de ella, la regla de oro es que jamás debes subestimarla como enemiga.

— Jacqueline Samuels no es mi enemiga —aclaró Lauren.

Cal soltó un suspiro de exasperación y apretó los labios.

— Ten cuidado, Lauren. —La miró con detenimiento.

Ella asimiló la advertencia. No quería creer que tenía motivos para temer a esa mujer, pero de todas maneras, las dudas habían quedado sembradas.

Entonces recordó el regalo de Cal. Introdujo la mano en el amplio bolsillo de su vestido y extrajo una pequeña bolsa de terciopelo.

— Feliz día del Padre, Cal.

El hombre tomó la bolsa y la sacudió para vaciar su contenido. El pesado anillo de sello que había obsequiado a Lauren cayó en el centro de la palma de su mano. Acababa de devolverle la sortija que él le regaló cuando se casaron. La tomó entre sus dedos y se la colocó en el meñique de su mano izquierda.

Cal atrapó los ojos de la joven con los suyos y comenzó a desvestirla con la mirada. recordó la vez en que le había puesto ese anillo.

La estrechó entre sus brazos y se meció con ella, hacia atrás y hacia adelante.

— Gracias, mi amor —murmuró en su cabellera.

Lauren sintió que sus senos se endurecían y se hinchaban contra la robustez de aquel pecho masculino. En ese refugio, evocó las ocasiones en las que había hecho el amor con él.

Cerró los ojos e inhaló su perfume exquisito, sintió el murmullo de su aliento sobre los planos y curvas del abdomen y los muslos. Recordó la humedad de su lengua mientras recorría la cara interna de sus piernas hasta llegar al sombrío valle que albergaba su feminidad. Revivió la experiencia de aquellos dedos fuertes sobre sus pechos, de los pulgares masajeando sus sensibles pezones y de aquella lengua que incursionaba en su boca una y otra vez, bebiendo el dulce néctar que ella le ofrecía.

Su esposo. Su paciente y sensual esposo.

Pero no era su esposo... Todavía no.

Lauren seguía sonriendo cuando abrió los ojos. Estaba apunto de convertirse en la señora de Cal Samuels por segunda vez en menos de cinco años. ¿Cuántas mujeres tenían loa dicha de casarse con el hombre que amaban no una vez, sino dos?

Capítulo 8

La cena del día del Padre transcurrió en un ambiente apacible y alegre. Como plato principal se sirvieron apetitosos filetes de cordero y pollos en mitades, asados en una parrilla a gas. Las guarniciones consistieron en fideos al huevo con salsa de mostaza, una ensalada de verduras y otra de langosta y corazones de alcaucil, condimentadas al limón.

El entusiasmo de Drew fue inagotable. Comió todo lo que sirvieron en el plato y como premio por su proeza, recibió los elogios de sus abuelos.

Lauren miraba a Cal por encima de su copa de vino como si lo hubiera compartido toda una vida en lugar de un total de diez días. Parecía muy a gusto con sus padres, y ellos otro tanto, considerando que trataban con un extraño que durante un breve lapso había estado casado con su hija.

Sonriendo, miró a su madre. Luego observó a Cal, que le devolvió la sonrisa. Habían decidido esperar a que la comida terminara para anunciar la boda.

— Mamá, papá: Cal y yo hemos decidido casarnos.

Odessa abrió la boca, después la cerró y luego volvió a abrirla.

— ¿Cuándo?

— El mes próximo —contestó Cal.

— ¿En qué fecha precisamente? —preguntó Odessa, llevándose la mano a la garganta.

— El último sábado de julio o el primero de agosto —respondió Lauren. De ese modo tendrían todo un mes para conocerse mejor antes de ir a vivir juntos.

Odessa se cruzó los brazos.

— No me dan mucho tiempo. Tengo que mandar las invitaciones, despachar por correo los anuncios para los periódicos, encargarme de las flores, la comida y la iglesia.

— ¡No, mamá!

Los ojos de Odessa se llenaron de lágrimas repentinamente.

— Dame el gusto, Lauren. Por favor, mi nena. Sólo por esta vez. No pude ver tu primera boda. Me privaste del placer de ver el casamiento de mi única hija —se lamentó con el mentón tembloroso.

Roy abrazó a su esposa y le besó la frente. Le murmuró al oído palabras de consuelo, pues ella no dejaba de sollozar dramáticamente contra su hombro.

Lauren se sintió atacada. Era incapaz de mantener tantas emociones contradictorias. No podía olvidar la advertencia de Cal respecto de Jacqueline, ni ignorar

las lágrimas que Odessa empleaba como recurso para salirse con la suya, ni los ojos de su padre, que la miraba como si fuera una enemiga por perturbar a la madre.

Acudió entonces a Cal, que tenía los ojos fijos en ella y el ceño fruncido. Cuando asintió, ella supo lo que debía hacer.

— De acuerdo, mamá. Pero que sea algo muy sencillo y muy íntimo.

Odessa dejó de llorar al instante. Dándose vuelta, sonrió a Lauren y a Cal.

— Sencillo e íntimo —repitió, obediente.

Con un profundo suspiro, la muchacha retribuyó la sonrisa.

— Mañana hablaremos.

Drew ayudó a los hombres a levantar la mesa mientras las mujeres preparaban el café y cortaban un pastel de frutillas recién horneado.

Odessa advirtió la expresión impasible de su hija.

— Esta vez dará resultado, querida —murmuró con dulzura. Se volvió y encaminó hacia el patio, transportando una jarra humeante de café.

Lauren cerró los ojos y se aferró con fuerza del borde de la mesada. Se sentía hipócrita. Estaba dispuesta a pronunciar votos matrimoniales sabiendo que cada palabra que dijera sería falsa. Falsa y vacía.

Para amarlo y respetarlo, tanto en la salud como en la enfermedad.

Pero amaba a Cal Samuels. Abrió los ojos y se quedó mirándolo mientras cargaba el lavavajillas con Roy.

Lauren siempre había sido honesta consigo misma y sabía que sus sentimientos hacia Cal se estaban modificando, intensificando. Estaba ansiosa por verlo, por escuchar su voz, por que la tocara.

Él se volvió y sorprendió su mirada. Fijó sus ojos avellanas en los de ella y la atrapó. ¿Sería capaz de descubrir que detrás de esa máscara de perfecto control se ocultaba una profunda aprensión?¿Se pondría de manifiesto su esperanza de que se casara con ella por la misma razón por la que se había casado la primera vez, en Cayo Verde?¿Se daría cuenta de que ella anhelaba que la unión no tuviera que terminar irremediablemente al cabo de un año de convivencia?

Cal murmuró una disculpa ante Roy y fue a la cocina. Ignoraba los motivos y las circunstancias, pero sabía que algo inquietaba a Lauren. Tuvo la sensación de que su espíritu reclamaba auxilio.

Le tomó las manos y se las apretó con firmeza cuando las sintió temblar.

— ¿Te encuentras bien?

Lauren asintió, pero no lo miró. Trató sin éxito de retirar las manos.

— Estoy bien —contestó en voz baja.

Cal bajó la cabeza.

— No lo parece.

Lauren sintió que la aprensión la abandonaba. ¿Cal podría sentir lo mismo que ella?¿Sabría que lo deseaba, con el apetito que inspira un hombre en una mujer?¿Del modo en que una esposa desea a su marido?

— Sólo estoy un poco cansada —admitió. Y no mentía. Durante los dos últimos dos meses se había impuesto una vida demasiado exigente. Decorar la casa, cuidar de Drew y seguir adelante con sus investigaciones la habían agotado.

Cal la abrazó con gesto protector y le besó la frente.

— Creo que tendríamos que pensar en nuestra luna de miel.

— ¡Luna de miel! —gritó Lauren.

Él le dirigió una sonrisa cálida.

— Luna de miel, sí.

Odessa regresó del patio. Vio que Cal tomaba la cara de Lauren entre sus manos y le besaba los labios con ternura.

— Ya está todo dispuesto —declaró con tono firme —. Nos tomaremos una semana de descanso.

Lauren le tomó las muñecas.

— Pero no puedo darme el lujo de tomarme una semana de licencia. Tengo que completar un proyecto para Andrew. ¿Y quién cuidará de Drew? Además, están Missy y los cachorros.

A Drew lo puede cuidar tu madre. Y cuando la mía venga para la boda puede extender su estada unos días para hacerse cargo de los perros si no quieres dejarlos en una guardería canina.

Lauren lo miró recelosa, sin darse cuenta de que sus padres eran testigos de la conversación. Meneó la cabeza.

— No, Cal.

Él la asía con tanta firmeza que no podía moverse.

— Sí, Lauren. —Su mirada se ensombreció y se tornó más fría. —Te necesito sana y fuerte para el próximo año. Te perdí una vez. Juro que no volverá a sucederme —dijo, con tanta serenidad que sólo ella detectó la promesa oculta.

Experimentó un escalofrío.

— Quítame las manos de encima —le ordenó, imitando su calma.

Cal la soltó, pero antes la besó por segunda vez en el día, dejándole en la boca un fuego que se expandió por todo su cuerpo.

Odessa y Roy intercambiaron miradas de complicidad y regresaron al patio. La mujer se llevó también al nieto, pues había muchas cosas que sus padres debían aclarar y lo mejor era dejarlos solos.

Lauren se pasó el dorso de la mano por la boca, como si hubiera deseado borrar el sabor del beso en sus labios.

A Cal el gesto le causó gracia. Se acercó para volver a besarla y Lauren se escabulló por debajo de su brazo.

— ¡Basta, Cal! — Hasta a ella le pareció inconsistente la protesta.

Cal la tomó de un brazo y la obligó a girar para que lo mirase.

— Deja de huir de mí.

— No estoy huyendo de ti.

La atrajo hacia su pecho y frunció el entrecejo al verla cerrar los ojos.

— ¿Me tienes miedo, Lauren?

La joven abrió los ojos, rezando para que Cal no advirtiera su temblor. No tenía miedo de Cal sino de sí misma, de lo que sentía cada vez que él la miraba o la tocaba.

Alzó el mentón y logró esbozar una sonrisa trémula.

— No, Cal. No te tengo miedo. —No en esos momentos, porque sus padres estaban a menos de quince metros de distancia.

Lo que Cal ignoraba era que la joven tenía miedo de sí misma, de lo que sentía cada vez que él la tocaba, de gritar a los cuatro vientos que lo amaba, de que él rechazara ese amor del mismo modo que ella había rechazado el suyo años atrás.

Cal sonrió y la soltó.

— Si lo que dices es cierto, me gustaría que mañana por la noche dejes a Drew al cuidado de tus padres.

— ¿Por qué? — El pedido hizo tambalear la confianza que la muchacha acababa de ganar.

— Porque no hemos compartido momentos... a solas.

Con gran nerviosismo, Lauren se mordió el labio inferior.

— No es necesario que estemos a solas.

Cal fue implacable en su determinación.

— Me temo que disiento contigo, Lauren. Hay muchas cosas que debemos discutir antes de volver a casarnos.

Lauren sabía que tenía razón. Había muchos temas que discutir y muchas preguntas que contestar.

— Esta bien, Cal. Preguntaré a mi madre si puede cuidar a Drew.

El hombre se quedó en la cocina mientras ella se dirigía al patio. Necesitaba quedarse solo unos minutos para recuperar el dominio de sus emociones.

Cuanto más la veía, más quería verla. No se conformaba con un simple beso; quería besarla una y otra vez... por todo el cuerpo.

"Ten cuidado", le advirtió una voz interior. Sería desastroso si entregaba ciegamente a esa bella criatura, a la que por cierto no dejaría escapar al término de un año de convivencia. Se casaba con él por Drew, no porque estuviera enamorada. No podía pasar por alto un hecho de tal magnitud.

Volvió al patio con los Taylor y devoró el pastel de frutillas que Lauren había preparado a primera hora de la mañana.

Por primera vez, Odessa no supo que decir cuando Lauren le pidió si podía cuidar a Drew el lunes por la noche. Aceptó de inmediato y se sentó el niño en la falda, para hacer planes sobre como pasarían sus horas juntos.

Roy abrazó a su hija y le besó la frente.

— Gracias por la orden de compra y por el cordero, mi nena.

Lauren rodeó con los brazos la engrosada cintura de su padre.

— De nada, papá. —Le palmeó el abdomen. —Estás engordando —comentó, pensando en su trabajo de administrador —. Se nota que te pasas el día sentado a un escritorio.

— Mañana tendré que caminar cinco kilómetros sólo para quemar las calorías que había en esas dos abundantes porciones de pastel.

Lauren se paró en puntas de pie y le besó la mejilla.

— Pídele a mamá que te acompañe.

Los ojos oscuros de Roy recorrieron la figura de su esposa. Odessa, que era bibliotecaria retirada, conservaba la misma silueta que cuando se había casado con él, treinta años atrás.

— El cuerpo de Dessa no tiene nada de malo. Es perfecto.

Lauren se quedó sorprendida por el evidente deseo que su padre aún sentía por Odessa. Una experiencia que ella no viviría con Cal cuando alcanzara esa edad.

— Es un excelente ejercicio cardiovascular, papá.

— Dessa tiene un corazón de hierro —comentó.

Lauren, Cal y Drew acompañaron a los Taylor hasta el auto y se quedaron mirándolos hasta que se perdieron de vista.

— ¡Drew!¡Drew!¿Puedo ver los cachorros? —preguntó una aguda voz infantil desde la casa vecina.

Drew tomó la mano de Lauren.

— Mamá, ¿puedo mostrar los cachorros a Tommy?

Ella sonrió al ver el entusiasmo que brillaba en los ojos castaños de su hijo.

— Sí, pero quédense en el garaje y recuerda que Tommy no debe acercarse mucho a Missy.

— Gracias, mami. Hasta luego, papi... —Drew ya había salido corriendo por el costado de la casa.

Lauren se quedó de pie junto a Cal, admirando la belleza del frondoso césped que tapizaba la pendiente del camino. Los rayos de sol se filtraban entre las copas de los árboles, que dibujaban largas sombras sobre cada superficie iluminada. En un par de horas, el ocaso descendería apaciblemente sobre North Grafton.

Cal entrelazó los dedos con los de Lauren y se dirigieron al porche. La invitó a sentarse en la mecedora de mimbre, se ubicó junto a ella y le rodeó los hombros con el brazo.

Lauren se abandonó a la calidez de su pecho y a esa fragancia tan masculina. Cerró los ojos cuando él le besó la frente, rozándola apenas con los labios.

Rió suavemente.

— Ten cuidado, amor. Comenzamos a actuar como un matrimonio de años, hamacándose en el porche de la casa después de cenar.

— Tú ya estás bastante entrado en años, Cal —lo bromeó ella, abriendo los ojos—. Tienes el pelo blanco.

Apenas le apretó el cuello con los dedos.

— Plateado —la corrigió.

— Te envejece.

Cal sonrió.

— ¿Cuánto?

— Más de lo necesario.

— ¿De lo necesario para qué? —preguntó, con la boca perdida entre sus cabellos. Al no recibir respuesta, deslizo los dedos por debajo de su mentón y le levantó la cara para que lo mirase. —¿Más de lo necesario para qué, querida?

Lauren se estremeció bajo su penetrante mirada. Ansiaba que su matrimonio fuera normal. Pero no lo sería.

— Para nada —contestó por fin.

Cal volvió a apoyar la mejilla de Lauren contra su pecho y siguió contemplando el juego de sombras que veteaba el cielo. Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios. Por cierto no estaba tan viejo como para no poder hacer el amor con una mujer, y mucho menos si esa mujer era Lauren.

Abrazarla, respirar su dulce fragancia femenina y saborear sus labios de terciopelo eran el mejor afrodisíaco.

A los veintisiete años, Lauren Taylor era toda una mujer. Cal trató de recordar si era tan fascinante a los veintidós. ¿En qué había podido apreciar la esencia de su feminidad porque su existencia hasta ese momento había sido demasiado monótona?

Cal B. Samuels II siempre había sabido asumir sus errores. Uno de ellos fue permitir que Lauren lo abandonara cinco años atrás. No volvería a suceder. Se casaría con ella otra vez, pero no la dejaría escapar tan fácilmente.

Lauren se quitó las sandalias y flexionó las piernas debajo del cuerpo, disfrutando del suave movimiento pendular de la hamaca. Después del refugio del ático, el porche era su lugar favorito en aquella casa de campo ventilada y espaciosa. Sus generosas proporciones permitían instalar allí el blanco sofá de mimbre resistente a todo tipo de climas, la reposera, el carro para el té y la mecedora. Las fucsias de brillantes flores, que colgaban en sus macetas de arcilla y dos grandes maceteros desbordantes de coloridas alegrías del hogar se confundían con el celeste pastel de los almohadones, también con diminutos diseños florales, en blanco y rosado.

La hacía feliz compartir la mecedora con Cal y hamacarse en silencio, gozando de una serena tarde de domingo, de una brisa suave y de la paz que él le ofrecía.

Había soñado con esa imagen desde su infancia: marido, mujer e hijo compartiendo su amor y disfrutando su hogar.

“Pon los pies en la tierra, Lauren”, se dijo. Tenía la casa y el hijo. Pronto se procuraría el marido que no era más que un extraño, un hombre con quien se había acostado. Un hombre capaz de encender en ella pasiones increíbles. Un hombre con quien volvería a casarse para perderlo al cabo de un año.

Quería saber tantas cosas sobre él. Había tantas preguntas que exigían una respuesta.

— Cal.

— ¿Sí?

— Tu madre...

— ¿Qué hay con ella? —le preguntó, medio dormido.

— ¿Por qué espero tanto tiempo para casarse con tu padre? —Cal rió y su actitud la sorprendió. —¿Qué te resulta tan cómico?

— Mis padres. Eran la pareja más despareja que existió en la historia. Mi madre era una bailarina brillante y temperamental y él, un abogado estricto y dominante, que se especializaba en transacciones comerciales relacionadas con el mundo de la farándula. A pesar de polos opuestos, no soportaban estar separados uno del otro. Había tanta pasión entre ellos que resultaba insoportable compartir el mismo techo. Sólo cuando fui más grande comprendí que hay gente que ama en exceso. Mi padre me quería, claro, pero a mi madre la adoraba. Ese amor la asfixió y por eso reñían. Peleaban sin pronunciar ni una sola palabra; se limitaban a dirigirse miradas como puñaladas. Ésos eran los momentos en que yo tenía ganas de salir corriendo. Me refugiaba en la lectura y cuando cumplí diecinueve años descubrí mi vocación de escritor. Publiqué mi primer libro a los veintiuno y cada vez que iniciaba una obra nueva, sentía que me estaba escondiendo una vez más.

Lauren miró su expresión estoica.

— Ha pasado mucho tiempo entre libro y libro, C. B.

Cal le besó la nariz.

— Este será diferente, Lauren.

— ¿Por qué?

Cal no tuvo tiempo de responderle. El rugido del motor de un auto quebró el silencio de la tarde. Lauren se incorporó al sentir que Cal se ponía tenso. Andrew bajó del auto y comenzó a acercarse a la casa antes de que Lauren saliera del círculo del abrazo.

Andrew subió la escalinata que conducía a la casa silbando una melodía, o mejor dicho, desentonándola. Luego esbozó una sonrisa radiante, sin advertir la mirada ceñuda que Cal le dirigió al agente.

Andrew le tendió la diestra.

— Hola.

El joven se puso de pie lentamente y estrechó su mano. Detestaba a Andrew. Detestaba que se hubiera presentado sin avisar. Pero por sobre todas las cosas, detestaba su relación tan estrecha con Lauren.

— Buenas noches, Monroe —lo saludó Cal, con tono ceremonioso. No podía llamarlo Andrew. Ese nombre sonaba muy parecido al de su hijo y eso le recordaba que Andrew Monroe no sólo había solidificado su influencia en la vida de Lauren sino también en la de Drew.

Cuando Lauren soltó su mano, se tomó del brazo de Andrew y le sonrió con un gesto que reflejaba el profundo afecto que sentía por ese hombre que no sólo era su agente sino su amigo.

Él se acercó y le rozó la mejilla con un beso.

— Lamento no haber llamado, pero...

— No llamaste porque odias los teléfonos —lo bromeó Lauren, mientras apoyaba la mano sobre su pecho —. Siéntate, por favor. —Le indicó el sofá.

Ella se sentó en la hamaca pero Cal no la acompañó. Con la mano derecha le rodeó firmemente el cuello, tanto que Lauren se estremeció a pesar del calor que le brindaba el contacto con su piel. Alzó la mirada, le sonrió y le acarició la mano.

— Iré a ver que hace Drew —dijo Cal, interponiendo una excusa táctica para retirarse.

Lauren asintió con la cabeza pero tuvo la sensación de que se quedaba desnuda cuando él le quitó la mano del cuello. Con mirada sombría siguió a Cal hasta perderlo de vista.

— ¿Regresó para quedarse?

La muchacha miró a su agente y, por primera vez desde que lo conocía, advirtió una expresión amarga en su rostro. Sus ojos verdes parecían fríos y duros, como esmeraldas en bruto.

Aquello la irritó. Su impresión en el restaurante, cuando presentó a Cal y a Andrew, no había sido producto de su imaginación. Había cierto escozor entre ellos.

— ¿Cómo se supone que debo tomar esto, Andrew?

Andrew cruzó un tobillo sobre la rodilla y recorrió la raya de sus pantalones tostados con el índice y el pulgar. Levantó la cabeza lentamente y le clavó una mirada de profundo encono.

— Seré muy duro, Lauren.

— Adelante —replicó ella, desafiante.

— Este hombre va a lastimarte.

Lauren le sonrió con tristeza.

— No puede hacerlo.

— ¿Por qué no?

Respiró hondo y luego soltó el aire con un suave estremecimiento.

— Porque no lo amo —mintió. Nunca lo he amado —agregó.

Andrew juntó las yemas de los dedos y se los llevó a la boca.

— No te creo, Lauren. Te casaste con ese hombre, has tenido un hijo suyo ¿y pretendes hacerme creer que no sientes nada por él?

Lauren alzó el mentón con gesto airado.

— Dudo que hayas venido hasta aquí para hablar de Cal Samuels. ¿Me equivoco?

Andrew se quedó un rato estudiándola. Parecía la misma, pero tan diferente a la vez.

Aquella sonrisa tan familiar había renacido en el rostro de Andrew.

— Tienes razón. No vine para eso. Terminó el derecho de opción para la producción cinematográfica del libro de Lloyd Caldwell sobre las ligas de béisbol negras. El comienzo de la filmación está programado para dentro de dos semanas, en Vancouver. Caldwell quiere que seas la consejera técnica de la película. Todo el proyecto llevaría unos seis meses. Dos o tres para hacer las tomas y otros dos para resolver la producción y el montaje.

La noticia la impacto sobremanera, aunque el entusiasmo por trabajar en un proyecto cinematográfico palideció al recordar el nuevo curso que había tomado su vida, un cambio basado en la decisión de volver a casarse con Cal Samuels.

— No puedo aceptarlo. —Su negativa fue serena y definitiva.

Andrew apretó los dientes.

— ¿Por qué no?

— Porque voy a inscribir a Drew en el preescolar.

— Búscale una maestra particular —insistió Andrew.

Lauren lo miró sin expresión.

— Drew necesita compartir juegos con otros chicos de su edad, no con una maestra.

El agente apoyó ambos codos sobre las rodillas y se inclinó hacia adelante.

— Drew no es el motivo, ¿verdad? —Empleó un tono suave y convincente.

Lauren arqueó una ceja y sonrió. Muy pocos detalles escapaban a la mente sagaz de Andrew Monroe.

— Voy a casarme.

Entonces fue Andrew quién arqueó no una ceja, sino ambas.

— Lo hago por Drew.

— ¿Y qué pretende Lauren Taylor de este matrimonio con el padre de su hijo?

— Nada, Andrew. Nada.

— Mereces más que nada, Lauren. Te mereces amor, confianza y fidelidad. Y a juzgar por lo que he leído sobre C.B. Samuels, no puedes esperar que... —Sus palabras se desvanecieron al ver la expresión de la muchacha. Acababa de transgredir los límites de la mistad que los unía.

Andrew tenía razón y Lauren lo sabía. Ambos lo sabían. Ella no merecía que la hiriesen por segunda vez. Pero si actuaba con cuidado no habría heridas ni dolor. Podría asegurarse una victoria exitosa siempre y cuando no entregara su corazón a Cal.

— Lamento lo de la película, Andrew.

Andrew se reclinó contra el respaldo del sofá y se encogió de hombros.

— No hay cuidado, aunque tenía la esperanza de que consideraras la posibilidad de trabajar en cine.

— Tal vez en el futuro, cuando Drew sea más grande.

Andrew parecía perdido en sus pensamientos. Volvió a unir las yemas de los dedos.

— Eres la mejor investigadora que he representado jamás.

— Porque soy la única que tuviste —lo bromeó ella.

La risa de Andrew se ahogó en una inesperada melancolía.

— Tienes razón. ¿Y cuándo será el gran día?

— Fines de julio o principios de agosto.

— ¿No estás precipitándote un poco?

Lauren meneó la cabeza. Debía casarse con Cal antes del veinte de agosto, o de lo contrario, la herencia de Drew pasaría a manos de Jacqueline Samuels.

— ¿Estoy invitado?

Lauren se pasó al sofá y rodeó la cintura de Andrew con el brazo.

— Por supuesto que sí.

Andrew le apoyó la mejilla sobre el hombro y le besó el pelo.

— Me has roto el corazón, Lauren Taylor.

Ella se echó hacia atrás, para observar su semblante decaído.

— Si no te conociera tan bien, Andrew Monroe, te creería.

— Eres una persona muy especial para mí, Lauren. Muy especial.

Lauren se puso seria y advirtió que sus ojos verdes se oscurecían con una emoción que no pudo determinar. Ambos se complementaban a la perfección: él representaba a autores fuera del ámbito novelístico y las investigaciones que ella llevaba a cabo añadían autenticidad a una labor en equipo.

— Y tú lo eres para mí —respondió—. ¿Te gustaría conocer a los nuevos miembros del zoológico Taylor?— Lauren confió en que podía levantar el ánimo charlando de los cachorros de Missy.

Andrew se puso de pie y la ayudó para que ella también se levantara.

— Bien. Visto y considerando que no puedo convencerte para que te cases conmigo y seas la madre de mis hijos, supongo que tendré que conformarme con ser el padrino de los tuyos y proveer un hogar para la cría de tus mascotas.

La joven miró a su amigo.

— Jamás me has propuesto matrimonio.

Entraron en la casa.

— Iba a hacerlo.

— Mentiroso —le dijo, por encima del hombro.

— No te miento —protestó él, cautivado con la tersura de sus hombros desnudos.

— Jamás me casaría con mi jefe.

Ya estaban en la cocina.

— Tienes razón, porque nunca te despediría.

Lauren se volvió y le dirigió una mirada penetrante.

— Deséame suerte, Andrew. Necesito que estés contento por mí.

Andrew se le acercó.

— Siempre me alegraré por ti. Te mereces lo mejor de la vida.

Ella lo abrazó y apoyó la mejilla sobre su pecho.

— Gracias, Andrew. Gracias.

Cal estaba en la puerta que conducía al garaje, observando el íntimo intercambio entre su futura esposa y Andrew Monroe. Logró contener la ira que amenazaba con estallar en cualquier momento. Ira y celos. Pretendía de Lauren lo que ella ofrecía con tanta espontaneidad a su amigo y en ese momento la deseaba más que nunca. No se conformaría con volver a darle su apellido; quería brindarle todo lo que puede ofrecerse a una mujer: protección, amor y pasión.

“Es mía”, pensó. Lauren era su mujer y no la compartiría... Ni con Andrew Monroe ni con ningún otro hombre.

Cuando la muchacha abandonó los brazos de Andrew, se percató de que Cal la contemplaba. Había tanto silencio en la cocina que creyó que estaban a solas.

Era una actitud de Cal que estaba empezando a conocer. Solía entrar tan sigilosamente que cuando ella levantaba la vista lo encontraba mirándola y entonces se sobresaltaba.

Y sin embargo, su presencia podía caracterizarse por cualquier cosa, menos por pasar inadvertida. Su virilidad y brillantez se evidenciaban a cada paso.

— Andrew va a ver a los cachorros —explicó.

Cal asintió con la cabeza y se hizo a un lado. Esperó hasta que Andrew desapareció en el garaje con Drew y Tommy y luego se acercó a Lauren.

— No voy a soportar que otro hombre le haga arrumacos a mi esposa. —Su voz fue tan suave como el aleteo de una mariposa, pero su mirada parecía lanzar llamas.

Lauren sentía que el control de sus emociones se le escapaba de las manos.

— No soy tu esposa.

— Lo fuiste y lo serás.

— Entonces no me acuses de nada hasta que no lo sea.

Cal la tomó de los brazos y comenzó a trazar sensuales círculos con los pulgares sobre su piel desnuda.

— ¿Te gusta que él te toque?

— Basta, Cal.

La atrajo contra su cuerpo.

— ¿Te gustan sus besos?

Lauren no pudo responder pues la boca de Cal descendió sobre la suya. Sus dedos parecían esposas de acero, mientras que sus labios acariciaban los de ella con la dulzura de la miel. Lauren cerraba y abría los puños sobre su pecho, hasta que separó los dedos para trepar hasta los anchos hombros.

Cal intentaba abrirle los labios con la lengua, buscando la entrada a la húmeda calidez de aquella boca. Con un gemido, Lauren accedió al silencioso pedido.

El hombre saboreó sus labios, la lengua, el borde de los dientes y la rugosa superficie del paladar. Sus ronroneos lo hicieron temblar de placer.

Sus sentidos se habían alterado completamente por la firmeza de los senos femeninos contra su pecho, el calor de su cuerpo, la sedosa tersura de su piel y la fragancia floral característica de su cabello y su cuerpo.

Mientras la abrazaba y la saboreaba, se dio cuenta de por qué le había hecho el amor y se había casado con ella. Dada su inocencia, su inexperiencia, Lauren no supo guardarse nada. Fue pasión pura, como una llama que arde y se consume sin control.

Casi con desesperación bajó sus manos por la espalda de ella hasta llegar a las caderas.

Apretó las caderas de Lauren contra su pelvis. Las prendas de ambos ni fueron obstáculos para que ella percibiera su excitación.

Lauren sentía que se ahogaba. Pero no quería que la rescataran. Los sentimientos que había tratado de reprimir emergían con violencia, envolviéndola en un ávido fuego.

— Cal —gimió, llevando la cabeza hacia atrás para exponer el cabello a sus caricias—. Ahh... Cal.

Él reconoció su deseo y hundió la cara en su cuello. Se asfixiaba. Cerró los ojos, tratando de dominarse.

Su ritmo cardíaco poco a poco fue normalizándose. Se apartó ligeramente de Lauren y lo que leyó en sus ojos de azabache lo dejó perplejo. Lauren no le temía; lo deseaba. Una sonrisa iluminó sus labios.

Al verlo sonreír ufano, ella encuadró los hombros y levantó el mentón con gesto desafiante.

— Te sugiero que en adelante aprendas a dominar mejor tus reacciones, Cal Samuels.

— No tengo tanta fuerza de voluntad, querida —respondió él, sin abandonar aquella sonrisa radiante.

La soltó y ella le volvió la espalda. Los reproches no eran para Cal sino para sí misma. Debía haberse resistido. Pero cuando de él se trataba, siempre llevaba las de perder. Por lo visto, su feminidad sólo se canalizaba a través de ese hombre.

Cal avanzó y le besó la nuca.

— Hasta mañana —se despidió con ternura.

Esa vez abandonó la casa de Lauren con una amplia sonrisa. Todo volvía la normalidad: estaba a un paso de convertir a Lauren en su mujer... para siempre.

Capítulo 9

Lauren ignoraba la razón, pero echaba de menos el desayuno compartido con Cal. La había llamado para avisarle que tenía una reunión a primera hora con John Evans con el objeto de elaborar su testamento. Cuando colgó el teléfono, se sintió desolada. Todo estaba por empezar... su vida cambiaría para siempre.

Después de atender a Drew, se sentó, calendario en mano para determinar las posibles fechas de la boda.

Calculó la cantidad de invitaciones de acuerdo a sus invitados, duplicando la cifra por si Cal también tenía parientes y amigos que invitar.

Hizo una nota para acordarse de llamar a Gwen, a fin de ir a elegir juntas los vestidos. Al pensar en su prima sintió curiosidad por saber cuántos datos habría recabado sobre Jacqueline Samuels. A pesar de las advertencias de Cal, no podía creer que su madrastra fuera capaz de sabotear la boda.

Odesaa llegó justo a tiempo para almorzar con su hija y su nieto. Saludó al pequeño con grandes aspavientos y le contó al oído los planes que tenía para ellos en la tarde que pasarían juntos.

— ¿Fijaste la fecha? —preguntaba a Lauren, mientras se sentaba en el banco junto a Drew.

Lauren se sentó y le pasó un recipiente con ensalada de langostinos.

— El primer sábado de agosto. Así tendremos una semana más.

Odessa asintió.

— ¿Llamaste al reverendo Lewis?

Lauren hizo una pausa y meneó la cabeza.

— No habrá ceremonia religiosa. —Advirtió que el tono rozagante desertaba el rostro de su madre. Las pecas que la salpicaban la nariz y las mejillas contrarrestaron penosamente con su repentina palidez.

— ¿Por qué no, Lauren?

La muchacha se mordió el labio inferior y tomó aire.

— No puedo ser tan hipócrita mamá. No puedo casarme por iglesia, sabiendo que no lo hago por las razones correctas.

Odessa asimiló el golpe y bebió un sorbo de limonada.

— ¿Qué piensas hacer? —Su voz fue apenas un murmullo.

— Pedir a tío Odell que nos case en tu casa.

— ¿Es lo que realmente quieres?

— Sí, mamá. Es lo que quiero.

— ¿Y Cal?¿Piensas que estará de acuerdo con tu propuesta?

Lauren sonrió a su madre.

— No creo que ponga objeciones.

Cal no sólo objetó su decisión de casarse por iglesia sino que defendió con efusividad su postura. Caminaba de un extremo al otro del porche, con los puños apretados en los bolsillos de sus pantalones.

— Eres egoísta, Lauren. —Hizo una pausa para dirigirle una mirada feroz. —Me he quedado corto. Egoísta y caprichosa. ¿Cómo puedes criar a un hijo si tú sigues siendo una niña? —continuó, sin darle oportunidad de defenderse—. ¿Por qué te resulta tan difícil comprometerte?

Lauren sonrió y su actitud lo puso más furioso todavía. Le había dicho que sólo quería una ceremonia civil en casa de su madre y que los casara el hermano de su madre, juez de la Suprema Corte.

— ¿Terminaste, Cal? —le preguntó con sarcasmo.

Cal apenas asintió. Su cólera era de tal magnitud que hubiera sacudido a Lauren hasta que no le quedaran ganas de pelear con él. La joven se negaba a entregarse a él tanto como Cal a sus propios sentimientos hacia ella.

Nunca había imaginado que la muchacha se le iba a meter en la sangre como una erupción invisible, haciendo añicos la coraza con la que había pretendido defenderse de ella. Lo había herido una vez. No podía permitir que sucediera otra vez.

Lauren se levantó de la mecedora y se puso de pie frente a él, luchando por sobreponerse a la tensión y a su frustración.

— No me hables de compromiso, Cal. —Su voz sonó serena y baja, a pesar de la ira que se incrementaba momento a momento. —Durante la última semana, he comprometido mi vida y mi propia existencia. Si tu abuelo hubiera muerto ocho días después, no estaríamos discutiendo esto.

Él entrecerró los ojos.

— ¿A qué te refieres?

— Ayer Andrew vino a ofrecerme la oportunidad de trabajar como asesora técnica en una película sobre las ligas de béisbol de los negros. He pasado más de seis meses investigando diversos hechos para Lloyd Caldwell, poniéndome en el lugar de esos hombres talentosos, para poder sentir lo mismo que ellos cuando salen del campo de juego

y deben enfrentarse a la realidad de la vida en esos pueblos y ciudades siniestros de nuestro país. He vivido y respirado a través de esos jugadores, dentro y fuera del diamante de béisbol, consciente de que muchos de ellos, rezan todas las noches, para que Dios les permita llegar a las ligas mayores a pesar del color de su piel. Me habría gustado más que ninguna otra cosa en el mundo poder revivir todas esas experiencias en la pantalla gigante. Lo deseaba, Cal. Tal vez tanto como quise tener a mi hijo. —Le volvió la espalda y cerró los ojos. No había sido su intención revelar a Cal la propuesta laboral de su agente, pero ya era demasiado tarde. No podía retractarse.

“Tuve que rechazarlo, Cal, porque el próximo año de mi vida no me pertenece. Está en tus manos y en las de Drew. Entonces, ¿de qué egoísmo me hablas?

Cal se le acercó y apoyó ambas manos sobre sus hombros. En sus ojos leyó un profundo dolor y su angustia personal fue casi idéntica a la de ella.

Ninguno de los dos resultaría ileso de ese matrimonio por conveniencia. Ella estaba dispuesta a resignar su libertad y él, a ofrecerle una vida de esfuerzos para corregir los errores, sin sospechar que, en realidad, lo que pretendía era su amor. Un sentimiento que no podía comprarse ni trocarse por nada.

— Mi querida. —Su voz fue suave y dulce.

Lauren abandonó sus brazos y retrocedió un paso. No podía soportar que la tocara, al menos en ese momento, en el que se despreciaba por amar tanto a un hombre así.

¿Por qué no podía olvidar aquella semana en Cayo Verde?¿Por qué su mente era incapaz de borrar la sensación de sus manos, el sabor de su boca, el modo en que su propio cuerpo había respondido al de Cal?¿Cómo podía ser que él, un perfecto extraño, la conociera mejor que ella misma?

Con orgullosa dignidad caminó por el porche rumbo a la parte posterior de la casa. Habría preferido salir corriendo. ¿Pero hacia dónde?¿En qué sitio podía esconderse de Cal? Aunque atravesara el océano seguiría atormentándola, tal como lo había hecho durante todos esos años.

Se dejó caer pesadamente sobre una hamaca de coloridos diseños, ubicada entre dos robustos maples. Dejó una pierna colgando fuera del columpio y comenzó a mecerse suavemente, como hipnotizada y con la mirada perdida.

Cerró los ojos, preguntándose por qué la vida podía cambiar tan abruptamente. cada vez que Cal Samuels se cruzaba en su camino, su mundo parecía volverse patas arriba y ni siquiera ella podía controlarlo.

Subió la pierna a la hamaca y se dispuso a escuchar los ruidos que la rodeaban. Los pocos momentos de soledad que había logrado capturar en el pasado cada vez que

descansaba en esa hamaca se transformarían en un simple recuerdo. Cal, que había sido parte integrante de ese pasado, era ahora su presente y su futuro.

El peso de un sólido cuerpo masculino la sobresaltó. Abrió los ojos de inmediato.

— ¿Qué estas haciendo? —exclamó.

Inesperadamente y sin hacer ruido, Cal se había acostado con ella en la hamaca. en lo sucesivo quedaban dos alternativas: o él tendría que ser menos sigiloso al acercarse, o ella moriría sin duda por un paro cardíaco del susto.

Como la hamaca era demasiado angosta y no cabían uno junto al otro, Cal se acostó sobre ella. Los senos de la muchacha se achataron contra los fibrosos músculos de su pecho, y las piernas, cobijadas entre las de él.

El corazón le latía a un ritmo vertiginoso mientras trataba de escapar del brazo de acero que le sujetaba la cintura.

— Déjame, Cal.

El hombre bajó el mentón y hundió el rostro en la renegrida cabellera de Lauren.

— No puedo. —La abrazó con más fuerza todavía. —Te dejé hace mucho tiempo. Pero ahora no. Nunca más.

La joven buscó otra táctica de defensa.

— Se caerá la hamaca. No está preparada para resistir tanto peso.

Cal sonrió y cerró los ojos. No quería moverse. La proximidad de Lauren le producía una sensación sumamente placentera.

— No estamos excedidos de peso, Lauren. Puede resistir por lo menos unos ciento cincuenta kilos —agregó, confiado.

Ella hundió el rostro en la garganta de él. De ninguna manera podía ignorar la rigidez que se presionaba íntimamente contra sus muslos desnudos, donde los shorts no alcanzaban a protegerla.

— Por favor, Cal. —Su voz sonó como un murmullo apenas.

Cal la tomó de las caderas, haciéndola cautiva de su creciente deseo.

— ¿Por favor qué, mi amor? —preguntó—. ¿Por favor no me dejes?¿O por favor hazme el amor?

— Por favor —repitió ella.

— No soy un extraño, Lauren —continuó Cal, murmurándole palabras húmedas al oído—. No he venido a perturbar la paz de tu hogar ni hacer daño a nuestro hijo. He venido para convertirme en tu esposo y amante. —Sintió que se ponía tensa. —Quiero ser tu amante —confirmó, con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas.

— Tu pretendes practicar el sexo libre, Cal —dijo ella contra su pecho.

Fue él quien se puso tenso.

— No necesito practicar “el sexo libre”, como tu lo llamas. Sexo no es sinónimo de deseo.

— Para mí, sí. —replicó Lauren.

— Tengo que enseñarte la diferencia —comentó él, entre risas.

— Yo no quiero aprender.

— Sé que serás una alumna brillante, mi amor.

La joven trató de escapar del cautiverio de sus brazos pero sus esfuerzos fueron en vano. Cal era demasiado fuerte para ella.

— Basta de forcejear, mi amor, o de lo contrario nos caeremos.

— Basta de llamarme así.

— ¿Así como?¿Mi amor? Si lo eres —ronroneó.

Lauren permaneció in móvil y cuando él dejó de hacer fuerza, aprovechó para levantarse de la hamaca. Cal extendió el brazo, la tomó de la camisa y ambos fueron a dar contra el suelo con un golpe seco.

Sin embargo, él la protegió con su cuerpo, soportando el rigor de la caída y el peso de ella.

Lauren apretó los dientes por la sorpresa. Cal abrió los brazos y ella rodó para bajarse de su cuerpo. Sólo cuando pasaron unos segundos, se dio cuenta de que él ni siquiera se movía.

Sintió que la sangre le hervía en la cabeza. Acudió a su lado de inmediato. Cal tenía la cabeza ubicada en un ángulo grotesco. Una horrenda sensación se apoderó de ella. Estaba tan quieto... inmóvil.

Con dedos temblorosos le acarició la mandíbula. Estaba demasiado angustiada para admirar sus largas pestañas o la exquisitez de sus pómulos y su boca sensual, tan delicadamente esculpidos. Lo miró fijamente mientras las cálidas garras del pánico congelaban el calor de su cuerpo.

Descendió con los dedos por su cuello y descubrió que el pulso era normal. Murmuró una oración de agradecimiento. Estaba vivo, aunque parecía inconsciente.

— Cal —susurró, cerca de sus labios—. Cal... ¿Me oyes?— Con las manos delgadas le tomó el rostro. —Por favor, Cal... —La voz se le quebró.

“No puedo perderte por segunda vez —continuó tratando de reunir coraje para dejarlo solo e ir a llamar a urgencias médicas.

Vio que se estremecía y suspiraba hondo.

— Vamos, mi vida —urgió ella—. Despierta, por favor, despierta. —Cal gimió, pero seguía con los ojos cerrados. —No trates de moverte. Iré a pedir ayuda. —Él volvió a quejarse. —Está bien amor, enseguida vuelvo. —Se le acercó para besarle los labios con ternura.

En menos de una décima de segundo, Lauren se encontró en el suelo, atrapada entre el césped tupido y el cuerpo de Cal. Sus ojos dorados estaban fijos en ella.

— Mi vida... Amor... —repitió él con voz ronca, gozando con la expresión de sorpresa de la muchacha —. No puedo perderte por segunda vez —dijo.

Lauren forcejeaba con una violenta impotencia, mientras Cal seguía manteniéndola prisionera.

— Eres lo más bajo que existe en el mundo. ¡Mentiroso!

Cal apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la delicada contextura física de la muchacha.

— Mentirosa —ronroneó contra la húmeda piel de su rostro —. La mentirosa eres tú, Lauren Samuels. Te mientes a ti misma y también me has mentido a mí.

— Te odio, Cal —gruñó, desde su enojo y de su humillación.

Él bajó la cabeza.

— No, claro que no, querida. Al igual que yo, no puedes odiarme.

Lauren desvió la mirada de las doradas órbitas que buscaban desnudar la verdad que en vano ella había tratado de ocultar.

— No puedes huir, querida, del mismo modo que yo no puedo seguir mintiendo. Ni a ti ni a mí —continuó. Ella pestañeó y él le sonrió.

— Quiero hacerte el amor.

Lauren hundió la frente en su hombro. ¿Cómo podía confesarle que se entregaría a él allí mismo, sobre el césped, si sólo le decía que la amaba?¿Cómo se atrevería a confesarle que le ofrecería todo de sí, como su ex y futura esposa?

Cal se movió para revertir posiciones, mientras la abrazaba con gesto protector.

— Si pudiera, te guardaría dentro de mí, Lauren. Hasta ese punto te necesito.

La muchacha registró esas palabras y su corazón lloró. Por primera vez, Cal exponía su vulnerabilidad ante ella. Estaba herido y ella lo veía sangrar.

Le rodeó el cuello con los brazos y aspiró el aire con fuerza, junto a su garganta.

— Saldrá todo bien, Cal —murmuró.

Él sonrió y hundió el rostro en su cabello. Estaba seguro de que así sería, porque Lauren poseía lo que él siempre había buscado. En su opinión, personificaba la unidad de

la familia: madre, padre, hijo y hogar. Formar parte de esa familia era para él algo tan imprescindible como respirar.

— ¿Saldremos esta noche? —le preguntó.

— Tengo que pensarlo —respondió ella.

Cal se echó hacia atrás y examinó su rostro impasible, incapaz de disimular su desazón.

— ¿Por qué?

Lauren sintió que los músculos del estómago se le contraían. La expresión de Cal era idéntica a la de Drew cada vez que ella le negaba algo.

— Porque me has dado un susto feroz, Samuels.

Estudió minuciosamente sus bellos rasgos delicados y tomando el rostro entre sus manos, le acarició la boca con la suya.

— Nunca volverá a hacerte una broma por el estilo, mi vida. Jamás —le prometió, apoderándose por completo del dulce néctar de sus labios.

Lauren se entregó a la magia del hombre y del momento. Un hombre a quien amaba y amaría mientras viviera.

Cal aguardó a que Lauren se cambiara y luego le sugirió que regresaran a Boston, para que él también pudiera mudarse de ropa. El inesperado revolcón en el césped había dejado notorias huellas en su prístina camisa blanca. Eran las cinco pasadas cuando detuvo su Porsche en el espacioso estacionamiento con vista al mar de Newburyport.

La ciudad vieja de Newburyport, un centro histórico nacional, había sido remodelado según su estilo original federalista. Era la ciudad comunitaria de Massachusetts preferida de Lauren.

La joven caminó junto a él. Una brisa suave agitaba el borde de su falda de algodón tipo sarong, con diseños salvajes en anaranjado y negro, que acentuaba la curva de sus caderas y piernas. El cálido sol estival azotaba sus brazos desnudos, expuestos por la camiseta sin mangas anaranjada que llevaba. Completaba el atractivo conjunto un par de sandalias de cuero negro.

— No corras, Cal —protestó, tratando de seguir el ritmo de sus zancadas.

Cal la tomó del brazo y disminuyó la velocidad.

— Lo siento —se disculpó con una sonrisa.

Lauren sintió que se asfixiaba, pero de todos modos logró devolverle la sonrisa. Se lo veía increíblemente apuesto con su camisa y pantalón de batista. El delgado género blanco producía un notable contraste con el subido tono de su piel bronceada.

— ¿Tienes hambre? —le preguntó, robando miradas furtivas a su suave boca apasionada.

— Un poco. ¿Te importa si soy yo quien sugiere el restaurante?

— Por supuesto que no.

Cal se sintió complacido cuando Lauren le dijo que en aquel sitio servían una excelente comida, a pesar de la informalidad del ambiente. Quería vivir la misma atmósfera relajada y sencilla que habían disfrutado durante su estada en Cayo Verde.

Sin embargo, en contraposición con la solitaria existencia de aquella isla privada, las calles de Newburyport estaban atestadas de transeúntes. Los turistas, con sus cámaras fotográficas colgadas del cuello y de los hombros, se detenían para contemplar los escaparates de todas las tiendas de regalos. A Lauren le causó gracia que Cal se detuviera en la rambla del Waterfront Park y de Promenade para contemplar las embarcaciones que se mecían en el río Merrimack. Aunque a contra gusto, finalmente se fue de allí y la muchacha lo llevó a The Grog.

Risas y una alegre música les dieron la bienvenida. Era hora de cenar y en el ambiente se percibía una exótica combinación de aromas y buen humor.

Luego de una breve espera, los condujeron a una mesa y les entregaron las cartas. La sonriente y joven camarera hizo una disimulada caída de ojos a Cal, mostrándole su radiante dentadura blanca.

— ¿Les gustaría empezar con algún aperitivo? —preguntó, aunque se dirigía específicamente a Cal.

Él arqueó una ceja y miró a Lauren. Ella asintió.

— Por favor, dénos unos momentos más. Todavía no nos hemos decidido.

Pero la camarera ni se movió. Se quedó plantada allí, con la vista fija en Cal.

— ¿No es usted C.B. Samuels? —le preguntó por fin, con un nervioso tartamudeo —. Mi padre colecciona todos sus libros —continuó en el mismo tono—. ¡Cuando se entere que lo he atendido! —exclamó.

Cuando la joven por fin se retiró, Lauren rió de la expresión de asombro de su acompañante. En ningún momento le había confirmado o negado su identidad.

— Tu público no te ha olvidado, C. B. —lo bromeó.

Cal hizo una mueca.

— Muy graciosa. —Echó un vistazo a la carta, recorriendo lentamente las palabras impresas con su mirada de avellana. —¿Qué te parece si compartimos una botella de champaña?

Lauren recordó las dos copas de champaña que había compartido con Gwen. Apoyó el mentón en la palma de su mano y le sonrió con expresión sensual.

— ¿Qué se celebra?

Sus miradas se encontraron y los ojos de Cal se arrugaron en un gesto risueño muy propio de él.

— Nuestro compromiso, por supuesto.

— De acuerdo. —La voz, que había bajado una octava, mantenía su cualidad erótica. Había caído en la trampa de Cal y no podía liberarse de su mágico poder. Reparó en la atractiva hendidura de su mentón y en la inquietante curvatura del labio superior. Estudió el rostro en su totalidad, a fin de aprendérselo de memoria, porque necesitaría guardar recuerdos —todos —para cuando su matrimonio terminara.

— ¿Qué te gustaría comer? —de muy mala gana, Cal dejó de mirar el bello rostro femenino.

Lauren sabía lo que quería sin necesidad de leer el menú.

— Guiso de almejas y *fajitas* de pollo.

Cal siguió observando la carta. Hizo una seña a la camarera que seguía mirándolo y ordenó los platos.

Entre copas de champaña, guisados y entremeses, Lauren y Cal discutieron los detalles de la próxima boda. Él aceptó como fecha el primer sábado de agosto y dijo que llamaría a su madre para que reservara un pasaje aéreo desde Barcelona.

— ¿Te gustaría invitar a alguna otra persona? —le preguntó ella —. ¿Tienes primos o tíos?

Cal meneó la cabeza.

— Tú, Drew y mi madre son toda mi familia.

Lauren sintió curiosidad por saber si en realidad no tendría otros parientes, pero decidió que lo mejor era no preguntar.

— ¿Te molestaría que no nos casemos por iglesia?

Una vez más, negó con la cabeza, con los ojos fijos en ella.

— No, Lauren, no me molestaría.

— ¿Adónde iremos de luna de miel? —Como él había aceptado una simple ceremonia civil, era justo que ella consintiera en un viaje de luna de miel.

— A las montañas de Berkshire —respondió Cal con una ancha sonrisa.

— No me gusta mucho la vida rústica, Cal —informó ella.

— Hay bastante civilización allí, tesoro. La casa tiene agua corriente y electricidad.

Lauren observó su expresión presuntuosa.

— ¿Tienes una casa allí?

— Sí. La compré después del lanzamiento de mi primer libro —admitió —. Me recluyo en ese refugio cuando tengo que escribir.

Lauren hacia girar el poco líquido que quedaba en la copa, ambarino y burbujeante, mientras lo observaba con detenimiento.

— ¿Cuándo la usaste por última vez?

Cal se miró los dedos de la mano, que había extendido sobre la mesa. La luz del cielo raso se reflejaba en el anillo de sello que llevaba en la mano izquierda.

— Hace unos tres meses.

Lauren sintió que el corazón se le paralizaba. No tenía idea de que Cal había vuelto al país en esa fecha.

— ¿Vienes con frecuencia a los Estados Unidos?

— Dos o tal vez tres veces al año. —Su mirada buscó la de ella. —Y mi abuelo, ni siquiera me insinuó la posibilidad de que yo podía ser padre de un hijo tuyo.

Lauren meneó la cabeza incrédula.

— El doctor Samuels sabía que los vivos no podemos pelear con los muertos. Por eso esperó a morirse para convertirse en un titiritero y poder manejar los hilos y las vidas de todos.

— Era todo un personaje —coincidió Cal, sonriendo.

— Tengo la sensación de que a ti esta sensación te gusta.

La mirada de Cal recorrió el rostro de la muchacha y luego, con una risa libidinosa, se detuvo en el escote, bastante revelador, por cierto.

— No se me habría ocurrido una trama mejor aunque en ello me hubiera ido la vida —confesó.

Lauren fingió sentirse insultada.

— Tienes una risa lujuriosa, Cal.

“No sólo la risa”, pensó él. En su mente se dibujó la sensual imagen de Lauren desnuda, ardiente y gimiendo entre sus brazos.

— No hay nada de lujurioso en lo que pretendo hacer contigo —señaló con voz solemne.

La joven se puso seria cuando detectó el fuego que se encendía en aquellos ojos ambarinos. Sus entrañas cobraban temperatura. Sentía el cuerpo pesado. El calor de su rostro se acentuaba bajo la minuciosa inspección de Cal. Le tembló la mano cuando se llevó la copa a los labios y tragó la bebida seca y burbujeante.

— Es irremediable que suceda, Lauren, por más que lo pospongamos —vaticinó.

La invisible trampa de atracción que se había evidenciado tan claramente años atrás era ahora más fuerte, casi descontrolada. La mente ordenaba a Lauren que se resistiera, pero su cuerpo se negaba a seguir los dictados del cerebro.

— Cuando compartamos la cama todo cambiará —dijo ella.

— Sólo nos cambiará a nosotros —la contradijo él con delicadeza.

Eso era precisamente lo que ella temía. No quería cambiar. Deseaba aferrarse al recuerdo de Cal Samuels sin experimentar el dolor de perderlo dos veces.

Se irguió en la silla y echó los hombros hacia atrás. El movimiento hizo que la seda la blusa se le ciñera al busto, atrayendo los febriles ojos del hombre a los pechos voluptuosos. No llevaba sostén debajo de la prenda anaranjada.

Cal cerró los ojos y mantuvo grabada en su memoria la imagen de los pezones dibujándose erectos y oscuros contra el insinuante tejido. Aún antes de saborearle, los pezones habían incrementado su volumen y turgencia. Gimió cuando un fuego le corrió por el miembro.

Lauren lo examinó de cerca.

— ¿Te sientes bien?

Quiso gritar que no. Por supuesto que no se sentía bien. Estaba sufriendo, soportando un dolor agudo que sólo ella podía aliviar.

— Sí —mintió, y abrió los ojos. Se detestó por mentirle, pero ¿cómo iba a confesarle que estaba agonizando y que su mal era tan físico como emocional?

— ¿Quieres algún postre? —le ofreció, apretando los dientes.

— No, querido —respondió ella.

Cal se movió en la silla, consciente de que no podría ponerse de pie sin que Lauren se diera cuenta de que estaba excitado.

— Yo sí ordenaré postre —dijo de inmediato. Quedarse allí sentado un rato más para comer le daría el tiempo suficiente para aquietar sus pasiones descarriadas.

Media hora después, salieron de The Grog y tomaron por Middle Street. Cal le tomó la mano con gesto posesivo y la atrajo bien cerca de sí.

— Creo que necesitamos caminar un rato para quemar calorías —sugirió ella. Finalmente habían compartido una generosa porción de pastel de manzanas.

— ¿Adónde quieres ir?

— A Market Square. Hay una tienda donde venden dulces caseros. Tienen trufas variadas y unas masas a base de chocolate a las que mi madre no puede resistirse.

Cal la siguió, llevándola siempre de la cintura.

— Tu madre no es la única adicta. Hay ocasiones en las que yo también tengo antojo de comer algo dulce.

Lauren lo rodeó con el brazo.

— Pensé que no tenías esa clase de debilidades —lo bromeó.

— Hay pasiones que nunca quiero controlar —respondió él, besándole la oreja.

La muchacha captó el doble significado de la frase y supo a qué pasión se refería Cal. Hacer el amor con él evocaba recuerdos espontáneos. La sangre le corrió como un fuego por la cara y en todo el cuerpo.

Llegaron a Market Square y Cal se detuvo frente a una joyería. En el escaparate se exhibía una gran colección de piezas antiguas.

— Necesitas un anillo, Lauren —anunció y la hizo entrar en la elegante tienda.

Una mujer, de cortos cabellos grises y un pronunciado bronceado, sonrió a Cal.

— ¿En qué puedo ayudarlos?

— Necesito un anillo de compromiso para mi novia y alianzas para los dos.

Lauren estaba tan sorprendida que no atinó a responder sino hasta que la empleada le tomó la mano izquierda para medirle el anular.

— Cal —le advirtió en voz baja, pero al ver su expresión ceñuda la cautela la obligó a no seguir adelante con la protesta.

— Un cinco —murmuró la mujer —. Tiene dedos muy delgados. —Miró el estuche.— ¿Qué prefiere?¿Algo antiguo?¿Algo actual?

— Actual.

— Antiguo.

Cal y Lauren respondieron al unísono.

— Antiguo —repitió ella, mientras le dirigía a cal una de “esas” miradas.

— Creo que tengo algo que le gustará —dijo la mujer, tomando un estuche donde se veía una sortija con un importante diamante ovalado.

Lauren meneó la cabeza.

— Ése no. —Si tenía que llevar un anillo de compromiso, debía ser uno que armonizara con su personalidad. —Me gustaría probarme aquel otro.

Cal se aproximó, presionando el pecho contra la espalda de la muchacha. Una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios. Lauren había escogido uno con un exquisito diamante carré, y a los costados, otros dos diamantes *baguette*.

— Me gusta —dijo él. Tomó el anillo que la vendedora sostenía en la mano y se lo puso a Lauren. Le quedaba perfecto. —Fue hecho para ti, querida. —Su voz fue tan suave como una caricia.

Lauren alejó un poco la mano para ver cómo le quedaba la joya. El corazón le latía a toda velocidad. Era una sortija magnífica.

— ¿Lo quieres? —preguntó Cal, sonriendo ante la expresión embelesada de la joven.

— Sí. —La respuesta fue prácticamente inaudible.

La vendedora observó con simpatía a esa pareja que parecía tan acaramelada. Tocó la mano de Cal para llamarle la atención.

— Quisiera medirle el dedo para buscarle la alianza. Supongo que quieren alianzas de boda, ¿verdad?

— Sí —respondieron al unísono.

Llevó más tiempo escoger las alianzas pues no se ponían de acuerdo en sus gustos personales. Finalmente, optaron por un estilo sencillo, que combinase perfectamente con la simple sobriedad del cintillo de Lauren.

Cal extrajo una tarjeta de crédito de su cartera y la entregó a la empleada. Su expresión se mantuvo inalterable cuando firmó el comprobante de la compra. Lauren valía cada centavo que invirtiera en ella, ya que, para él, representaba algo que el dinero no podía comprar: su seguridad, su gran triunfo.

— Gracias, Cal —le dijo ella, con una sonrisa —. Por el anillo y por el brazalete.

En el rostro de Cal se dibujó una sonrisa espontánea.

— Oh, de modo que lo encontraste, ¿eh?

Lauren disfrutó ese momento de dicha.

— Sí y pienso usarlo en ocasiones especiales como bodas, cumpleaños y graduaciones y para el nacimiento de los muchos nietos que tendremos —declaró, repitiendo la frase que él había empleado en el brindis la semana anterior.

“Has olvidado el nacimiento de nuestros hijos”, pensó él, porque sabía que su amor por Lauren era tan inconmensurable, que sin duda daría muchos frutos más.

Cruzaron la calle y entraron en Algo Dulce, donde compraron una gran variedad de trufas, turrones y masas para Odessa. Lauren sonrió muy orgullosa cuando la vendedora le ponderó el anillo. Agradeció el cumplido y se marchó de la tienda del brazo de su futuro esposo.

“De modo que así se siente una mujer cuando está comprometida”, pensó. Debía admitir que era reconfortante y que le daba cierta sensación de protección.

Entonces cayó en la cuenta de que Cal se proponía cumplir con todas las tradiciones relativas a un hombre y una mujer que planean compartir la vida para siempre: compromiso, anillos, ceremonia religiosa y demás. ¿Acaso su política tradicionalista tendría raíces en los matrimonios tan poco ortodoxos de sus padres?

“Haré lo que esté a mi alcance para que este matrimonio funcione debidamente —se prometió—. Procuraré que se enamore de mí otra vez, para que no se marche una vez vencido el plazo de un año.”

— Un centavo por tus pensamientos, mi amor —dijo él y notó que la expresión de Lauren cambiaba al instante.

Ella se detuvo y lo miró, entre espesas pestañas que enmarcaban sus grandes ojos oscuros como alas de terciopelo negro. A su boca sensual asomó una sonrisa.

— Me siento maravillosamente feliz, Cal.

Él le tomó el mentón con la mano y delineó con el pulgar la delicada curvatura de su mandíbula. La piel le pareció de seda. Ya había dejado de preguntarse por qué el destino lo había llevado hasta ella; sólo que quería recibir lo que la muchacha pudiera ofrecerle.

— Hacerte feliz me hace feliz a mí también, querida. —En su voz se notó cierta sorpresa, como si no hubiera esperado tanta sinceridad por parte de Lauren.

Pero lo que más deseaba oír permaneció en silencio: una confesión de amor.

— ¿Adónde quieres ir ahora, querida?

— A casa —sugirió ella.

Cal no necesitó más invitaciones. De modo que sentía lo mismo que él: querían estar a solas, uno con el otro.

Capítulo 10

Lauren tenía la vista fija en el parabrisas mientras Cal ingresaba en la casa. Movió la mano izquierda y un rayo del sol poniente se reflejó en las gemas de su anillo. Al cabo de un mes volvería ser la señora de Cal Samuels y al igual que antes, él seguía siendo un perfecto desconocido, un extraño con él que se había casado, con el que había tenido un hijo y a quien amaba más allá de toda razón.

Trató de sopesar todo lo ocurrido desde la lectura del testamento del doctor Samuels. Los acontecimientos se habían sucedido con tanta rapidez que no estaba segura de cuáles eran verdaderos y de cuáles se despertaron como tras una pesadilla, bañada en un sudor frío.

Pero este Cal Samuels era real, un hombre de carne y hueso, ardiente, con tanta vida como ella. La parte de sí misma que creía muerta también seguía viva, apasionada y expectante. No deseaba otra cosa en el mundo que encontrarse en brazos de Cal y volver a experimentar la sensación de sentirse una mujer plenamente satisfecha.

En ese momento supo que debía dejar de esconderse, de evadirse y de mentir. Deseaba a Cal Samuels. La sed que por él tenía jamás se había apagado.

— Tengo que ir a ver a Missy y luego guardar algunas cosas en un bolsón —dijo ella.

Cal simplemente asintió con la cabeza y se quedó en el auto mientras ella ascendía la escalinata que conducía al porche. Las emociones que se habían apoderado de su cuerpo y de su mente lo habían alterado por completo. Lauren se entregaría a él por voluntad propia, sin temores y para brindarle todo lo que él había buscado desde la primera vez que se acostó con ella.

Lauren encendió su contestador automático para verificar si había algún mensaje. Encontró uno de su prima Gwen, informándole que Jacqueline Samuels estaba asociada con un productor discográfico, especializado en nuevos talentos.

Gwen también le decía, que según rumores, Jacqueline había sido muy expeditiva en la ruptura matrimonial de su socio. Al parecer la esposa regresó inesperadamente de un viaje de negocios y los sorprendió juntos en la cama, en un bungalow de fin de semana en Martha's Vineyard, propiedad de la pareja.

— Qué dama tan espléndida —refunfuñó Lauren por lo bajo.

No quería pensar en Jacqueline. Ya tenía bastante con lo suyo, con lo que estaba a punto de suceder.

Metódicamente, colocó en el bolso todo lo que necesitaba para pasar la noche en casa de Cal. Bajó las escaleras antes de que pudiera cambiar de parecer.

Encontró a Cal en el garaje, con Missy y los cachorros. La mamá estaba parada en dos patas, con las dos delanteras apoyadas en el pecho de él, mientras los pequeñitos de pelaje grisáceo le olfateaban los pies. Lauren sonrió. No podía creer que a la perra le agradara tanto jugar.

— Le cambié el agua y le puse bastante comida hasta mañana —anunció Cal, esquivando la cabeza del animal. La empujó suavemente para que volviera a caminar.

Missy se acercó a Lauren y la olfateó con cautela. Titubeante, la muchacha extendió la mano para acariciarla.

— Cuida a tus bebes, mamá. —Missy respondió con un ladrido.

Cal le tomó el bolso que llevaba en la mano. Le sonrió y ella le correspondió el gesto, disimulando con éxito su incomodidad.

— Vamos, mi amor.

Lauren no pudo respirar normalmente sino hasta que Cal estacionó su veloz auto deportivo frente a la casa urbana que había pertenecido a los Samuels durante cuatro generaciones.

— Supongo que no manejas a esa velocidad cuando llevas a Drew —comentó ella, con una mirada ceñuda.

Cal sonrió y la miró de reojo.

— Cal, no —protestó.

Con la mano derecha le tomó la nuca; sus dedos, increíblemente fuertes, la mantuvieron cautiva.

— Soy cuidadoso, querida.

Lauren le golpeó el pecho con su puñito.

— No te atrevas a querer comprarme con zalamerías. Ser cuidadoso no es suficiente, si dañas a mi hijo...

Cal le tomó la mano. La suya parecía de acero.

— Drew es también mi hijo. —Le acercó el rostro. —Debes dejar de pensar en él como tu hijo. Es nuestro hijo.

La muchacha apoyó la frente en su hombro, cerró los ojos y disfrutó de aquella peculiar fragancia masculina.

— Sé que es nuestro. Pero ha sido sólo mío durante tanto tiempo...

Cal sonrió en el sombrío interior del vehículo. Drew era suyo y también Lauren. Le tomó el mentón y la besó con dulzura.

— No discutamos, Lauren. —Ella aceptó en silencio. —¿Lista para entrar? —Asintió una vez más.

Lauren se desabrochó el cinturón de seguridad mientras él se bajaba para abrirle la puerta. Tomó el bolso y la colorida bolsa de compras con los dulces para Odessa.

Cuando Cal la tomó del brazo para llevarla hasta la casa, advirtió en ella una actitud vacilante.

— ¿Qué sucede, mi amor?

Lauren contempló la fachada del edificio.

— Me estaba acordando de la primera vez que vine aquí contigo. Tenía tanto miedo. Nunca olvidaré el encono con el que me miraba tu abuelo. Me detestaba, Cal.

La asió con más fuerza.

— No era así, Lauren. Siempre estuvo mucho más enojado conmigo que contigo. Continuamente me reprochó el haberte dejado ir con tanta facilidad.

— Yo tampoco te di opción.

Una expresión dura y fría ensombreció el rostro de Cal.

— Por supuesto que me quedaba otra opción. Pudo haberme opuesto a tu partida. Pude habértela peleado hasta el final, disentir en la anulación del matrimonio. Pero no lo hice, porque sabía lo que mi madre sufrió cuando quiso divorciarse. Lloraba angustiada y decía sentirse atrapada. Había épocas en las que se deprimía tanto que me hacía temer por su salud mental. Por eso no quise emplear la misma política contigo, cariño. Quería que fueras feliz. Siempre fue mi deseo, aunque pretendía que alcanzaras esa felicidad a mi lado.

Lauren le obsequió una tímida sonrisa.

— Soy feliz contigo, Cal.

Su expresión sombría se mantuvo inalterable.

— Pero no lo eras...

Lo interrumpió tapándole delicadamente la boca con los dedos.

— Ahora lo soy, mi amor —dijo, imitando el tono que Cal siempre empleaba cuando la llamaba así.

Entraron en el living riendo divertidos. Luego él se puso serio al ver la reacción de la muchacha mientras inspeccionaba el entorno. No había imaginado que sentiría aprensión por el hecho de ir a una casa que había sido el hogar de tantas generaciones de Samuels. Había muchas cosas que ignoraba sobre esa mujer. Era tanta su urgencia por interiorizarse de todos los detalles que se destetó por haberla conocido sólo en el aspecto físico.

— ¿Qué desearías, Lauren? —le preguntó, con un tono de voz muy suave.

Lauren, sorprendida por la pregunta, quiso decir: “tu amor”, pero, en cambio, respondió:

— A ti, Cal Samuels. Sólo a ti.

Cal la atrajo hacia sí y la abrazó con un gesto muy protector.

— Me tienes, amor. Estoy a tu entera disposición.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su pecho. Lágrimas de felicidad acudieron a sus ojos, pero pestañeó varias veces para impedir que le bañaran el rostro.

— Gracias, Cal.

Se oyó una risa muy masculina y sensual.

— Si hubiera sabido que todo lo que querías era mi cuerpo, me habría ahorrado unos cuántos dólares en joyas. —Sintió que ella cerraba el puño derecho y le tomó la mano, para besarle dedo por dedo. —Sólo era una broma, mi cielo. Me retribuyes con creces cada centavo que gasto en ti.

Lauren se retiró levemente hacia atrás para regalarle una sonrisa.

— Será mejor que llame a mi mamá para avisarle donde estoy.

Se dirigió al teléfono y marcó el número de la casa de sus padres. Odessa respondió a la segunda llamada.

— Hola mamá. Sólo llamaba para avisarte donde estoy, por si sucede algún imprevisto.

— ¿Y qué imprevisto crees que puede suceder, Lauren Vernice Taylor? Y si así fuera ¿crees que no me imaginaría donde buscarte? —rezongó Odessa.

Lauren se dio cuenta de que Cal la miraba detenidamente y decidió darle la espalda.

— Mamá, no estoy en casa —continuó—. Estoy en Boston... en la casa de Cal.

Se produjo un silencio significativo.

— ¿Tú... vas a pasar la noche con... Cal? —La voz de Odessa sonó como un murmullo apenas.

— Sí, pasaré la noche con Cal —respondió ella con firmeza. Y sin darle oportunidad de que agregara ni un solo detalle más, leyó el número impreso en el teléfono. —Mañana después del desayuno pasaremos a buscar a Drew.

— Que sea después de la cena —pidió Odessa—. Al parecer, tu estarás ocupada y yo también. Mi nieto y yo tenemos planes para la *matineé*. Además, habíamos organizado otras actividades para antes de la cena.

— ¡Mamá!

— Buenas noches, Lauren. Que te diviertas con Cal.

Lauren se quedó con el auricular en la oreja, escuchando el sonido monótono del tono de discar. Lo volvió a poner en la horquilla, meneando la cabeza.

— ¿Qué dijo? —Cal había notado la expresión de contrariedad de la muchacha.

— Que no podíamos pasar a buscar a Drew sino hasta después de la cena porque ya tenían planes.

Cal se le acercó, con una sonrisa devastadora e irresistible.

— Enseguida supe que, además de belleza personal, tu madre tenía una cualidad a la que no podía resistirme.

Lauren retrocedió un paso.

— ¿Cuál? —Tenía los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

— Su percepción —respondió. Al ver que la pared le impedía seguir retrocediendo, se aproximó para abrazarla.

— ¡Cal! —murmuró ella, desesperada.

— Demasiado tarde —replicó él—. Serás mi prisionera durante las próximas veinticuatro horas, tesoro. De nada de servirán los gritos, súplicas ni rezos.

— No, por favor... —El resto de las palabras se ahogó en los labios de Cal, que la besó apasionadamente al tiempo que la levantaba en sus brazos. El mundo exterior desapareció para ella. Casi no advirtió que abandonaban el living y subían por las escaleras que los conducirían a la alcoba que habían compartido cinco años atrás.

Cal la tendió suavemente sobre la cama, se acostó con ella y la abrigó con su calidez y vigor masculinos.

Con una lluvia de besos le cubrió el rostro y el cuello. Ella oponía una débil resistencia con los puños cerrados contra su pecho, hasta que por fin, decidió acariciarle la espalda con suaves movimientos de las palmas. El hombre sintió su calor, inhaló su fragancia y saboreó la dulce miel de aquellos labios.

Estaba tocándola, degustándola, pero quería verla... Toda ella.

Extendió el brazo y encendió la lámpara de la mesa de noche, inundando la habitación con un ambarino y tenue resplandor—

Lauren cerró los ojos y trató de volverse, pero Cal fue más rápido. A pesar de que no ejerció demasiada fuerza para mantenerla cautiva, ella no pudo liberarse. Seguía atrapada... en cuerpo y alma.

Levantó los brazos y él, con una mano, le subió la blusa por encima del torso, por encima de los senos. Finalmente se la quitó.

Lo oyó respirar con dificultad. Abrió los ojos y descubrió la mirada ardiente de él.

Tener a Lauren así, en su cama, en su vida, era el anhelo que siempre lo acompañó desde que la había perdido. Reencontrarse con ella y poseerla otra vez representaba la liberación de su corazón y de su alma.

Lenta, dolorosa y metódicamente, redescubrió su figura, besando cada centímetro de piel que acariciaba.

— Hermosa —murmuraba con reverencia—. Eres tan hermosa, mi amor.

Y así se sentía ella: hermosa, adorada, amada... Había tomado la decisión correcta al entregarse a él. Cal la hacía sentir viva.

Ella hundía los dedos en el pelo, trazando movimientos circulares en las orejas y en la cara, prolijamente afeitada.

— Cal —susurró, cuando sintió el calor de su boca sobre sus muslos.

— No te muevas, mi vida. Por favor, no te muevas.

Le costaba dominar su pasión, pero no quería dar rienda suelta a su placer sin antes satisfacer por completo a Lauren.

Sin embargo, ella se movió para desabotonarle la camisa y desnudar el pecho viril. Dibujó la huella sensual de sus besos en el cuello y en los músculos del torso. Y se apretó contra él.

El calor que irradiaba la piel de Cal era puro y masculino. Lauren saboreó la erótica sensación en una exploración más audaz. Bajó la cabeza y con la punta de la lengua recorrió el círculo del pecho, y mordisqueó el pezón.

Cal cerró los puños con fuerza y luchó desesperadamente para vencer el impulso de tender a Lauren de espaldas y finalizar lo que había comenzado.

Cerró los ojos y emitió un leve gemido. La boca caliente de la muchacha sólo abandonaba un pezón, para escarcear el otro, succionándolo con la ansiedad de un bebé que busca su sustento. Él seguía ahogando sus gemidos y echó la cabeza hacia atrás a modo de súplica.

Lauren se apoyaba completamente sobre la sólida estructura de Cal, apretando su pecho desnudo contra el de él. Tenía plena conciencia de todos los cambios que experimentaba su cuerpo y de los gemidos con los que expresaba su placer sexual.

Los desasosegados latidos de su corazón le daban una extraña sensación de poder: era capaz de excitarlo, podía complacerlo. Pero ella también se había excitado. Rogaba poder concluir su papel de seductora antes de implorarle que la hiciera suya.

Con sus manos grandes, Cal le acariciaba la nuca, mientras ella lo besaba ávidamente. Las privaciones, los deseos, el apetito carnal y todo el amor que le inspiraba ese hombre se exteriorizaba a través de su boca hambrienta.

Él se estremeció. Pero no de pasión sino de temor. Temor a que Lauren poseyera la facultad de dominarlo. En forma total. Con las manos, con los labios y con todo el cuerpo lo transportaba a una dimensión en la que ni él mismo se reconocía. Tenía su pasado, su presente y su propia vida en sus manos, y ella ni siquiera lo sabía. Con una sola palabra o un gesto de rechazo, él dejaría de existir.

Como si lo tocara el ala de una mariposa, los dedos de Lauren descendieron por su pecho hasta los pantalones. Casi no podía respirar, pero tampoco podía detenerse.

La autoridad de Cal, que ya pendía de un hilo, cayó al abismo.

— ¡No! —Ya era demasiado.

Lauren ignoró la protesta y acentuó discretamente la presión sobre el miembro viril.

— Sí, Cal —susurró.

— No —repitió él.

Con un movimiento ágil e inesperado, cambió las posiciones y los roles y, casi sin esfuerzo, la victimaria pasó a ser la víctima. La tenue luz de la lámpara ensombrecía su rostro, pero no el dorado brillante de sus ojos que la miraban con la fiereza de una bestia acorralada.

Cal se quitó la camisa y su sensualidad primitiva devastó a Lauren. La musculatura ondulante del torso, con su piel de pigmentación ocre y, la delgada capa de transpiración que la perlaba y su fragancia masculina, salvaje y natural asaltaron todos sus sentidos. Cal B. Samuels II era hermoso, perfecto; su irrefutable virilidad nacía en la esencia de su ser.

— Gracias, mi vida —susurró, una vez recuperado el control de sus pasiones. Le había llegado el momento de corresponder tanto placer. Amaría a Lauren sin egoísmos, del mismo modo que ella se había brindado a esos momentos de erotismo.

La despojó de la falda, el diminuto slip y las sandalias, acariciándola con delicadeza. Se convirtió en un escultor, recorriendo y deteniéndose en cada curva, en cada plano.

— Es hora de que yo te recompense.

Por el tono de voz, Lauren debió haber intuido algo, pero su actitud la tomó por sorpresa. Cal se bajó de la cama y se hincó a sus pies, saboreando su piel desnuda en la travesía, a fin de establecer su dominio no sólo físico sino también espiritual.

La joven volvió a descubrir todas sus zonas erógenas: la planta de los pies, la parte posterior de las rodillas, la cara interna de los muslos.

Cal dejó una huella húmeda sobre sus nalgas, ignorando los ruegos de que se detuviese. No tenía intenciones de interrumpir su obra, hasta que no venerase cada centímetro de aquella piel de almíbar, tan sedosa, y le propiciara un placer pleno.

— ¡Cal! Oh, Cal... —gritó ella, jadeando sin control.

En su mente reverberaba un eco: “Detente, Cal”. A pesar de las protestas, la carne respondió por fin a las metódicas atenciones de su amante.

— Yo... —El resto de la frase murió entre aullidos y jadeos de éxtasis que escaparon de su garganta.

Mil emociones la invadieron. No las comprendió y tampoco habría podido explicarlas. Las lágrimas se agolparon en sus ojos hasta que por fin bañaron sus mejillas. El placer la había desintegrado en un millar de fragmentos, exponiéndola desnuda y vulnerable.

Él la sintió temblar.

— Eres la gloria, mi amor —ronroneó—. Hermosa. Encantadora. Maravillosa.

Despejado ya de toda su ropa, se deslizó sobre el cuerpo laxo de la muchacha, húmedo y dorado como si el poniente lo hubiera teñido con su color de agonía.

Ella lo rodeó el cuello con los brazos y lloró en voz baja.

— Shh, shh. No llores, mi vida. —La acariciaba con ternura. Su voz era reconfortante, pero ella no podía parar de llorar.

La abrazó hasta que por fin se calmó. Lo amaba tanto que sufría. En un momento había pensado que el amor le produciría satisfacción y paz, pero se equivocó. Recordar que lo perdería dentro de un año fue para ella como una puñalada, que la hacía sangrar.

Después de un largo silencio, Cal le preguntó:

— ¿Estás bien, querida?

Lauren aspiraba audiblemente por la nariz.

— Sí, Cal.

Él le besó la frente, apartando de allí los rizos mojados.

— Entonces, amor, ¿por qué esas lágrimas?

Lauren hundió la cara entre el hombro y el cuello de Cal.

— Porque fue tan maravilloso, tan mágico...

— Fue sólo el comienzo —prometió él, besándola en la coronilla.

Lauren alzó el mentón y lo miró.

— ¿De verdad?

— De verdad —confirmó, mientras le besaba la punta de la nariz. Le costaba creer que Lauren, tan mujer como era, a veces tuviera reacciones tan inocentes. Le sonrió y ella imitó su gesto. El deseo llamaba otra vez a sus puertas. Gimió y cerró los ojos.

Le mordió el labio inferior y ella suspiró.

En menos de un segundo, sus cuerpos formaron uno solo. Ya no se distinguía el aliento de uno u otro individualmente.

Cal se movía dentro de ella lentamente. Apretando los dientes, echó mano de su autodisciplina para no poner punto final al exquisito placer. Quería prolongar la inminente explosión al menos unos segundos más, lo suficiente para ofrecer a la muchacha todo lo que tenía: su amor.

Aferrándose de las almohadas y de la cabeza de Lauren, aceleró el ritmo, hasta que un grito salvaje y primitivo escapó de su interior y por fin liberó la explosiva y urgente obsesión que lo había estado atormentando desde el momento en que volvió a reunirse con Lauren Taylor.

La primera vez que se había acostado con ella fue por lujuria y pasión. Ahora también hubo pasión, pero el amor reemplazó la lujuria.

Estaba enamorado de ella. La amaba con todo lo que tenía para ofrecer a otro ser humano.

Una sensación de paz lo invadió en el momento en que sus pasiones se aquietaron con una reconfortante pulsación. Estaba en su reino. La mujer que tenía entre sus brazos era su puerto más seguro.

Saciados, permanecieron abrazados en una maraña de agotamiento placentero. Cal se movió y ella se acomodó contra su cuerpo. Con una sonrisa de total satisfacción, se quedó dormida.

Entredormida, Lauren oyó las llamadas. Se desperezó y con la pierna tocó un objeto inmóvil. Se despabiló inmediatamente y se sentó.

— Deja de moverte, Lauren —ordenó una voz masculina, bastante imprecisa por el sueño.

La muchacha se volvió hacia la derecha y trató de discernir el rostro de Cal entre las sombras de la alcoba. El único ruido audible era el de su serena respiración.

— Cal —lo llamó.

Él se volvió de inmediato y encendió la lámpara. Sus ojos ambarinos encontraron la mirada de sorpresa de Lauren.

— ¿Qué pasa? —Tenía la voz ronca, pero no podía evitarlo. Había tardado horas en quedarse dormido. Hacer el amor con Lauren lo había perturbado. Sabía que no podía dejarla ir una vez que expirase el plazo de convivencia estipulado en el testamento de su abuelo.

Lauren se cubrió los pechos con la sábana.

— Me pareció que sonaba el teléfono.

Cal se le acercó y le quitó la sábana de las manos, para que los senos quedaran expuestos a su sedienta mirada. A pesar de su pequeñez, eran perfectos. Saboreó su turgencia y la madura suculencia de los destacados y oscuros pezones.

— Podías haber encontrado un pretexto mejor si querías despertarme para que volviera a hacerte el amor, tesoro —murmuró, guiñándole un ojo.

Lauren sintió que las mejillas y el cuerpo le ardían por la acusación cuando el dedo de Cal señaló el teléfono, mudo sobre la mesa de noche.

— Pero yo lo oí sonar —insistió. Lo miró a los ojos demostrando su orgullo. —Si hubiera querido que me hicieras el amor, te lo habría pedido directamente.

Cal se acostó sobre ella.

— Dilo —la desafió, acariciándole la garganta con su aliento caliente.

— No —se negó Lauren. Cerró los ojos cuando sintió sus dedos ascendiendo por los muslos.

— Dilo —repitió Cal en el calor de la húmeda boca, mientras que con la mano buscaba el femenino jardín de placeres ocultos.

La muchacha se arqueó contra los provocativos dedos, aceptando la propuesta y el desafío:

— Si me deseas, tendrás que tomarme.

No tuvo que pedírselo dos veces. Cal la poseyó como la primera vez. Ninguno de los dos se guardó nada para sí. Se entregaron a una unión carnal casi animal.

Concluyó con Cal apoyando la espalda contra el respaldo de la cama, tratando de normalizar su ritmo respiratorio, mientras Lauren permanecía tendida y temblorosa por los resabios del éxtasis, a pesar de que había pasado bastante tiempo ya desde que él había abandonado su interior.

Ambos tenían miedo. ¿Adónde los conduciría tanta pasión?¿Qué sería de ellos si alguna vez debían separarse?

Capítulo 11

Lauren se puso el brazalete de oro, rubíes y diamantes en la muñeca derecha y aseguró el broche. Lo acarició. Había prometido a Cal que se lo pondría para la boda.

Inspiró profundamente y cerró los ojos. La boda. Estaba por convertirse en la esposa de Cal Samuels por segunda vez.

Durante el último mes, los acontecimientos habían comenzado como un torbellino y después, alcanzaron un ritmo aún más vertiginoso. Llegaron las respuestas de los invitados que efectivamente se harían presentes en la recepción, los encargados del servicio finalizaron la preparación del menú solicitado, se tramitó el certificado de matrimonio y Cal llevó la mayor parte de su ropa y efectos personales a la casa de Lauren, en North Grafton.

A pesar de estar todavía bajo los efectos de las diferencias horarias, Joelle Samuels ayudó a Odessa —hecha un manojo de nervios —a serenarse y organizar los últimos detalles para el casamiento de sus hijos.

Lauren abrió los ojos y analizó la imagen de cuerpo entero que le devolvía el espejo. Su traje de novia no fue el tradicional vestido de satén y encaje, sino una túnica hasta el piso, de mangas largas, en satén blanco con encaje de Alenzón, drapeado lateral y un traje muy audaz. Un bordado de perlas decoraba el escote pronunciado, las mangas, el tajo y el ruedo mientras dos importantes rosas de satén complementaban el diseño entre los pliegues del género drapeado. El tocado consistía en un sombrero redondo, muy pequeño y sin alas, que remataba en un velo, también bordado en perlas y cuentas. El modelo en su conjunto seguía un estilo ultramoderno.

Odessa, Joelle y Gwen la contemplaron en silencio, cuando se volvió para mirarlas. Logró esbozar una sonrisa nerviosa.

— Estoy lista.

— Cal ha sabido elegir —anunció Joelle muy orgullosa, con un tono que aún conservaba el encanto de Louisiana.

— Gracias —respondió Lauren, con una amplia sonrisa.

Joelle asintió con la cabeza, sonriendo también. Con sus cincuenta y cinco años, la estampa exótica y elegante de la mujer atraía las miradas de todos a su paso.

— Estás hermosa, mi nena —la elogió Odessa, reprimiendo las lágrimas.

Lauren apretó los puños con fuerza.

— Oh, mamá. Si empiezas a llorar no podré salir de esta habitación.

Gwen sabía que el llanto de su tía sería contagioso para su prima.

— Tía Dessa, por favor... —Con los pensamientos en un caos total, caminó hacia la puerta y la abrió. —¡Tío Roy!

Roy Taylor entró precipitadamente en la habitación y observó con atención a las cuatro mujeres.

— ¿Qué sucede? —Sus ojos iban de una figura femenina a otra, todas elegantemente vestidas de raso y sedas.

— Mamá empezará a llorar —contestó Lauren.

Roy tomó las riendas de la situación.

— Joelle, por favor, llévese a Dessa abajo mientras Gwendolyn y yo nos encargamos de Laurie. —Por su propio nerviosismo, Roy padeció cierta regresión: acababa de referirse a su hija con el nombre por el que solía llamarla cuando era pequeña.

Le apoyó ambas manos sobre los hombros y la atrajo hacia sí.

— Tienes que perdonar a tu madre, Laurie. No parece la misma últimamente.

Lauren asintió con la cabeza. Todos estaban desconocidos en esos últimos tiempos. Ella y Cal discutían por cualquier insignificancia. La única vez que él le levantó la voz y se fue con un portazo, ella arrojó una almohada contra la pared para descargar su fastidio.

Levantó la cabeza y miró a su padre.

— Sólo quiero que todo esto termine, papá.

Roy escuchó atentamente la súplica de su hija. Con la reaparición de Cal Samuels en su vida, había tenido que soportar demasiadas presiones. Le besó la frente y sonrió.

— Entonces bajemos para terminar de una vez por todas.

Durante toda la ceremonia civil, Cal estudió detenidamente el perfil de la muchacha. Estaba embelesado. No podía quitarle los ojos de encima.

Era encantadora, como una rosa de verano que se abre poco a poco para desplegar toda su fragante fragilidad.

— El anillo, Cal.

La estridente voz del juez Odell Parker quebró el hechizo. Extendió la mano abierta hacia Drew y el pequeño se quitó la alianza de oro del pulgar para depositarla en la palma de su padre.

El niño, que llevaba pantalones cortos, medias hasta las rodillas, zapatos, una impecable camisa de cuello alto almidonado y corbata —todo blanco— tenía el honor de ser el padrino de boda de su padre. También a él se le había hecho difícil controlar su excitación infantil ante el advenimiento del matrimonio de sus padres.

Cal le colocó el anillo con una sonrisa orgullosa.

Ella repitió el ritual, deslizando la alianza idéntica en el largo anular de su esposo.

— Por las facultades que me confiere el Commonwealth de Massachusetts, los declaro marido y mujer. Cal, puedes besar a la novia —concluyó el juez.

Lauren no advirtió el llanto silencioso de su madre contra el pecho de Roy, ni las lágrimas que brillaban en los ojos de Gwen, ni el triunfante resplandor que iluminó los ojos de avellana de Joelle Samuels cuando el hijo le cubrió los labios con los suyos.

Cal la abrazó con fuerza, como si hubiera querido absorberla. Ya era un hombre completo, entero y debía agradecerlo a Lauren.

— Gracias, mi amor —murmuró contra su boca sumisa —. Gracias por mi hijo y por brindarle la legitimidad que merece.

Lauren se puso tensa. Todo le daba vueltas y creyó que iba a desmayarse. Cal no había mencionado el amor en absoluto.

“Pudo haber mentido”, pensó. En esos momentos, hasta una mentira habría sido mejor que el silencio. Comenzó a sospechar que lo que Cal sentía por ella era sólo pasión. En la cama se llevaban de maravillas; la sed del uno por el otro era insaciable.

Tenía la mano apoyada en la solapa de su esmoquin. Él la cubrió con la suya, sin advertir el malestar que la inquietaba. Le apretó ligeramente los dedos y luego le permitió que se alejara de él para echarse en brazos de Roy.

Padre e hija se abrazaron con afecto. Él le besó la mejilla.

— Ya no eres mi nena, Laurie. Ahora perteneces a tu esposo, del mismo modo que él te pertenece a ti.

Lauren superó su angustia personal y sonrió a su padre para disipar la tristeza que leyó en sus ojos.

— Podré ser una mujer casada, pero nunca dejaré de ser tu nena, papá.

Se apartó de Roy y tomó el brazo de su marido. Cal estaba de pie entre las frías penumbras de un espacioso ambiente, armado especialmente para la gran ocasión con toldos de rayas blancas y negras. Allí se darían cita los familiares y demás invitados que vendrían a brindarles sus augurios de felicidad.

Odessa quería una fiesta al aire libre y el tiempo colaboró con sus deseos. El sol brillaba en todo su esplendor; no había nubes que interrumpieran el celeste intenso del firmamento. Una cálida brisa agitaba el vestido de seda en blanco y negro, que había escogido para realzar los colores que distinguían la celebración de ese día tan especial para Lauren.

Cuando Andrew se aproximó, Lauren sintió que los músculos del brazo de su flamante esposo se ponían tensos. El joven aferraba posesivamente de la mano a la

atractiva pelirroja que lo había acompañado en aquella ocasión en que lo encontraron por casualidad.

Andrew dirigió a Lauren una sonrisa a medias.

— Sabía que serías una novia preciosa. —Se acercó para besarle la mejilla. —Aunque estés casada, siempre estaré cerca de ti, por si me necesitas —murmuró a su oído, sus ojos de esmeralda resplandecientes. Tendió luego la mano a Cal. —Te deseo lo mejor. Quiero presentarles a Danelle. Danelle, ellos son Lauren y Cal Samuels. Cal estrechó la mano de Andrew y asintió con la cabeza en dirección a su acompañante.

— Gracias por venir.

No pudo disimular que toda la amabilidad que demostró fue ficticia. Involuntariamente, había alcanzado a oír lo que Andrew murmuró al oído de Lauren, pero no quiso echar a perder su fiesta de bodas increpando al agente con respecto a la relación que mantenía con su mujer. Si había algo que Andrew tenía que aprender era que Cal Samuels era una persona egoísta, que jamás compartiría nada que considerase de su propiedad exclusiva.

Lauren no pudo probar ni un bocado de la deliciosa comida preparada por manos expertas. Después de dos intentos, el tierno filet *mignon* pareció quedarse pegado en su garganta. Cuando quiso tomar una copa de champaña, notó que Cal la miraba con las cejas arqueadas.

El joven se obligó a abandonar el provocativo escote del vestido de su novia para concentrarse en los ojos renegridos que lo observaban.

— ¿Estás bien?

Lauren bebió un sorbo del cristalino y burbujeante líquido.

— Sí. —La voz sonó baja y un tanto alterada.

Cal ignoró el resto de los invitados que se habían ubicado bajo la carpa rayada disfrutando de los variados platos y bebidas mientras los silenciosos camareros escudriñaban cada una de las mesas.

— Estás bebiendo alcohol con el estómago vacío —señaló.

La muchacha sostenía la copa en el aire. Era la primera de la noche.

— ¿Necesito tu autorización para beber?

— No. Pero...

— Entonces no monitorees mis actos —replicó con firmeza—. Ya tienes hijo y esposa. ¿No te basta?

Cal endureció su expresión.

— No, no me basta.

Analizó en detalle el rostro de su marido. La ropa de etiqueta le sentaba de maravilla. Combinaba el esmoquin con una corbata y una faja de seda rayada, blanca y negra; las canas parecían un velo de plata en contraste con el pelo renegrido. El tiempo compartido al aire libre con su hijo le había oscurecido la tez, proporcionándole una saludable tonalidad morena.

— ¿Qué quieres? —Lauren articuló con precisión cada palabra.

Cal no podía creer que se dirigiera a él con tanta aspereza. Si bien mantuvo la voz baja, su actitud fue cortante. ¿Qué había dicho él?¿Por qué la había puesto de tan mal humor?

La tomó con firmeza del codo y la obligó a levantarse de la silla.

— Tenemos que hablar.

Ignorando las miradas inquisitivas de los invitados, Cal condujo a Lauren hasta la casa. Una vez en el interior de la espaciosa estructura colonial, cerró la puerta.

La atrajo contra su cuerpo y le tomó la cara entre ambas manos. Bajó la cabeza y saboreó sus labios.

— Responderé a tu pregunta: te quiero a ti, Lauren Samuels —murmuró, entre besos y mordiscos—. Te quiero a ti y sólo a ti —agregó, apoderándose completamente de su boca.

Lauren empujó la sólida contextura de su cuerpo.

— No, Cal.

Él tomó entre sus manos la pequeña cintura de su esposa. Levantó la cabeza y la miró.

— Sí, Lauren. Drew no es lo único que quiero en la vida.

— Me necesitas para cumplir con los requisitos establecidos en el testamento de tu abuelo.

— Te quiero por lo que eres, Lauren —refutó Cal.

La muchacha deseaba ardientemente creer en sus palabras. Quería creer que estaba a su lado porque la amaba y que por eso se había unido a ella en matrimonio.

— Siempre te querré, mi vida. A pesar de que tú no correspondas a mis sentimientos. —Con la yema del dedo recorrió la garganta de Lauren, su pecho y alcanzó la tenue curvatura de los senos que se elevaban por encima del revelador escote.

Lauren se apoyó contra él y cerró los ojos.

— ¿En qué nos hemos embarcado? —suspiró. Por primera vez medía los alcances de la situación. —Hemos permitido que otra persona, un muerto, dicte nuestro destino.

— Mi abuelo era un hombre muy inteligente, querida. Tengo la sensación de que sabía exactamente lo que hacía cuando modificó ese testamento.

— Pero entre nosotros no hay amor, Cal. Por lo general, cuando una pareja llega al matrimonio es porque se aman y se comprometen a respetar ese sentimiento para toda la vida —señaló—. Nosotros no hemos cometido el error una vez, sino dos.

Cal echó la cabeza hacia atrás, observando la angustia que ensombrecía sus bellos rasgos. Era una mujer fuerte, pero cuando su vulnerabilidad afloraba, le resultaba imposible disimularla.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios. Alzó una ceja.

— Quién sabe. Tal vez, algún día nos enamoremos.

— Lo dudo, Cal —respondió ella, con un nudo en el pecho. ¿Cuánto más podría amarlo?¿Cómo haría para pasar un año junto a él, entregándole su cuerpo y su vida, sabiendo que él nunca le correspondería en el aspecto sentimental?

— Muchas cosas pueden suceder en un año y en menos también. —Besó sus labios con ternura.

Lauren envidió su seguridad.

— Tal vez tengas razón —le respondió, tras un suspiro. El gesto hizo que su busto se desbordara del límite del escote y fue Cal quien suspiró entonces. —Será mejor que volvamos a atender a los invitados, o pensaran que por nuestra ansiedad no pudimos llegar a la luna de miel.

Cal sintió, sonriente.

— No creo que la luna de miel nos depare momentos mejores que los que ya hemos conocido —la bromeó.

Lauren sintió que sus mejillas se ruborizaban mientras observaba la puntera de su zapato chato, forrado en satén blanco, que asomaba por el provocativo tajo del vestido.

Cal se echó a reír y ella se sintió más incómoda todavía. A pesar de que compartiría la cama con él, no tenía tanta confianza como para digerir sus bromas subidas de tono cuando hacía referencia a la pasión que los devastaba cada vez que hacían el amor.

Le rodeó posesivamente la cintura con el brazo mientras la conducía hacia el exterior de la casa. El sol brillante de la tarde los envolvió.

Cuando volvieron a la fiesta, notaron que todos estaban en silencio y con las miradas expectantes en ellos. Cal la estrechó con más fuerza aún y sonrió ampliamente.

— Nerviosismo post marital —declaró Cal, mirando sonriente a su esposa.

Lauren asintió, confirmando el diagnóstico.

— Estoy bien.

Volvió a estallar la cacofonía de voces. Los novios ocuparon sus respectivos asientos y Cal rodeó el respaldo de la silla de Lauren con el brazo. Con la mano libre y hizo una señal al camarero que atendía su mesa.

— La señora Samuels desea otro plato —ordenó con suavidad.

En cuestión de minutos le trajeron una bandeja con otro *filet mignon*, acompañado por una ensalada de hoja con aderezo de naranjas y avellanas y otra de choclo, condimentada al coriandro.

La muchacha —de mucho mejor ánimo —comió casi todo lo que le sirvieron. Lo único que le importaba en esos momentos era que estaba enamorada de su esposo y conviviría con él durante todo el año siguiente.

Concluido el almuerzo, los festejos siguieron en el interior de la casa. Los encargados del servicio habían dispuesto largas mesas con una amplia variedad de dulces y refrescos. La llegada de una pequeña orquesta de jazz anunció una tarde música y baile.

Una luz muy tenue proveniente de un macizo candelabro que colgaba del cielo raso, realzaba el brillo de Cal mientras conducía a Lauren a la pista para abrir el baile.

La muchacha, que se había quitado el tocado, sintió el roce de la boca de Cal sobre la sien cuando la tomó en sus brazos. Se dejó guiar por su experto compañero, recordando las muchas piezas que habían compartido en Cayo Verde.

Tenía la sensación de que la apretaba demasiado, considerando que todas las miradas estaban puestas en ellos, pero de todas maneras siguió su ritmo sin tropezarse, ni pisarle los zapatos de cuero que complementaban su elegante traje de etiqueta.

— ¿Alguna vez le he dicho que baila usted muy bien, señor Samuels? —dijo ella con mirada sonriente. Él ya no la apretaba tanto.

Las abundantes pestañas oscurecieron sus ojos, que observaban intensamente la boca sonriente de Lauren.

— Mi madre siempre insistió para que yo aprendiera. El baile era su vida y todos los que formábamos parte de ella, de un modo u otro, teníamos que saber bailar.

— Creo que mi tío Odell le ha causado una muy buena impresión —comentó Lauren, mientras miraba por encima del hombro de su marido a Joelle, que conversaba muy entretenida con el tío—. Su esposa murió hace dos años —agregó, al ver la expresión de sorpresa de Cal.

— Mamá se ha ablandado bastante en estos últimos años. Tal vez no sea tan dura con él.

— He presenciado juicios presididos por mi tío. Sabe cómo manejarse —comentó ella con una sonrisa.

— ¿Ahora eres casamentera, amor? —preguntó él, bajando la voz y la cabeza.

— Por supuesto que no —respondió con inocencia.

— Bien. Sólo nos resta esperar que tu agente y su novia pelirroja mantengan una relación lo bastante estable como para legalizar su situación. Así se olvidará de mi esposa y la dejará en paz.

Lauren se quedó boquiabierta, pero de todas maneras, no tuvo oportunidad de responder el cáustico comentario de Cal. En ese momento llegó su padre para reclamar la pieza que le correspondía.

La frivolidad continuó durante horas. Se prolongó mucho después del brindis con la champaña, de cortar el artesanal pastel de tres pisos y de que Lauren hubiera arrojado a las solteras su ramo de rosas crema, tulipanes y orquídeas. Cuando Danelle lo atrapó, enarbolándolo con orgullo frente a Andrew, Cal exhibió todos los dientes en una amplia sonrisa.

Gwen hizo una señal con la cabeza a Lauren y ambas se dirigieron al cuarto de huéspedes, que estaba en la planta alta.

La prima se sentó en la cama y observó a Lauren mientras se quitaba el brazalete.

— Debo confesar que Cal Samuels tiene un gusto exquisito para las joyas. —Suspiró y se repantigó en la cama. —Me encantará escribir todos los detalles de esta boda en mi columna. Sobre todo, lo del traje de la novia. ¡Imagínate!¡Un Scaasi original!

Lauren desabrochó la infinidad de botones forrados en satén dispuestas en las mangas bordadas. Cuando vio el vestido en la tienda, no pudo resistirse a comprarlo.

— Al principio a mi madre le pareció demasiado atrevido, pero le recordé que después de todo la ceremonia era civil, no religiosa.

— Jamás habría imaginado que tía Dessa era tan conservadora —se quejó Gwen. Ella también llevaba un vestido amarillo bastante provocativo con un escote pronunciado y un tajo lateral. —Se sentó. —¿Te imaginas al viejo y regordete reverendo Lewis escupiéndote el pecho y el vestido? Probablemente le habría dado apoplejía antes de terminar la ceremonia.

Lauren se echó a reír y se cambió de ropa, reemplazando el sublime traje blanco por unos pantalones livianos de gabardina y una tricota confeccionada en una mezcla de algodón y seda. Gwen abrazó y besó a su prima, mientras le hacía insinuaciones con doble sentido respecto de hacer de la luna de miel un viaje excitante y memorable.

El rostro de Lauren aún seguía rojo fuego cuando Cal llamó a la puerta y entró en la habitación.

— No quiero apurarte, pero te recuerdo que tenemos que viajar más de ciento cincuenta kilómetros.

— Y seguramente piensas recorrerlos en una hora —bromeó ella.

— Ya he dejado de correr. —Su expresión se mantuvo impasible.

— ¿Desde cuándo? —Lauren tomó un bolso de colgar y se encaminó hacia la puerta.

Él la tomó del brazo y se hizo cargo del bolso. Detuvo la mirada en su boca.

— Desde esta tarde, Lauren. De pronto pensé que como soy padre y esposo, debo asumir mayores responsabilidades. Mi obligación es velar por tu bienestar y el de Drew, de modo que no puedo arriesgarme como antes.

— No tienes que cuidar de mí —respondió ella.

Cal se le acercó.

— No me digas qué debo hacer, Lauren. —Las palabras, suaves en apariencia, marcaron inequívocamente su verdadero significado.

Lauren se sintió algo molesta. Todavía no llevaban ni un día de casados y Cal ya pretendía controlarla. Se preguntó si se parecería a David Samuels más de lo que había supuesto.

— No soy responsabilidad tuya. Por lo tanto, no debes velar por mi bienestar, como dices —señaló sin rodeos.

Cal apretó los labios.

— Mejor no discutamos por este tema.

La joven entrecerró los ojos.

— Sí, mejor.

Se volvió y tomó por el pasillo que conducía a las escaleras. Bajó y se dirigió a la parte posterior de la casa. Ignoraba por qué la asaltaba esa necesidad de discutir con su marido por cualquier motivo. Quería canalizar las frustraciones que la torturaban día y noche.

Quería confesar su amor a Cal Samuels, decirle que no se conformaba con pasar a su lado sólo un año sino toda la vida y que además, deseaba tener otro hijo con él.

Ese anhelo surgió inesperadamente luego de hacer el amor con Cal, donde ambos parecieron felices de prolongar el placer al máximo posible.

Habían logrado controlar sus pasiones, conteniéndose, hasta que el éxtasis los sorprendió como una tierna liberación, con gran dulzura. Después, Lauren permaneció

despierta durante horas. Recordó las delicadas vibraciones en su vientre cada vez que Drew se movía y quiso volver a experimentar todas esas sensaciones.

De cualquier manera, sabía que, si alguna vez volvía a quedar embarazada, todo debería ser diferente. Tenía que ser un hijo planeado y deseado por ambos padres.

Huyeron de la casa sin que nadie los viera. Lauren consideró que lo mejor era que Drew no se diera cuenta de que se marchaban, tanto por el bien del niño como por el propio. Dejarlo por una semana le había causado muchos remordimientos. Sería la primera vez que se separaba de él por más de dos días.

Cal la ayudó a subir al auto deportivo y cerró la puerta casi con violencia. Evidentemente, seguía molesto por el comentario de Lauren, respecto de que ella no estaba incluida dentro de sus responsabilidades.

Encendió el motor, puso la primera e inició el viaje rumbo al oeste del estado de Massachusetts.

— Odell se ofreció para llevar a pasear a mi madre —comentó Cal, luego de un largo silencio.

Lauren se volvió para mirarlo.

— Eso significa que mi instinto no me traicionó. Sabía que Joelle le gustó.

— ¿Qué más sabes? —le preguntó, con un tono sereno que siempre la inquietaba.

La joven frunció el entrecejo.

— ¿A qué te refieres?

— Al parecer, en ciertas cosas eres bastante perceptiva. ¿Qué otra cosa has intuido?

— ¿Sobre qué?

— No sobre qué sino sobre quién.

— De acuerdo. ¿Sobre quién?

— Sobre mí, señora Samuels.

Lauren apartó la mirada del perfil de Cal, que se delineaba pálidamente entre las penumbras. La noche se había cerrado y las únicas luces provenían de los relojes indicadores del tablero y de los vehículos que venían en dirección opuesta.

Buscó en su memoria, tratando de recordar todos los cambios que Cal había experimentado desde el día del reencuentro en el estudio jurídico, pero fue en vano. Por lo general, era un hombre tranquilo y de buen carácter, aunque detestase a Andrew.

— No lo sé, Cal —admitió—. Dímelo tú.

Cal soltó el aire que había estado conteniendo y meneó la cabeza.

— No, Lauren. No seré yo quien te lo diga. Si aún no te diste cuenta, nunca los sabrás.

Apretaba el volante con toda su fuerza. ¿No lo sabía?¿Cómo podía ignorar que la amaba? Cada vez que le hacía el amor no sólo le entregaba el cuerpo sino su espíritu. le había ofrecido todo lo que tenía, quedando desnudo y vulnerable al dolor que sólo ella podía inflingirle.

Cada cual debió luchar contra sus propios tormentos interiores mientras el elegante Porsche devoraba los kilómetros de la ruta. Cal optó por concentrarse en la conducción del vehículo; ella, por cerrar los ojos.

— Despierta, querida. Hemos llegado.

Lauren despertó de inmediato.

— Perdóname. He sido pésima como copiloto —se disculpó con un bostezo.

Cal sonrió y advirtió que le pesaban los ojos.

— Necesitabas descansar. Has soportado demasiadas tensiones.

Lauren aceptó la mano que Cal le tendió para bajar del auto. Se apoyó contra su pecho mientras él la abrazaba para brindarle calor. Por las noches, el aire de la montaña se ponía muy fresco.

— Ambos hemos soportado muchas tensiones —susurró, acurrucándose al abrigo de su camisa de algodón celeste.

— Y ahora ha llegado el momento de pensar en darnos felicidad mutua, mi amor. — Apoyó el mentón sobre la cabeza de ella. —Tal vez mi abuelo nos haya obligado a reunirnos, pero eso no significa que no podamos dar un sentido positivo a este matrimonio por conveniencia.

Lauren retrocedió para mirarlo. Notó una súplica, aunque dada la penumbra, no podía discernir sus rasgos con claridad. Necesitaba tanto que sus ojos le expresaran ternura.

Abrió la boca para expresarle su amor, pero a último momento se mordió el labio y se tragó la confesión. No se lo diría. No todavía.

Se puso en puntas de pie y lo besó en la boca. Sus labios dijeron lo que su lengua prefirió callar y por eso el gesto cargó con todo el peso de su emoción.

El corazón de Cal golpeaba con impaciencia sobre sus senos. Lauren supo entonces, por los cambios que experimentaba u cuerpo, que la deseaba.

— Entremos —sugirió, con la respiración agitada.

Capítulo 12

Esa noche de bodas fue diferente de la primera, en Cayo Verde. Lauren se entregó a Cal con una pasión vehemente, sencilla e ilimitada en su intensidad.

Cinco años atrás, sólo era una jovencita inocente e ignorante: inocente porque no tenía mundo ni experiencia; ignorante de su propia naturaleza apasionada.

Ningún hombre había sabido llegar a lo más íntimo de su ser para borrar la inhibición que la acorazaba como un escudo de honor. Nadie, salvo Cal Samuels.

Ella ya había dejado de preguntarse por qué no podía resistírsele. Cada vez que estaban juntos, sentía que renovaba su ciclo vital.

Las manos, las bocas, las lenguas, acariciaban y disfrutaban la desnudez hasta que ambos se impacientaban por probar la unicidad que los transportaba a una esfera privada, donde dejaban de existir como entidades autónomas.

Apretando los dientes, Cal convocó toda su fuerza de voluntad para no ceder al éxtasis que lo invadía unido al sensual cuerpo de su esposa.

Lauren le rodeó la cintura con las piernas y se rindió a la histérica delicia que la acosaba, física y mentalmente. Si no podía expresarle su amor con palabras, lo haría con el cuerpo. Cada vez que se acostaba con él, repetía una y otra vez, en silencio, lo mucho que lo amaba.

Se rindió completamente a las sensaciones que luchaban por estallar y gimió al alcanzar el devastador clímax, abrazándose a su esposo en el momento en que él también daba rienda suelta a sus instintos.

Sonriente, la muchacha disfrutó de los delicados besos que le acariciaron el rostro y la boca y que se detuvieron en las rápidas pulsaciones del cuello.

— ¿Estás bien? —le preguntó él, agitado.

Lauren volvió a gemir.

— Sí, querido.

Estaba mejor que bien. La cobijó una serena sensación de pasión satisfecha y amor, hasta que por fin se quedó dormida.

Lauren bajó las escaleras siguiendo el peculiar aroma del café recién preparado. Al despertar había descubierto que aquella casa de montaña poseía muchas características, excepto rusticidad. Construida en piedras, madera y cristal, se erigía sobre una elevación, frente a un lago pequeño. Constituía el refugio perfecto para un escritor o un artista ávido de soledad para trabajar.

Como estaba descalza, Cal no advirtió que había entrado en la espaciosa cocina, completamente iluminada por el sol.

Se hallaba sentado a una mesa de pino, con los pies levantados sobre una silla y los dedos trabajando ágilmente en el teclado de una computadora portátil que tenía sobre las rodillas. Lauren se ubicó de manera tal que pudiera verla. Cuando él alzó la vista, una sonrisa apareció en sus labios, borrando las líneas de concentración que le surcaban la frente.

— Buenos días, señora Samuels. Ahora sí puedo llamarte así, sin temor a que intentes estrangularme.

La muchacha acudió a su lado y le rodeó el cuello con las manos.

— Buenos días, señor Samuels — murmuró con aliento a menta, sobre los expectantes labios de su esposo.

Cal colocó la computadora sobre la mesa y sentó a Lauren sobre su regazo.

— ¿Lista para desayunar?

La muchacha echó un vistazo al reloj que estaba sobre la pileta. Había dormido toda la mañana.

— Creo que es casi la hora del almuerzo.

Cal tenía la mano derecha apoyada sobre su vientre chato, con los dedos bien separados mientras con la izquierda jugueteaba con los espesos y brillantes rizos que enmarcaban sus orejas y que Lauren había logrado dominar con la ayuda de una plancha especial.

Recordó el estado de esos mismos rizos en el momento en que despertó, pues se hallaban desparramados en un sensual desorden sobre su rostro. Se había quedado acostado junto a ella, observándola dormir y preguntándose qué oscuros secretos mantendría guardados en su corazón. No podía creer que le ofreciera su cuerpo en un total abandono a la vez que se negaba a admitir otros sentimientos más profundos. Pensó que tal vez, la relación estuviera destinada a mantener su unilateralidad por siempre. ¿Es que sólo compartirían sus pasiones y a Drew?

— Yo preferiría pasar directamente al postre —anunció, con una sonrisa sarcástica.

Lauren rió.

— Primero el almuerzo, Cal Samuels.

Cal exageró un mohín.

— Pro yo quiero el postre. —Lauren se levantó y se quedó de pie, con las manos sobre las caderas. le dirigió una de “esas” miradas. También él se puso de pie. —De acuerdo capitán, primero el almuerzo.

Almorzaron en un restaurante más bien familiar. La mayoría de los presentes llevaba jeans o ropa deportiva.

A continuación, Cal organizó un pequeño tour por el área comercial, que consistía en un minimercado, una casa de regalos, un banco, una oficina postal y una estación de servicio. Compraron algunos alimentos, los más imprescindibles para guardar en la heladera y en la alacena y regresaron a la casa para disfrutar de una tarde paseando en bote.

— No muevas la embarcación, Lauren —le advirtió él mientras introducía el remo en las cristalinas aguas del lago.

La muchacha apoyó las manos a los costados de la canoa y la hizo oscilar.

— ¿Qué pasa, Cal? —lo provocó—. ¿No sabes nadar?

Cal puso el remo en la canoa.

— Por supuesto que sé nadar. ¿Y tú?

Pero Lauren nunca tuvo la oportunidad de responder. Cal volteó la canoa y ambos cayeron al agua helada. Ella escupía y chapaleaba agua, tratando de asirse de la embarcación tumbada.

— ¡Cal!

En segundo, el se precipitó a socorrerla y la levantó.

— No dejaré que te ahogues.

Lauren lo empujó.

— No me ahogaré. Sé nadar —rezongó, braceando.

Cal enderezó la canoa y se subió a ella con un movimiento ágil. Tendió la mano a Lauren para ayudarla a abordar.

— Me arruinaste el pelo —se quejó, agitando los empapados mechones.

Él le dirigió una mirada funesta.

— Estás preciosa.

Lauren inspiró audiblemente.

— Aunque pareciera un orangután, siempre me dirías que estoy preciosa.

Cal modificó su expresión.

— Tienes toda la razón. —Su sonrisa se desvaneció en el preciso instante en que advirtió los senos desnudos de su esposa, que se traslucían claramente por el fino tejido de la camiseta empapada. No le había mentido. Estaba preciosa. Con o sin ropa; seca o mojada. Tenía la sospecha de que ignoraba lo bella y sexy que era aun sin proponérselo.

Adoraba el color de su piel, su cabello de azabache y la aterciopelada serenidad de sus ojos renegridos. Admiraba su femenina fragilidad y su gracia. Aceptaba de buen talante su espíritu sereno y respetaba su inteligencia.

— Gracias, abuelo —murmuró por lo bajo.

— ¿Dijiste algo?

Cal meneó la cabeza y siguió remando. No advirtió que ella tenía las manos en el agua y que esquivaba con los dedos las enormes lilas flotantes que se cruzaban en su camino. Sin preaviso, le salpicó la cara.

— Ésta me la pagas —la amenazó, pestañeando para sacarse el agua de los ojos. Cuando llegaron casi a la orilla del lago, se bajó de un salto y encalló la canoa en un banco pantanoso.

Tendió la mano a Lauren para ayudarla a desembarcar, pero ella se había anticipado: con la agilidad de una ninfa de los bosques, corría rumbo a la casa.

Como Cal tenía las piernas mucho más largas, la alcanzó sin dificultades y la arrojó sobre el pasto. El calor de su cuerpo parecía mojar las prendas mojadas de ambos.

Atrapándola con todo el peso de su sólida contextura física, la besó más a modo de recompensa que de castigo.

— Te deseo, amor —confesó, presionando los labios contra los párpados cerrados de ella —. Te deseo tanto que me da miedo. —Delineó todo el contorno de su nariz con la lengua, antes de apoderarse de sus labios una vez más.

Lauren saboreó la dulzura de su boca y se arqueó contra él, para demostrarle que estaba dispuesta a aceptarlo.

Los pálidos rayos del sol poniente entibiaron sus extremidades cuando él la despojó de las prendas mojadas, desnudándola en medio de la serena e íntima belleza del paisaje.

No protestó cuando ella le quitó la camisa y los shorts y se subió sobre él a horcajadas.

La hierba se había convertido en un lecho. Hicieron el amor frente a la imponente majestuosidad de la naturaleza. Cal fue lento, sin prisa alguna y profundamente satisfactorio.

Esperaron hasta que la respiración reanudó su ritmo normal y luego volvieron a la casa, inquietos aún por el insolente acto.

Lauren no quería que Cal la dejara. Esperaría a que llegara el momento oportuno para comunicárselo.

Pero ese momento parecía no llegar nunca. Por lo tanto decidió disfrutar de su marido y de todo lo que él le ofrecía. La reclusión en aquella casona le proporcionó la privacidad que tanto buscaba. Cuando el calor lo permitía, nadaban con un mínimo de ropa y luego hacían el amor, bajo la vigilia del sol o de las estrellas.

Preparaban suntuosos platos bajo el cielo estival y trozos de caren, langosta o truchas frescas en la parrilla del patio.

Los días y las noches parecieron escapárseles de las manos vertiginosamente y, con el paso del tiempo, la muchacha sentía que su amor por Cal se intensificaba cada vez más.

Un eco apenas perceptible no hacía más que repetirle que él también la amaba, pero por alguna razón, ella se negaba a darle crédito.

Lauren arropó a Drew con una manta liviana.

— Duérmete ya, tesoro —le sugirió, con una voz suave y serena—. Por la mañana podrás salir a pasear en tu bicicleta otra vez.

— Sí —aceptó el niño, con un bostezo.

Ella le besó la frente.

— Que Dios te bendiga. Te quiero.

Drew cerró los ojos.

— Y yo a ti —balbuceó, antes de que el sueño lo venciera.

Lauren suspiró aliviada. Si bien hacía sólo dos días que estaban de regreso de la luna de miel, debió emplear cada instante para deshacer los descabellados horarios que Odessa había consentido a su nieto.

Le reprochó su autorización para extralimitarse en los horarios de sueño, tanto en la siesta como por las noches, y además, todas las comidas prohibidas: papas fritas envasadas y caseras, golosinas, gomas de mascar y bebidas gaseosas. Odessa sólo se limitó a sonreírle humildemente y puso como excusa que se había tratado de una semana muy especial.

Lauren bajó la luz de la lámpara de Drew y se dirigió a las escaleras. Cal conversaba con su madre en el porche de la entrada.

La muchacha abrió la puerta corrediza y salió a disfrutar de la magia de aquella calurosa noche de verano. Cal se puso de pie para conducirla hacia la mecedora. La luz dorada de los faroles de la galería favorecía sus rasgos delicados.

— ¿Quieres un refresco, querida? —propuso Cal, mientras se le acercaba para disfrutar de su fresca fragancia floral.

Lauren se pasó la mano por la mejilla húmeda.

— Sí, por favor —respondió, con una sonrisa.

Cal se irguió.

— ¿Tú que deseas, mamá?

— Sólo agua, Cal. Gracias.

Desde que habían vuelto de la luna de miel, Joelle no perdía pisada a las actitudes de su hijo para con su esposa. Notó una característica distintiva en su personalidad que nunca antes había visto: un espíritu apacible. Ya no quedaban huellas de ese autocontrol tan elaborado que jamás fallaba. La frialdad de sus ojos de avellana también había desaparecido.

— No lo hieras, Lauren —suplicó Joelle cuando Cal las dejó a solas.

Lauren se quedó mirando fijamente a su suegra, cómodamente instalada en la reposera.

— ¿Y por qué habría de hacerle daño?

— No digo que quieras hacerlo a propósito, sino que puede suceder, porque él te ama —explicó—. Quizás no estuviera enamorado la primera vez que se casó contigo, pero ahora es diferente. La noticia de su paternidad también lo hizo cambiar.

Lauren no pudo pasar por alto el entusiasmo que experimentó ante la confesión de Joelle. Pero conocía muy bien la situación como para creer que Cal la amaba.

— No le haré daño —declaró con firmeza. Sin embargo, íntimamente sabía que cumplido el plazo de un año, los dos resultarían heridos. Ninguno saldría incólume.

— Gracias, Lauren. —Joelle pareció entregarse a una minuciosa meditación antes de proseguir. —Yo perjudiqué a David mucho más de lo que se merecía. Él me amaba —confesó—. Tanto, que no le quedó espacio en el corazón para albergar a su propio hijo. Y eso fue lo único que Cal siempre reclamó de su padre: amor.

— ¿Por qué se mudo a España?

— Por vanidad —contestó Joelle con toda honestidad—. Una noche se enfermó la primera bailarina de mi grupo de ballet y como yo era su discípula me pidieron que la reemplazara en el papel de Carmen. Al día siguiente, ya me había convertido en la Josephine Baker de Barcelona. El éxito se me subió a la cabeza y cuando la troupe partió de España con rumbo a Francia, yo me quedé.

“Cuando conocí a David, él tenía veintiún años. Yo había vuelto al país para presentar un espectáculo y vino a verme bailar. Me siguió de estado en estado, implorándome que me casara con él. Yo me reía y le decía que era demasiado joven para casarme. Regresé a España cuatro meses después, en la esperanza de poder olvidarlo, pero no me resultó tan fácil. Tanta perturbación comenzó a reflejarse en mi poder de concentración y la calidad de mi trabajo también se resintió. El director de la compañía me

envió de regreso a casa, para que me recuperase, pero en lugar de ir a Baton Rouge, me fui a Boston."

"Irrumpí estrepitosamente en una sala de conferencias, donde David presidía una reunión, y le hice señas con el dedo para que viniera a donde yo estaba. Creí que iba a desmayarse, pero de todas maneras, logró excusarse ante los presentes con mucha diplomacia y cortesía. Le dije que estaba dispuesta a bailar todas las noches para él si aceptaba casarse conmigo."

— ¿Y por qué esperó tanto tiempo para hacerlo?

Joelle logró esbozar una sonrisa.

— Veo que conoces la historia. —Lauren asintió.— Sentía que era yo quien debía controlar y decidir todos los aspectos de mi vida personal, pero junto a David, cumplir mis pretensiones no era una tarea sencilla. Jamás cedía un ápice; era todo o nada. Se mostró muy dogmático cuando nació nuestro hijo pues quiso que llevara el nombre de su padre. Yo le di el gusto sólo porque después del parto estaba demasiado deprimida como para discutir esas banalidades.

— Y sabiendo eso se casó dos veces con él —comentó Lauren, asombrada.

— Tenía que sacármelo de la cabeza. Y cuando lo abandoné por segunda vez, supe que sería para siempre.

Cal regresó con una bandeja de limonada y agua mineral. La conversación terminó abruptamente.

Los tres se quedaron en el porche, conversando y riendo hasta que Joelle se excusó diciendo que estaba cansada y que, además, debía levantarse temprano porque Odell la llevaría de paseo a Cabo Cod para que lo conociera, antes de su partida rumbo a España.

Ni Cal ni Lauren mencionaron la posibilidad de una relación entre ella y el juez. Estaban demasiado preocupados por el propio futuro como para atender al ajeno.

Capítulo 13

Lauren concentró toda su atención en Drew. El pequeño embuchaba la comida lo más rápido que podía, masticando y tragando cada bocado como si hubiera sido una máquina.

— No comas tan apurado, Drew —le advirtió.

Drew murmuró algo ininteligible, con la boca llena de arroz y arvejas.

— Traga primero y habla después —sugirió Cal.

Drew masticó. Su mirada iba del rostro de su madre al de su padre, ambos sonrientes.

— Tengo que comer rápido para irme a la cama. —Las palabras brotaron de sus labios como un torrente, después de que se había devorado lo que quedaba en el plato. — Papi dice que tenemos que levantarnos temprano para ir de pesca porque si llegamos tarde, no hay pique. Ya le dije a Missy que acostara temprano a Bandido para que no esté cansado cuando tengamos que irnos.

— Si Bandido tiene sueño, seguramente podrá dormir en el viaje —contestó Lauren, para convencer a su hijo de que el cachorro podría sobrevivir sin problemas a la primera salida lejos de su casa.

Drew se limpió la boca con la servilleta y apoyó ambos codos sobre la mesa; el mentón, sobre las palmas de las manos. Esperaba que sus padres lo autorizaran a levantarse.

Lauren pensó que se trataba de un gesto natural en Drew, hasta que se dio cuenta de que Cal también apoyaba el mentón en las palmas de las manos cuando estaba meditando. No terminaba de sorprenderse del gran parecido que había entre ellos, físicamente y en cada ademán.

Cal exageró el movimiento de la servilleta al limpiarse la boca y luego la dejó al costado del plato. Miró su reloj.

— Creo que es hora de que los hombres de la casa vayamos a acostarnos para poder levantarnos bien temprano en la mañana. —Puntualizó cada palabra con un bostezo. — ¿Puedes encargarte tú de la vajilla, querida? —Sólo ella lo vio guiñar el ojo.

Drew imitó a su padre, desperezándose y bostezando.

— El Hombrecito está cansado.

Una sonrisa iluminó los labios de la muchacha cuando oyó a su hijo llamarse “Hombrecito”. Padre e hijo se habían convertido en los Hombres de la casa Grafton y para diferenciar uno de otro, Cal optó por llamar a Drew Hombrecito.

Lauren despidió a su familia saludando grácilmente con la mano.

— Creo que podré arreglármelas sola.

Drew se bajó de su asiento y rodeó toda la mesa para retirar la silla de su madre. había notado que Cal siempre lo hacía y en los últimos tiempos lo imitaba en cada gesto.

— Papi y yo te ayudaremos con la vajilla cuando volvamos. Es una promesa — agregó, con los ojos brillantes y entusiasmados.

Lauren se inclinó y lo besó en la mejilla.

— Gracias, tesoro.

Drew le dio un fuerte abrazo y estampó un beso ruidoso en su mejilla.

— Buenas noches, mami.

— Hasta luego —susurró Cal a Lauren.

Ella le arrojó un beso al aire. Mientras recogía la mesa, una sonrisa iluminaba su rostro. cal y Drew emprenderían su primera excursión de pesca. Ella también había hecho planes para el fin de semana en Boston. Como Cal se llevaría a Missy y a Bandido, Lauren gozaría de absoluta libertad en cuanto a horarios.

Mientras limpiaba la cocina, tarareaba una melodía. ya llevaba dos meses de casada pero el fuego entre ellos no se había apagado.

Hacían el amor por las noches, por las mañanas y en ocasiones, cuando lograban eludir sus actividades laborales, se encontraban durante el día, aprovechando que Drew estaba en la escuela. Lauren llevaba a cabo sus investigaciones en su refugio del ático; Cal, por su parte, había escogido el soleado porche de la parte posterior de la casa para escribir sus obras.

Nunca hablaba con ella sobre lo que escribía, salvo cuando necesitaba que le aportase algún hecho histórico específico. Cuando llegaba a la cama, horas después que ella, todas las tensiones reprimidas las exteriorizaba en el acto de amor. Sólo después de desatar sus pasiones, ambos recuperaban la cordura.

Cuando terminó con la cocina, Lauren subió a su alcoba. Oyó las voces que provenían del cuarto de Drew y sonrió. Cal estaba leyéndole un cuento.

Compartir la responsabilidad de la crianza le había dado mucho más tiempo libre del que tenía antes. Por otra parte, estaba segura de que cuando terminase el plazo de un año de convivencia, Cal seguiría manteniendo esa estrecha relación que había afianzado con el niño.

Entró en el cuarto de baño de su habitación. Esa noche podría darse el gusto de disfrutar de un prolongado baño.

Llenó la bañera con agua tibia y le agregó sales. Mientras tanto, se cepilló los dientes y se limpió la cara. Luego se desnudó y se sumergió en la tina, suspirando de placer, saboreando la caricia de las suaves burbujas sobre la piel.

Cerró los ojos y se quedó allí, hasta que el agua se enfrió y las burbujas desaparecieron. Cuando volvió a abrirlos, vio a Cal apoyado contra la puerta, de brazos cruzados.

Se hundió más en el agua. Un intenso rubor teñía sus mejillas.

— ¿Cuánto hace que estás de pie allí?

Tenía una sonrisa sarcástica.

— Lo suficiente para ver bastante. —Tomó un grueso toallón y lo sostuvo en el aire. —Ya acosté a Drew. Ahora me toca atender a su madre.

Esperó a que se pusiera de pie y la envolvió. La levantó en brazos y la llevó al cuarto.

— Estás mojando la cama —protestó ella cuando la tendió entre las sábanas.

Cal le quitó la toalla y le cubrió el cuerpo con el suyo.

— No importa, querida.

Lauren gimió suavemente cuando Cal empezó a recorrer con las manos su cuerpo desnudo. También inició una exploración propia, mientras lo ayudaba a desvestirse.

— Tú lo has empezado —comentó ella —pero yo lo terminaré.

Cal la subió sobre su cuerpo y le sonrió.

— No opondré resistencia.

Lauren se colocó a horcajadas sobre él. El movimiento rápido y sensual arrancó gemidos en ambos.

— Cal... Oh, Cal —murmuró ella, consciente de que el dominio de sí se le escurría de las manos. El fuego la consumía. Supo que al menos por esa noche, el sublime acto de amor no duraría demasiado.

El hombre observó el juego de emociones en el rostro de su esposa. ella jamás necesitó fingir sus respuestas. Sentía la vibración de cada una de sus fibras como si compartieran el mismo cuerpo.

Tomó un seno en cada mano, escarceando los endurecidos pezones con los pulgares. cerró los ojos y se dejó llevar por sus sentidos. Oyó el vertiginoso ritmo de su respiración y saboreó cada centímetro de su piel.

— Lauren —plañió, cuando sintió la presión de los senos contra su pecho y el rítmico movimiento de las caderas restregándose sobre las suyas—. Por favor, querida. ¡No me tortures!

La joven hundió el rostro en el cuello y el hombro de su marido, acelerando el ritmo.

— Ahora, Cal. ¡Por favor!

Cal la abrazó con más fuerza.

— ¡No! —Quería prolongarlo... para siempre, de ser posible.

— Por favor, cariño —suplicó ella.

Cal pensaba que sus relaciones sexuales eran insuperables. Pero se había equivocado. Con cada entrega de Lauren, él sentía que la unión era un regalo y una recompensa. Una recompensa por amarla tanto.

Por fin cedió. De lo contrario, se habría vuelto loco.

Su clímax fue intenso, ardiente y primitivamente excitante, al igual que el de Lauren. Hasta tuvo que morderse los labios para no quedar en una situación embarazosa.

La amaba. La amaba al punto de dar la vida por ella.

Y con un beso en la sien húmeda, murmuró:

— Te amo, querida.

Lauren estaba inmóvil. Los latidos de su corazón fueron el único indicio de que aún seguía con vida. Una total satisfacción y saciedad vibraban en todo su ser.

Y se perdió la declaración de amor, pues se había recluido en un sueño profundo y sereno.

Cal la acostó a su lado y la tapó con la sábana. Con la mirada acarició la figura de la mujer que el destino le había asignado.

Extendió el brazo, apagó la luz y la cobijó a su lado.

— Te amo, Lauren Samuels.

Saber que podía confesar su amor en voz alta le levantaba el ánimo sobremanera. Estaba ansioso porque ella pudiera escucharlo.

Horas antes de que despuntara el amanecer, Cal se levantó sin hacer ruido. Escuchó la respiración pausada de Lauren y decidió no despertarla, aunque tuviera que luchar contra su deseo de besarla. Ya tendría tiempo de hacerlo y también de confesarle su amor cuando regresara de su viaje de pesca con Drew.

Utilizó el cuarto de huéspedes para cambiarse y acicalarse. Luego fue a despertar al pequeño. Le habló en voz muy baja y le pidió que no hiciera ningún ruido que pudiera despertar a su madre.

Cuando hizo subir a Missy a la camioneta, eran las cuatro y media de la madrugada. Luego tomó al cachorro —que no dejaba de patalear y quejarse —y lo colocó en el espacioso sitio detrás de los asientos rebatibles.

Drew se acomodó la mochila en la espalda y ajustó su cinturón de seguridad. No podía contener el entusiasmo que experimentaba al saber que estaba a punto de embarcarse en la aventura más emocionante de su joven vida. Según él, sería mejor que celebrar su cuarto cumpleaños.

Cal subió a la camioneta, encendió el motor y se ajustó el cinturón de seguridad. Echó una rápida mirada a Drew y sonrió. Estaba a punto de compartir con su hijo lo que David Samuels jamás había compartido con él. Sintió agradecimiento ante esa segunda oportunidad que le brindaba la vida: la de mantener una relación significativa con su hijo y la de descubrir el amor y la felicidad, con la mujer con quien deseaba compartir el resto de sus días.

— ¿Listo, Hombrecito?

— ¡Sí! —respondió Drew, en un murmullo un poco elevado de tono.

— Bien. Vamos entonces.

Cal dio marcha atrás para salir del garaje. Drew le daba las indicaciones pertinentes a fin de no golpear ni rayar el auto de Lauren. El padre le guiñó el ojo y aprobó sus directivas con gestos de pulgares hacia arriba. Concluida la maniobra, chocaron los cinco.

Lauren rodó hasta el otro lado de la cama y se despertó. Faltaba algo. El calor de Cal se había evaporado, aunque aún permanecía presente su fragancia tan característica. Extendió los brazos y se aferró a la almohada fría. Cal se había ido sin despertarla.

Se desperezó lánguidamente, arqueando los pies y extendiendo los brazos por encima de la cabeza. Tenía todo el fin de semana para ella sola. Ya había organizado la jornada: un paseo de compras por la calle Newsbury de Boston y luego una reunión informal con Gwen y un grupo de amigas en un club bastante popular.

Cuando miré el reloj de la mesa de noche y vio la hora, se levantó de un salto. Había pensado en salir alrededor de las diez para evitar el tremendo tránsito de los sábados por la mañana.

Se sintió muy orgullosa por haberse bañado y vestido en menos de cuarenta y cinco minutos. El Porsche de Cal estaba estacionado en un rincón del garaje. El vehículo deportivo era un constante recuerdo de sus días de soltero, aunque en la actualidad se había convertido en un verdadero padre de familia. En realidad, en los dos últimos meses se habían transformado en una familia tipo, estable: madre, padre e hijo.

Lauren se concentró en la carretera y decidió que era mejor no pensar en el momento de la despedida. Se había jurado que no pensaría en lo que sucedería después de

agosto, porque estaba demasiado enamorada de Cal para permitir que la aprensión o la desilusión arruinara su mundo de felicidad.

Se abrió paso entre la multitud que formaba una larga fila en el bar de El Solitario. El nombre del club era una total incongruencia considerando su ubicación, pues se hallaba en el corazón de Boston y se había convertido en el punto de reunión favorito en el ambiente de los editores.

Un hombre atractivo, de luminosos ojos oscuros, le bloqueó el paso. Con la mirada recorrió complacido el cuerpo y rostro de la joven.

— ¿Me buscabas? —le preguntó con una sonrisa sensual.

Lauren no pudo evitar corresponderle la sonrisa.

— No creo. —Trató de esquivarlo, pero el no se lo permitió.

— ¿Estás sola?

Lauren suspiró, un tanto cansada y se pasó la mano por el cabello. El hombre notó el brillo de sus anillos y asintió con la cabeza.

— De modo que este caramelo ya tiene dueño —murmuró—. Deberías aconsejarle a ese individuo que no te deje caminar sola por estos lugares, porque corres un gran riesgo. —Con grandes aspavientos se hizo a un lado para dejarla pasar.

Lauren vio a Gwen y le hizo un gesto con la mano. Su prima ya estaba sentada a una mesa, en compañía de otras dos mujeres.

Gwen se puso de pie, con las manos en las caderas.

— Veo que aun conservas lo tuyo, primita.

Lauren abrazó y besó a su prima.

— No lo dirás por el donjuán, ¿verdad? —Señaló con el pulgar al decepcionado admirador.

— Ese sujeto tiene un poder de convicción muy especial. En mi opinión es como una tarjeta personal viviente —murmuró Gwen.

— Creo que prefiero a Cal Samuels —admitió la muchacha, con una sonrisa sarcástica.

— ¿Y quién no? —comentó una reportera de *Boston Gazette*, de aspecto muy juvenil, que abrazó a Lauren no bien se sentó.

Lauren saludó con la mano y una cálida sonrisa a la editora de Summit.

— ¿Cómo es la vida de la número uno?

El rostro de la mujer se encendió.

— Es como si respirase aire enrarecido. Todavía no me he acostumbrado a mi cargo de editora asociada del departamento de libros de texto.

La conversación giró en torno de las últimas novedades de la editorial. Lauren tuvo la sensación de no haber abandonado nunca la empresa cuando la pusieron al tanto de los últimos acontecimientos de Summit. Había pasado mucho tiempo —demasiado —desde su última reunión con las “chicas”.

Entre copas y bocadillos, se abordó el tema de novios, maridos y relaciones frustradas.

El nivel de voces fue subiendo cada vez más, para tapar los estruendosos temas musicales de mayor éxito que hacían vibrar los altoparlantes. Lauren tenía que gritar para que las demás pudieran entender lo que decía.

— ¡Mira! Dime si ese bombón erótico no es digno de un buen mordisco —comentó Gwen a Lauren.

La muchacha siguió la mirada de su prima y se quedó helada. Reconoció a Jacqueline Samuels, que acompañaba en esos momentos al bombón que aguaba la boca de Gwen. Tal fue su asombro que ignoró los anchos hombros del hombre, la tez mate, la blanca y perfecta dentadura, el fuerte mentón y los ojos que parecían embelesados por la dama que se aferraba de su brazo con gesto posesivo.

— ¿Pasa algo, primita? —preguntó Gwen, ante el evidente asombro de Lauren.

— Ésa es Jackie Samuels —respondió en voz muy baja.

— Él parece demasiado joven para ella —decidió Gwen, mientras Jacqueline se acercaba a la mesa con su impactante escolta.

— No creo que esos detalles le preocupen cuando tiene a alguien en la mira —dijo Lauren.

Jacqueline se detuvo al llegar a la mesa de las mujeres y apretó con más fuerza todavía el fornido brazo. Su mirada se dirigió directamente al peinado de Lauren y al maquillaje que con muy buen gusto armonizaba con la blusa rosa de seda y la ceñida falda, de gamuza verde. Los zapatos, también en gamuza, tenían el mismo tono de la falda.

— Que bien. Cal ha permitido que su esposa salga a divertirse sola en una noche de sábado —comentó Jackie con sorna. Miró a su alrededor. —¿O acaso está escondido por alguna parte, haciendo de niñera?

Lauren se puso de pie y debió reprimir el impulso de abofetearla frente a todos, mientras se tragaba las palabras que tenía en la punta de la lengua. No quería ponerse a la misma altura que ella apelando a insultos o términos bajos.

Su ira se desvaneció casi al instante cuando vio una figura masculina que aparecía por detrás de Jacqueline.

— Estoy con él —contestó y señaló al hombre con el mentón.

Al detectar la señal, Andrew Monroe se le acercó y le apoyó ambas manos sobre los hombros. Jacqueline humedeció sus labios bermellón, arrugó la nariz y concluyó con:

— Que niñita traviesa eres. —Palmeando el hombro de su compañero, agregó: — Vamos querido. Circulemos.

Lauren soltó la respiración y se volvió hacia Andrew. Notó que sus ojos verdes brillaban divertidos.

— Gracias.

Andrew la rodeó con un brazo y le besó la mejilla.

— De nada.

Todas las mujeres de la mesa contemplaban a Lauren y Andrew.

— ¿No vas a presentarnos a tu amigo, Lauren? —pregunto la editora de Summit, mirando a Andrew con admiración.

Lauren tomó la mano de Andrew y dijo, sonriente:

— Nikki, Kai y, por supuesto, Gwen. Chicas, les presento a mi agente, Andrew Monroe.

— Un gusto, Andrew —dijeron las tres al unísono. El joven sonrió y sus mejillas bronceadas se ruborizaron un tanto.

— ¿Qué haces por aquí un sábado por la noche y sin tu novia? —preguntó Lauren, luego que Andrew tomó asiento junto a ella.

— Estoy esperándola. Tuvo que reemplazar a una compañera que dio parte de enferma. Le sugerí que nos encontrásemos aquí —explicó, obviamente complacido con la expresión distendida de Lauren—. El matrimonio te sienta muy bien, mi amiga —agregó, en voz baja.

Lauren suspiró y alzó el mentón, manteniendo la sonrisa a flor de labios.

— Gracias. Te lo recomiendo.

— No tan aprisa, Lauren. Hace poco que conozco a Dani.

Lauren dramatizó un mohín y lo miró entre pestañas.

— ¿Y quién habló de Danelle?

Andrew volvió a ruborizarse. Bajó la cabeza y, sorpresivamente, se puso de pie.

— Me debes una pieza, señora Samuels —dijo enseguida, tratando de salir del paso—. Nunca me diste la oportunidad de bailar contigo en la boda.

Lauren ni siquiera tuvo tiempo de protestar. Andrew la hizo levantar de su asiento y la condujo a la pista. Los parlantes dejaban oír una suave música mientras las parejas se contoneaban íntimamente al compás de la hipnótica melodía.

La joven disfrutó del baile, aunque hubiera preferido que fuera su marido quien estuviera en lugar de Andrew. Estaba tan familiarizada con cada curva del cuerpo de Cal como con el propio.

Cerró los ojos y se entregó a una ilusión: que estaba en Cayo Verde, en brazos de Cal, brindándole todo su amor sin reservar nada para sí. Inconscientemente, exteriorizó su sueño de tal modo que todos los presentes vieron en ella una expresión de amor, si bien ignorasen los verdaderos sentimientos que la impulsaban.

La pieza terminó y Andrew condujo a Lauren a la mesa. El joven sacó a bailar a cada una de las integrantes del grupo, fascinándolas con sus ocurrencias, hasta que apareció la estridente cabellera de Danelle. Él la presentó y, sin mucha pérdida de tiempo, se la llevó del club para disfrutar de una fiesta privada con ella.

Lauren se marchó de El Solitario pasada la medianoche, rumbo a la residencia de los Samuels en la ciudad. Fue una bendición poder contar con esa casa. Empezaba a encariñarse con las habitaciones espaciosas y los elegantes muebles.

Cuando insertó la llave en la cerradura de la puerta principal, una figura esmirriada se abalanzó sobre ella saliendo de las sombras.

— Esperaba que vinieras.

Lauren se sobresaltó, aunque reconoció en el acto la ronca voz femenina. La ira reemplazó al asombro cuando vio a Jacqueline Samuels.

— ¿Qué quiere?

Jacqueline se ubicó debajo de la luz. Al verla tan de cerca, bajo ese haz que en nada la favorecía, Lauren advirtió que en realidad, no era tan hermosa como parecía. Alrededor de los ojos y de la boca presentaba algunas arrugas, consecuencia irrefutable de trasnochar más de la cuenta y de frecuentar muchos hombres... Demasiados.

— Necesito hablar contigo, Lauren.

— No me parece.

— A mí sí —replicó Jackie, empleando un tono aún más duro. Cuando obtuvo la indivisa atención de la muchacha, continuó: —Creo que hay algo que debes saber acerca de tu marido que tal vez te ahorre muchos sufrimientos en el futuro.

Lauren quitó la llave de la cerradura y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

— ¿Y por qué habría de preocuparla tanto mi bienestar?

Jacqueline se humedeció los labios, como un gato satisfecho después de haber comido hasta el hartazgo.

— Las hermanas debemos mantenernos unidas.

— Usted no es mi hermana.

— Bueno... no en sentido literal. Sólo quiero que andes con pie de plomo en lo que respecta a Cal Samuels.

Lauren tuvo tentaciones de abrir la puerta, entrar en la casa y dejarla plantada allí, para que siguiera hablando sola. Pero, por otra parte, quería —mejor dicho, necesitaba — escuchar las advertencias de esa mujer.

— Diga de una vez lo que ha venido a decir y lárguese de aquí.

— Cal se acostó conmigo mientras yo era esposa de su padre.

Lauren pasó junto a la mujer, chocándola con el hombro.

— Buenas noches.

— ¡Pregúntaselo y verás! —le gritó Jacqueline por detrás—. ¡Pregúntale quién me había dejado embarazada cuando me casé con su padre!¡Pregúntale si de haber nacido ese bebé, habría sido su hijo o su hermanito!¡Pregúntaselo, querida! —gritó.

Lauren logró insertar la llave en la cerradura y girarla con dedos temblorosos. Abrió la puerta y la cerró de inmediato, tanteando en la oscuridad, con una horrenda sensación de angustia en el pecho. Pensó que vomitaría o se desvanecería.

— Mentirosa —masculló entre dientes—. Está mintiendo.

“Tiene que estar mintiendo”, pensó.

Lauren se tomó la cabeza entre ambas manos y se apretó las sienes. No quería pensar. No podía... Al menos, no por el momento.

Pero seguiría el consejo de Jacqueline y haría todas las preguntas pertinentes a Cal. Sólo tenía que esperar.

— ¡Mami, mira lo que hemos traído!

Lauren abrió los brazos para recibir a su hijo, que plantó un beso húmedo y ruidoso sobre su mejilla. Le pasó la mano por la rizada cabellera.

— ¿Pescaron?

Las mejillas de Drew se encendieron con un color muy intenso.

— No... Quiero decir, sí. Te hemos traído pescado y algo más. —Entró rápidamente en la casa, dando un portazo entusiasta.

Lauren se cruzó de brazos mientras observaba a Cal descargar la camioneta.

“Que no sea cierto”, rezaba para sus adentros.

Missy se bajó de un salto y comenzó a ladrar para que su cachorro la siguiera. La simpática bola de pelaje blanco y negro aterrizó a los pies de su marido.

Cal buscó algo en el interior de la camioneta y lo extrajo. Era un bulto pequeño. Se acercó a Lauren, con una mano escondida en la espalda.

Lauren abandonó el porche con pasos eléctricos y movimientos antinaturales, como si hubiera sido una marioneta. Un grito de asombro escapó de sus labios cuando Cal le mostró un gato.

— ¡No! Cal, no puede ser.

Él retrocedió y apretó el animal contra su pecho.

— Drew lo quería.

Lo que Lauren quería era ponerse a llorar.

— ¿Drew?

— Bueno... Los dos —admitió Cal.

— Cal. —Luchó por dominar su carácter. — Mi casa empieza a parecerse a un zoológico. Me quité de encima un perro y ahora me traes a un gato. Tenemos una perra gigante y a su hijo, que cuando crezca será tan grande como su madre. ¡Lo único que me faltaba era otro animal!

Cal le rodeó la cintura con la mano libre y la atrajo hacia sí.

— ¿Hace dos días que estamos separados y no me recibes con un beso no con un "te he echado de menos"? —Presionó la mejilla, áspera por no haberse afeitado debidamente en el fin de semana, contra la de ella, buscando sus labios.

— ¡Basta! —Lo apartó de un empujón. —Me estás lastimando. Y además, hueles a pescado.

Cal la soltó, sin poder salir de su asombro.

— Se supone que uno no huele a rosas cuando regresa de una excursión de pesca.

Lauren lo estudió con atención, tratando de descubrir por qué se había enamorado de él y si realmente ocultaba una faceta siniestra que le había permitido el descaro de acostarse con la esposa de su padre.

Sin decir una palabra más, Lauren dio la vuelta y se encaminó hacia la casa.

— ¿Drew puede quedarse con el gato? —pregunto Cal, a sus espaldas.

Lauren se detuvo, apretando los puños.

— No me interesa, Cal. Me importa un rábano lo que hagas. —Entró y cerró la puerta detrás de sí.

Cal se quedó mirando la puerta. La preocupación arrugaba su frente. Algo le pasaba a esa muchacha. Había notado un tono de voz tenso y la rigidez de su cuerpo. ¿Qué habría sucedido en su ausencia?

Decidió afeitarse y bañarse antes de averiguarlo. Si había algún problema, era su deber solucionarlo. La amaba y había llegado el momento de confesarlo.

Capítulo 14

Cal se acostó junto a Lauren, sonriendo. Ella tenía los ojos cerrados y la respiración profunda y serena, pero él se dio cuenta de que no dormía.

Esperó lo más que pudo para meterse en la cama. Quiso darle el tiempo necesario para que se le pasara el fastidio.

Llevaba un insinuante camisón blanco de algodón, con amplias mangas y un pronunciado escote de encaje. Se había cepillado a fondo el cabello hasta dejarlo suave y brilloso. En su rostro se leía una expresión fresca e inocente.

Cal apagó la luz.

— ¿Todavía estás molesta por lo del gato?

Silencio.

— ¿Estás enojada porque no te hemos incluido en nuestros planes del fin de semana?

Más silencio.

Cal se sentó y volvió a encender la luz.

— ¡Maldita sea, Lauren!¿Qué rayos te pasa?

Lauren se volvió y también se sentó en la cama. Sus ojos parecían de ónix.

— Es por tu culpa, Cal —exclamó—. Quiero saber si te acostaste con Jacqueline cuando ella estaba casada con tu padre.

— ¡Qué! —El monosílabo estalló en su boca mientras los ojos se desorbitaban de sorpresa.

— Contesta mi pregunta, Cal.

— No lo haré.

— Entonces es cierto.

— ¡No, demonios! No, no es cierto.

Lauren estrelló ambos puños contra la cama.

— Pues dímelo, Cal. Dime que no te acostaste con ella. —Sus ojos llenos de lágrimas ya no pudieron contenerse más.

Cal la estrechó contra su pecho y le besó la mejilla.

— Nunca me acosté con Jacqueline, querida. —Dibujaba movimientos circulares sobre su espalda. — No me acostaría con esa mujer aunque fuera la única habitante del planeta.

— Ella me dijo que te acostaste con ella y que la dejaste embarazada. —Sus palabras se ahogaban entre la risa y el llanto contra el pecho de Cal.

— Jacqueline jamás se permitiría quedar embarazada. Odia a los chicos.

— ¿Y cómo lo sabes? —Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

— Porque es la mayor de siete hermanos y siempre tuvo que hacerse cargo de los más pequeños. En su libro escolar de la secundaria, anotó que una de las cosas que más detestaba eran los chicos.

— ¿Cómo te enteraste?

Cal suspiró y luego continuó.

— Una noche me lo confesó ella misma, totalmente borracha. De hecho, me contó la historia de su vida. Lo peor del caso fue que a la mañana siguiente despertó sin enterarse de que me había revelado hasta el detalle más íntimo de su infancia.

— ¿Salías con ella?

— Por supuesto que no, Lauren. La conocí en una fiesta y esa noche no hubo Cristo que me la sacara de encima. Era cantante y estaba tratando de grabar un disco. Yo le dije que le presentaría a mi padre y que tal vez él la contactara con algunos productores. Eso fue todo. La siguiente noticia que tuve fue que mi padre se había casado con ella.

— Jacqueline me dijo que te acostaste con ella.

— ¿Cuándo?

— Anoche.

Cal la asió por los brazos y la zamarreó.

— ¿Vino a esta casa?

— No. Estaba esperándome en la casa de Boston.

— ¿Qué más te dijo?

— Nada más. Sólo que te habías acostado con ella.

Cal murmuró salvajes improperios. Luego, estrechó a Lauren con tanta fuerza que casi le impidió la respiración.

— Cal, me asfixias —se quejó, luchando por tomar aire.

El hombre suavizó el abrazo.

— Lo siento, mi amor. Sucede que no confío en Jacqueline y, además, te amo demasiado como para permitir que algo te suceda.

— ¿Tú qué? —Su voz sonó como un murmullo apenas. ¿Realmente había dicho lo que ella oyó?

— Yo te amo, Lauren Samuels.

Esta vez, las lágrimas que acudieron a sus ojos fueron de dicha.

— Dilo otra vez, Cal Samuels.

Cal la tendió sobre las almohadas y la observó sonriente.

— Te amo, Lauren Taylor Samuels.

Ella le correspondió la sonrisa.

— Y yo a ti, mi querido esposo.

Cal apagó la luz y, sin palabras, le demostró la profundidad de sus sentimientos.

— Cal —anunció Lauren prácticamente a gritos, mientras ingresaba agitada en el porche cubierto de atrás —. Bandido persiguió a rasguño hasta la copa de un árbol.

Cal oprimió una tecla de la computadora para grabar lo que había escrito hasta ese momento y siguió a su esposa.

El gatito y el cachorro, que hasta entonces habían convivido en armonía, comenzaban a enfrentarse en sus primeras escaramuzas. El perro —que ya había crecido considerablemente— no podía resistir la tentación de molestarlo cada vez que el gato se disponía a dormir una buena siesta. Como respuesta, se llevaba unos cuantos rasguños en el hocico.

— Voy a deshacerme de los dos —prometió Cal, irritado, al ver al gato muerto de miedo, aferrado a una de las ramas más altas del árbol—. O aprenden a vivir juntos o...

— ¿O qué, Cal? —preguntó Lauren, arremangándose hasta los codos—. Son animales. Bestias. No niños —replicó—. No puedes hacerlos entrar en razones como a Drew.

— Malditas bestias —refunfuñó, calculando la altura del árbol.

— Trae una escalera, Cal —le aconsejó Lauren, adivinando su intención.

— No alcanzará.

Tomó impulso y se agarró de una rama más baja. Mediante la fuerza de los brazos se subió a ella, abrazándose con las piernas.

— No te muevas, Rasguño. Aquí viene papi. —La respuesta del gato fue alejarse más todavía y arquear el lomo, indicando su temor. —¡No te muevas! —le gritó Cal.

— No le grites —le advirtió Lauren desde unos tres metros más abajo.

—Ven, gatito. —Mientras trepaba, apretaba los dientes y rezaba para que las ramas pudieran soportar su peso.

Comenzó a insultar por lo bajo. Lauren tenía razón, pero odiaba dar el brazo a torcer. Esos dos animales eran más que problemas. A diferencia de Missy, a Bandido no le gustaba quedarse afuera. Lloraba y gemía hasta que lo dejaban entrar en la casa y entonces, una vez adentro, perseguía a Rasguño sin darle tregua. En la mayoría de los casos, Lauren se divertía con sus travesuras, aunque había ocasiones en que el mismo Drew se quejaba por tanto ruido.

— Ten cuidado, Cal —le advirtió Lauren. La preocupación se evidenciaba en su rostro.

— Quédate quieto, Rasguño. Quédate ahí —repetía Cal una y otra vez. Parecieron horas en lugar de minutos el tiempo que le llevó a trepar el árbol. Una de las ramas se torció peligrosamente y el gato aterrizó con toda agilidad sobre sus cuatro patas. Pero Cal no corrió la misma suerte que el felino, pues cayó pesadamente contra el suelo, mientras Rasguño buscaba refugio en la casa.

Lauren estuvo a su lado en cuestión de segundos. Trató de disipar su temor mientras le acariciaba el rostro con desesperación.

— ¿Cal? —Ni ella reconoció su propia voz, de tanto que temblaba.

Cal parpadeó y hasta logró sonreír.

— Hola, preciosa. —Lauren rozó la hinchazón de su ojo izquierdo con las yemas de los dedos. —No me toques —suplicó él, cerrando los ojos.

Lauren retiró los dedos de inmediato.

— No te muevas, Cal —le ordenó, al ver que trataba de sentarse. El intento le produjo náuseas y un fuerte dolor.

— Lauren— gimió, recostándose nuevamente sobre el colchón de hojas que tapizaba el suelo —. Siempre te amaré —murmuró, cuando la oscuridad lo envolvió en un apacible capullo, ajeno al sufrimiento.

Estaba inmóvil. Demasiado. Igual que hacía meses, aunque con la diferencia que esta vez no fingía. La respiración agitada y el sudor que bañaba su rostro fueron claros indicios de su estado de shock. Lauren no vaciló; fue corriendo a la casa a llamar al centro de emergencias médicas.

Después de hablar por teléfono, tomó una manta y corrió junto a Cal. Rasguño también estaba allí, sentado sobre el abdomen de su dueño.

Lauren lo espantó para poder tapar a su marido con la manta. Luego se sentó a su lado y rezó.

— Su esposo ha sufrido una concusión, señora Samuels.

— ¿No hay huesos rotos? —preguntó Lauren al médico alto y de figura imponente.

— Las radiografías indican que no.

— ¿Cuándo podré llevármelo a casa?

El doctor se pasó la mano por la espesa cabellera, que comenzaba a encanecer.

— Preferiríamos mantenerlo en un ambiente oscuro y silencioso durante dos días, como mínimo. Es joven y su estado físico es excelente, de modo que no creemos que surjan complicaciones.

Lauren asintió y se mordió el labio.

— ¿Puedo verlo?

El médico advirtió su temor.

— Por supuesto, señora Samuels. —La condujo por un corredor hasta el cuarto de Cal.

Entró en la habitación en penumbras y casi no pudo discernir la figura que yacía en aquella cama como un peso muerto. Se aproximó a él y le tomó la mano. Él respondió cuando se la apretó. Entonces la levantó y con profundo amor, besó cada uno de sus largos dedos.

— Te amo, Cal Samuels —murmuró contra la palma.

Cal alcanzó a oír sus palabras, pero no pudo responderle. El dolor, persistente e insoportable, alienaba su cerebro.

— Volveré más tarde, querido —le dijo con voz de terciopelo.

Lauren le soltó la mano y el frío castigó a Cal de inmediato. Se sintió solo y helado en medio de tanto dolor.

— ¿Cuándo te dignarás dormir? —preguntó Odessa a su hija.

— Esta noche. Cal ha vuelto a casa, de modo que ya puedo relajarme.

Odessa la observó detenidamente. Tenía las mejillas hundidas y unas pronunciadas ojeras. Al parecer, su hija se había tomado a pecho las palabras del juez que los casó: “tanto en la salud como en la enfermedad”.

— Lo amas, ¿verdad?

Lauren volvió la cabeza abruptamente y fijó la mirada en la de Odessa. En otras circunstancias habría negado la verdad, pero sabía que en esos momentos no tenía ningún sentido.

— Sí —le contestó al cabo de un rato—. Amo a Cal, y mucho.

El rostro de la madre se iluminó con una sonrisa radiante.

— ¿Significa que no se divorciarán ni anularán el matrimonio una vez vencido el plazo de un año?

— Sí.

Odessa se cruzó de brazos, manteniendo la sonrisa.

— ¿Y para cuándo mi segundo nieto?

Lauren sintió un placentero cosquilleo en todo el cuerpo. Con el accidente de Cal se había alterado su rutina, de modo que ni se le ocurrió pensar en los anticonceptivos. De hecho, tenía que pedir un turno con el médico para que le diera una nueva receta.

— No bien lo converse con tu yerno —respondió Lauren, con una sonrisa muy parecida a la de su madre.

— No pierdas mucho tiempo.

— Claro que no, mamá. —Y no le mentía: no esperaría demasiado.

Si bien Cal estaba de regreso en su casa desde hacía más de una semana, aún no había retomado sus actividades laborales. Se levantaba unas cuantas horas después de Lauren y le hacía mucho daño el sol que se filtraba todas las mañanas a través de las cortinas.

No se quejaba de las fuertes jaquecas que padecía, pero sabía que no podía seguir ocultándolas frente a su esposa durante mucho tiempo más.

Oyó un suave maullido y volvió lentamente la cabeza. Rasguño entró en la alcoba y se quedó parado junto a la cama. Cal levantó una mano y le hizo un gesto.

El gato subió de un salto y se acomodó plácidamente, formando un ovillo sobre el espeso acolchado. Lauren solía molestarse cuando los animales daban vueltas por la casa y en especial cuando se subían a la cama, pero últimamente nada parecía perturbarla.

La noche anterior había deslizado la posibilidad de tener un segundo hijo y, si Cal no hubiera estado tan maltrecho, habrían iniciado los trámites sin dilaciones.

Cal deseaba otro hijo. La idea le arrancó una sonrisa. En esta ocasión, concebir ese bebé sería la gloria para ellos.

— Correo —anunció Lauren, interrumpiendo los pensamientos de su marido.

Cal se apoyó sobre unas cuantas almohadas y extendió la mano. Advirtió la expresión ceñuda de la muchacha cuando descubrió el gato arrollado a los pies de la cama. Pero desapareció enseguida.

Lauren le entregó una pila de sobres y revistas y se acomodó a su lado. Rasguño se movió, abrió uno de sus ojos amarillo verdosos, bostezó y siguió durmiendo.

— Sabes que no me gustan los animales en la cama —murmuró, mientras le acomodaba las almohadas.

— ¿Te refieres a mí o al gato? —bromeó él, a la vez que apoyaba los papeles sobre su regazo.

Lauren le besó la oreja.

— No hablo de ti sino de tu peludo amigo que se ha adjudicado un empleo como bolsa de agua oficial para calentarte los pies.

— ¿Te gustaría ocupar su puesto? —Le sonrió con doble sentido.

— No te hagas el gallito. Aún no estás ciento por ciento entero. Te veo hacer muecas de dolor cuando crees que no te miro.

— ¿Y qué más ve mi sabihonda esposa?

— No es lo que veo Cal, sino lo que sé: que todavía no estás listo para la batalla. —Se acercó y le besó la frente. —Hasta luego.

Cal le tomó el mentón y le besó los labios.

— Me reuniré contigo para almorzar.

Lauren sonrió y le recorrió la nariz con el dedo.

— Pensé que no te gustaba comer en la cama.

Cal la soltó.

— En la cama me gusta tenerte a ti.

— A mí y a Rasguño. —Lauren le arrojó un beso al aire y salió de la habitación.

Cal sonrió y volvió a acomodarse sobre las almohadas. Su esposa tenía razón. Por algún motivo, no podía resistirse al mimoso gatito. Lo seguía a todas partes y maullaba para que lo alzara en sus brazos. Rasguño era más su mascota que la de Drew.

Miró las cartas que tenía sobre las mantas y reconoció el domicilio de su agente en uno de los remitentes. Había terminado un bosquejo detallado y los cinco primeros capítulos de su nueva novela.

Abrió el sobre y leyó rápidamente la carta de una sola página. Una amplia sonrisa apareció en el rostro. Tres importantes editoriales tenían interés en la obra y el agente subastaría los derechos el mes siguiente.

“Todavía estoy entero”, pensó orgulloso.

Habían quedado atrás esos cinco años de inactividad. Su talento creativo se mantenía intacto. *Engaños encontrados* sería un best seller. Estaba seguro y por eso se sabía que había llegado el momento de que Lauren leyera su trabajo. Celebrarían juntos.

Cal abrió un sobre de papel madera y lo agitó para extraer su contenido. Cuando las brillantes fotos cayeron esparcidas sobre el acolchado, se quedó sin aire. La jaqueca se acentuó considerablemente. Apretó los dientes y gimió.

— ¡No! —El intenso dolor pareció atravesar las paredes del cuarto cuando arrojó el sobre y las fotos fuera de la cama.

Toda su felicidad se esfumó con aquellas imágenes. El sufrimiento al que se creyó inmune volvía a azotarlo sin piedad.

— Otra vez no —masculló—. ¡Otra vez no!

Lauren se retiró al estudio y se dedicó a su correspondencia. Abrió varios sobres y acomodó hojas y panfletos en distintas pilas. Acababa de recibir la información que había solicitado sobre los comienzos y expansión islámicas en el norte de África. Era lo único que le faltaba para completar la investigación que estaba llevando a cabo para Cal.

Abrió un sobre de papel madera, similar al que Cal había recibido. Aparecieron las fotos y creyó que el mundo se derrumbaba a sus pies.

¿Cómo podría explicarlo? Las fotografías eran demasiado elocuentes y dañinas como para negarlas. Su imagen, en brazos de Andrew, con los ojos cerrados, apoyando la mejilla en su pecho y él, el mentón sobre su cabeza, lo decía todo. Parecía una mujer enamorada en brazos de su amante.

Alguien la había fotografiado bailando con su agente en El Solitario cuando Cal y Drew fueron de pesca por el fin de semana.

¡Jacqueline Samuels!

Ella en persona o bien alguien contratado especialmente con ese fin.

Sonó el teléfono y Lauren tomó el auricular violentamente.

— Hola. —Su voz sonó agitada, como si hubiera estado corriendo una carrera.

— ¿Leíste el *Globe* de la mañana? —preguntó Gwen Taylor.

Lauren se mordió el labio inferior para que dejara de temblar.

— Creo que sé de que hablas.

— Oh, primita. Cuánto lo siento. Por lo general, cuando está por estallar una bomba como esta, siempre me entero. Pero esta vez se ha mantenido todo muy bajo la cuerda. — Gwen hizo una pausa. —¿Cal se enteró?

— No lo sé —respondió Lauren, aún presa de su asombro—, pero se enterará muy pronto. Esto significa que tendré que explicarle todo antes de que la situación se nos escape de las manos.

— Buena suerte, primita. Cuando cuelgue, averiguaré quién tomó las fotografías y quién las envió. En el *Globe* tengo un adorador que me estuvo persiguiendo durante un año para que saliera con él. Creo que lo llamaré. ¡Adiós!

"Sí, él lo sabe", pensó, no bien vio las fotos desparramadas sobre la alfombra de la alcoba. Arrojó al piso las que ella traía en sus manos cuando vio que Cal le tendía los brazos.

Su alivio fue intenso. Corrió hacia él y se entregó a su abrazo, para disfrutar de su calidez y su amor.

— Cal, Cal —murmuró una y otra vez, aliviada y avergonzada al mismo tiempo —. Sólo bailé con él.

Cal le tomó el mentón entre el índice y el pulgar, para levantarle la cara. Examinó su boca temblorosa y el hondo dolor que ensombrecía sus ojos de medianoche.

— Yo lo sé y tu también —dijo, con una sonrisa.

— Pero salió en la primera edición del *Globe*. Gwen acaba de llamar para decírmelo.

Cal le acarició el pelo.

— No hay cuidado. —Asintió con la cabeza al ver los ojos de la muchacha, casi desorbitados.

— ¿No te importa, Cal?

— Por supuesto que sí, querida. —Había una calma letal en su mirada. —Y voy a averiguar quién sacó esas fotos y quién se tomó la molestia de mandarlas al *Globe* —No le dijo que sospechaba de Jacqueline.

El teléfono sonó, impidiendo que Lauren pudiera contestar. Cal atendió a la primera llamada.

— Hola.

— Habla Andrew. ¿Puedo hablar con Lauren?

— Creo que será mejor que hables conmigo, Monroe. En este momento ella está muy perturbada.

— Yo más todavía —gritó Andrew—. Me siento como un gato embolsado.

Cal miró al gato que se había acurrucado a los pies de la cama. Supuso que Rasguño no vería con buenos ojos la comparación con el agente.

— Creo que tendríamos que encarar el tema sin perder la cabeza —sugirió Cal.

— Voy para allá —dijo Andrew.

Lauren observó que Cal cortaba la comunicación con expresión de severo odio.

— Jacqueline estaba en El Solitario esa noche —informó a Cal.

La expresión de él se mantuvo imperturbable.

— Pero no fue ella quién tomó las fotos. Son obras de un profesional. No es la primera vez que apela a un recurso de esta naturaleza, pero quiero hacerla caer, a ella y a su rufián, en la misma trampa.

— ¿De qué hablas?

— Jacqueline envió a mi padre unas fotos parecidas, donde ella y yo nos besábamos.

— ¿Pero cómo la besaste si no salías con ella?

— Contrató una persona para que nos tomara fotografías cuando yo la felicitaba por haber firmado un contrato para grabar un disco. Fue la única vez que la besé, porque

aunque no me caía bien, la noticia me alegró por ella. Por supuesto, su ardid creó roces entre mi padre y yo que jamás logramos subsanar. Finalmente, él falleció un mes después de un ataque al corazón.

Lauren trató de digerir la noticia lentamente. No podía creer que una persona fuera capaz de llegar a esos extremos con tal de arruinar la vida de los demás.

— ¿Qué vas a hacer?

— Vencerla. Darle una dosis de su propio veneno.

— Con eso no me dices nada, Cal Samuels. —Lauren se irritaba cada vez más.

Cal se quitó las cobijas que lo cubrían.

— Con permiso, querida. Tengo que levantarme y vestirme. —Se dirigió al baño mientras ella contemplaba su fascinante cuerpo desnudo.

Se desplomó sobre la cama y clavó la vista en el cielo raso. No quería pensar en lo que sucedería. Pero sabía que alguien debía detener a esa mujer, antes de que su maldad alcanzara a Drew.

Por el momento, era demasiado pequeño para leer los titulares que aparecían en las publicaciones sensacionalistas de la ciudad, pero no sería inmune a los rumores perversos de los adultos y a las bromas de otros niños mayores que él.

Cerró los ojos y esperó a su marido.

Capítulo 15

Lauren, Cal y Andrew se sentaron en la mesa de la cocina para discutir el tema de Jacqueline Samuels.

— ¿Crees que intentará algo por el estilo otra vez? —preguntó Andrew.

— No si le negamos la oportunidad —respondió Lauren—. El hecho de que yo me encontrara contigo en el club y que saliera a bailar fue una suerte para ella. —Miró a su esposo, que fruncía el entrecejo. —No volverá a suceder, Cal.

— Tal vez sea cierto. Sin embargo, no pienso pasarme la vida mirando por encima del hombro para ver si hay alguien escondido con una cámara fotográfica en la mano, lista para ser utilizada en contra de mi familia —dijo Cal, con el entrecejo aún más fruncido que antes. Se levanto de su asiento. —Disculpen, pero tengo que tomar algo para este dolor de cabeza.

Lauren se puso de pie con él y le apoyó la mano en el brazo.

— ¿Te duele mucho?

Cal trató de sonreírle pero fue más una mueca de dolor que una sonrisa.

— No tanto —mintió. Lauren lo soltó y él se fue a la cocina.

"Esta mintiendo", pensó ella. Cuando lo tocó, los músculos del brazo estaban rígidos, un claro indicador de un intenso dolor y/o tensión. Una cosa era que tratara de recuperarse de la concusión sufrida por el golpe, otra muy distinta era sumar la carga de la felonía de Jacqueline Samuels a su convalecencia.

Fue entonces cuando decidió tomar las riendas del asunto y de su matrimonio.

— Preferiría que te marches, Andrew. Cal está cansado y dolorido. Jacqueline tendrá que esperar.

— Pero él quería...

— No puede, Andrew —lo interrumpió.

Andrew se puso de pie y miró a Lauren, totalmente estupefacto.

— ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

— Sí —respondió con firmeza.

— Jacqueline Samuels no puede hacerme ningún daño, Lauren —insistió Andrew—. Ella los quiere a ti y a Cal...

— Hablaremos de esto en otro momento —volvió a interrumpirlo. Se puso en puntas de pie y le besó la mejilla. —Gracias por haber venido.

Andrew se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

— Avísenme cuando estén dispuestos a domar a la fiera.

Lauren lo acompañó hasta la puerta y se quedó observando el vehículo hasta que se perdió de vista. Andrew ignoraba que Jacqueline no buscaba lastimarla a ella ni a Cal. Sólo quería el dinero de Drew. Un dinero que, según ella, le pertenecía. Un dinero que el doctor Cal Samuels le había negado. Un dinero que necesitaba. ¿Pero para qué?

Cal había revelado que su padre había sido muy generoso, beneficiándola ampliamente, según lo establecido en su testamento. Jacqueline había heredado propiedades, títulos y dinero en efectivo. Por otra parte, no hacía tanto que David Samuels había muerto, de modo que no podía haber agotado semejante fortuna en un lapso tan breve... ¿O sí?

— ¿Dónde está Monroe?

Al escuchar la voz de Cal, se volvió hacia él con una cálida sonrisa.

— Tuvo que irse.

Cal se masajeó las sienes con los índices.

— Da lo mismo. Ya habíamos hablado lo suficiente de esa mujer por hoy.

La muchacha se le aproximó y le rodeó la cintura con el brazo.

— ¿Qué te parece si salimos a dar un paseo, almorzamos afuera y después volvemos a relajarnos un rato en casa, antes de que Drew vuelva de la escuela?

Cal le llevó la cabeza hacia su hombro.

— Me parece una idea magnífica.

Lauren le obsequió una sonrisa espléndida.

— Enseguida vuelvo. Voy por una chaqueta.

— Te esperaré en el porche de la entrada —contestó él, mientras abría la puerta.

Salió e inhaló el fresco aire otoñal. Los árboles presentaban un caprichoso desorden de colores: amarillos, anaranjados, rojizos y distintas tonalidades de dorado, en imponente contraste con el verde intenso de las plantas perennes.

Cal experimentó cierto alivio. Evidentemente, las medicinas surtían efecto rápido. Por primera vez en una semana podía decir que no sentía dolor.

Además de haberse librado del sufrimiento físico, espiritualmente se consideraba un hombre feliz. Y eso debía agradecérselo a Lauren y a su abuelo.

Tenía una esposa perfecta en todo sentido: dentro y fuera de la cama.

Nadie, ni siquiera Jacqueline, podía hacer nada para destruir su matrimonio.

Cuando oyó que la puerta se cerraba, se volvió. Vio entonces que Lauren se había puesto unos jeans, una tricota, una campera liviana e incluso un par de guantes de lana. ¡Menos mal que solo había ido a buscar una chaqueta!

Se echó a reír ante la cómica imagen. Sus carcajadas fueron tan potentes que espantaron a los pájaros que se habían posado en los árboles más cercanos. Con agudos chillidos, volaron unos cuantos metros y luego volvieron a detenerse y disfrutar de la tibieza del sol.

Cal tomó las manos de su esposa entre las suyas.

— No creo que necesites los guantes, preciosa. Todavía no nieva.

— Sólo hay ocho grados y para mí, ya es frío de invierno.

— Yo te abrigaré —prometió. Le quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de sus pantalones de cordero y beige. Le puso la mano derecha sobre su brazo, para que se calentara con la gruesa lana de la tricota que llevaba puesta.

— ¿Y qué hago con ésta? —preguntó ella, alzando la mano izquierda.

— Póntela en el bolsillo de la chaqueta.

Lauren deslizó las manos por debajo de tricota de Cal y tocó su piel desnuda.

— Prefiero este calor, Cal Samuels. —Suspiró y le apoyó la cabeza en el pecho.

El hombre se excitó sobremanera. El roce de los dedos de Lauren sobre su pecho le produjeron una sensación insoportable, a la que reaccionó casi con violencia.

Inesperadamente, la alzó entre sus brazos.

— Creo que por esta mañana la caminata queda suspendida —dijo con voz sensual, mientras la calidez de su aliento abanicaba el rostro de Lauren.

Ella bajó la mirada.

— ¿Y qué prefieres hacer en cambio?

Cal se volvió hacia la puerta.

— Veamos si podemos aumentar la población familiar. Nunca me gustó ser hijo único.

— A mí tampoco —respondió ella, hundiendo la cara en su hombro.

Cal abrió la puerta, entró en la casa y la cerró con el pie.

— ¿Nena o varón?

— Es lo mismo —murmuró la joven. Cerró los ojos mientras Cal la transportaba hacia la alcoba, en la planta alta—. Lo importante es que tenga buena salud.

— Yo, en cambio, prefiero una nena —respondió él mientras tendía a Lauren en la cama—. Una niñita que sea el vivo retrato de su madre.

— Te apuesto a que se parecerá a...

Las palabras murieron cuando cal le cubrió la boca con la suya, en un gesto muy posesivo.

Todo lo demás quedó en el olvido, incluso Jacqueline Samuels y sus intentos de destruir el matrimonio de la joven pareja. Lauren y Cal se entregaron a las llamas que los devoraban, con la erótica pasión de la que se habían privado durante semanas.

Dos días más tarde, Gwen obtuvo la información que Lauren y Cal necesitaban para desenmascarar el plan que Jacqueline había maquinado con el fin de apoderarse del dinero de Drew.

Jacqueline había pagado al fotógrafo con un cheque de su empresa discográfica, pero el dinero nunca llegó a destino pues el cheque fue rechazado por falta de fondos. En consecuencia, el fotógrafo no tuvo reparos en descubrir a la mujer, que no había cumplido su palabra.

— Cómo verás, primita, parece que la dama tiene serios problemas monetarios. Pero ignoro los motivos. Se ha corrido la voz de que su empresa está a punto de fundirse.

Gwen se le acercó más para que pudiera oírla, a pesar del intenso murmullo de voces que había en el Harvard Book Store Café. Los almuerzos en aquel sitio tan popular eran siempre una especie de reunión familiar. Nunca se sabía con quién podría llegar uno a encontrarse; todos hablaban a la vez.

— Tal vez haya que hacer una verificación contable en esa empresa —aventuró Lauren.

— Conozco a un bombón erótico en la Superintendencia de Contribuciones que estaría dispuesto a husmearen los libros contables de la firma. Ya sabes a qué me refiero, ¿no? —sugirió Gwen.

Si la situación no hubiera sido tan grave, Lauren se habría echado a reír. Gwen conocía tantos bombones eróticos y caramelitos sensuales que trabajaban en distintos lugares, que no le habrían alcanzado los dedos de las manos y de los pies para contarlos.

Abrió la boca pero su prima la interrumpió.

— Ni una palabra más, primita. Hecho.

— ¿Cómo podré agradecértelo, Gwen?

Gwen abrazó a su prima.

— Consígueme una entrevista con Cal Samuels.

Lauren le correspondió el abrazo.

— Trato hecho.

La sonrisa de Gwen palideció.

— ¿Estás segura de que aceptará? Sabes que nunca ha concedido entrevistas a ningún medio. Por eso los rumores sobre su vida siempre han faltado tanto a la verdad.

— Haré que cambie de parecer.

— ¿Tan sencillo te resulta? —preguntó Gwen, azorada.

— Así de simple, primita —sonrió Lauren, satisfecha.

— Bueno, muchacha, si consigues esto, tendré que reconocer que tienes un don especial. —Gwen miró su reloj y exclamó: —Si no me apuro llegaré tarde a la reunión de departamento.

— Te llevo —se ofreció Lauren

— Gracias. —Recogió su bolso y la agenda con tapas de cuero.

Lauren la llevó de regreso al edificio de *Boston Gazette*, agradeciéndole una vez más por su ayuda. Gwen pasó por alto el agradecimiento agitando la mano en el aire con una cordial sonrisa.

— No te preocupes, primita. Pronto terminará todo.

Esas tres últimas palabras quedaron dando vueltas en su mente mientras se dirigía a North Grafton. Claro que tendría que terminar todo muy pronto, para que ella y Cal pudieran gozar de la vida sin temor a que esas siniestras amenazas pudieran separarlos.

— ¡Lauren!¡Lauren!¡Querida, lee estos titulares!

La muchacha se levantó de la cama como pudo, sin molestarse siquiera en ponerse una bata o las pantuflas. Encontró a Cal subiendo las escaleras.

La hizo sentar en el escalón más alto y se ubicó a su lado. Abrió el *Boston Herald* y le mostró el escandaloso titular: RECORDING EXEC ACUSADA DE MANIOBRA PIRATA.

Fue suficiente. Lauren no necesitó leer más. La fotografía de Jacqueline Harvell Samuels, esposada y con la cabeza gacha, representó su mejor victoria.

Contempló la imagen de la mujer vencida.

— Siento pena por ella, Cal.

Él alzó el mentón.

— No, querida. Jacqueline se lo buscó. Sólo que no tuvo la inteligencia suficiente como para detenerse a tiempo y aquí tienes el resultado.

Tomó a Lauren entre sus brazos, se puso de pie y regresaron a la habitación. Ella cobijó la cara en la calidez de su garganta, deleitándose con la fragancia del aire matinal que aún estaba presente es su piel.

Cal dejó caer el periódico al piso, junto a la puerta, y tendió a su esposa en la cama. Se quitó la bata y, una vez desnudo, se entregó a los expectantes brazos de la muchacha.

— Ahora tenemos plena libertad —murmuró ella contra su boca.

Cal gimió y penetró en su ardiente cuerpo. Eran libres de verdad. Al igual que los personajes de su libro, habrían logrado romper las cadenas que los privaban de la libertad para vivir y amar, prodigando futuras generaciones de orgullosos descendientes.

Epílogo

— Señor Samuels, ¿puede sostener a su hija para que podamos tomar el retrato familiar?

Cal tomó a la beba de once meses que no se quedaba un minuto quieta. No hacía mucho que Kayla había aprendido a caminar y no toleraba quedarse sentada más de treinta segundos.

— Drew, pro favor, siéntate junto a tu madre —le indicó el fotógrafo.

El pequeño se apoyó contra el hombro de Lauren cuando ella tomó asiento en el sofá de mimbre.

Cal por fin logró atrapar y retener a Kayla, aunque la niña no dejaba de protestar por el impuesto cautiverio.

El padre la arrojó al aire y luego le murmuró algo al oído. La frágil criatura de ojos avellanas rió a carcajadas, sin poder controlarse.

— Listo —dijo Cal al fotógrafo, después de sentarse junto a Lauren.

El hombre logró obtener tres tomas antes de que Kayla dejara de reír.

— Maravilloso. Muchas Gracias.

Drew jugueteaba con su corbata blanca.

— ¿Puedo cambiarme ya?

— Da—da, da—da —cantaba Kayla rítmicamente, palmeando el rostro de su padre con sus diminutas manos.

Cal le besó al frente.

— ¿También tú quieres cambiarte? —Todos entraron en la casa.

— Ma—ma, ma—ma —gritaba la niña, tendiéndole los brazos.

Lauren la levantó, sonriente.

— Necesita que la cambien, claro, pero de otra manera.

— Nunca deja que la cambie yo —protestó Cal mientras se quitaba la chaqueta y la corbata.

— Porque no le cantas —contestó ella por encima del hombro, mientras se disponía a subir a la planta alta de la casa.

Cal estaba al pie de la escalera, observando como subía lentamente, con la niña entre sus brazos.

Su hogar estaba lleno de familiares y amigos, personas que habían venido a brindarles los mejores augurios y a compartir los festejos por el éxito de su último libro. Su obra encabezaba la lista de los best sellers.

Cal lo había dedicado a Lauren y a sus corazones cautivos, consciente de que, desde el primer momento en que se había sentado a escribirlo, ella había cautivado el suyo hacía muchos años, en una isla privada del Caribe.

— Cal.

Levantó la vista y la vio en lo alto de la escalera.

— ¿Sí?

Le sonrió casi con timidez.

— El próximo se parecerá a mí.

Se marchó y Cal quedó petrificado. Después se sentó pesadamente en uno de los peldaños, riendo a carcajadas. Lauren siempre buscaba los métodos menos ortodoxos para informarle que sería padre.

Todavía estaba riéndose cuando entró Roy Taylor para avisarle que todos aguardaban su breve discurso.

Se puso de pie, murmuró la novedad al oído de su suegro y ambos se fundieron en un cálido abrazo de alegría.

— Debo confesar que los hijos te salen bastante bien —lo elogió Roy.

Cal le palmeó la espalda.

— Gracias por el cumplido.

— No le des todo el crédito, papá. No habría podido hacer nada sin mi ayuda.

Ambos se volvieron al escuchar la insinuante voz femenina. No se habían dado cuenta de que Lauren había bajado casi sin hacer ruido.

— Nunca lo olvides, precioso —recomendó a Cal, con una significativa sonrisa.

— Por supuesto que no, preciosa —respondió él. Tomó a Kayla de sus brazos y la dejó en el suelo.

El matrimonio permaneció adentro unos minutos más, antes de salir al patio a atender a los invitados.

— ¿Te demostré hoy lo mucho que te amo? —susurró Cal a su oído.

— Me parece que no —contestó ella—. Pero no me opongo a las demostraciones. Más tarde, claro.

— No te escaparás. Lo prometo.

Lauren y cal tenían muchas más oportunidades y años por delante para demostrarse lo mucho que se amaban... Una y otra vez, incansablemente.